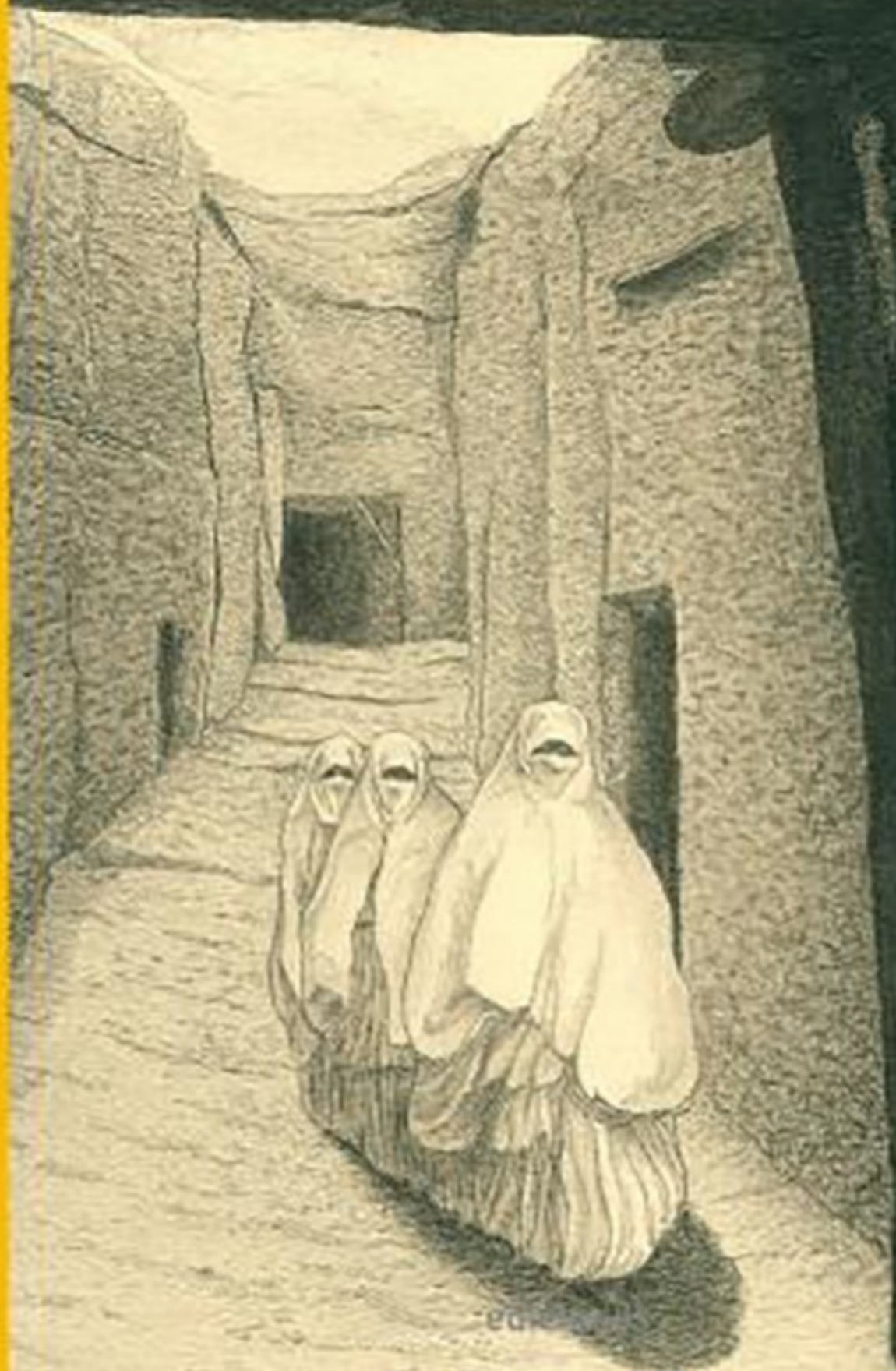


Guy de Maupassant

# Bajo el sol

Argelia 1881: de Argel al Sáhara



«Me gustan con locura las excursiones a un mundo que creemos descubrir, las sorpresas súbitas ante costumbres que ni siquiera podíamos sospechar, la constante tensión del interés, la alegría para los ojos, ese estímulo constante del pensamiento. Pero hay una cosa, sólo una, que me arruina esas exploraciones encantadoras: la lectura de guías de viaje».

Todos aquellos a quienes las guías al uso los hastían, y busquen en el viaje algo más que un simple desplazamiento con cambio de decorado, disfrutarán la lectura del viaje de Maupassant a Argelia. Más que describir los paisajes o los lugares visitados, el escritor francés da testimonio de la perplejidad que le produce el encuentro con un mundo, unas costumbres y unas gentes del todo diferentes (y que no siempre consigue comprender). Maupassant convive con las tribus nómadas en el desierto del Sáhara y descubre los devastadores efectos del sol en esa parte del mundo, la verdadera soledad de unos hombres que a fuerza de resistir a un medio tan hostil se han convertido en casi indestructibles; se cuela en un prostíbulo, el único lugar donde los hombres pueden contemplar a las mujeres; acompaña a una misión militar en busca de pozos de agua por territorios que en los mapas son sólo espacios sin accidentes, desconocidos, inexplorados...

Y así, aprovechando cualquier pretexto para compartir la rutina de los habitantes nativos y de los adoptivos sus compatriotas, el autor nos muestra la complejidad de un país que abarca un vasto territorio lleno de contrastes, desde las grandes extensiones desérticas del Sáhara, hasta la fértil y poblada llanura de la Mitidja, las zonas montañosas en la región de Cabilia, o los frondosos vergeles del valle de Bu-Saada. Y en cada nueva región lo asombran sus habitantes, unas veces sólo las hienas, los escorpiones o los resistentes camellos, y otras los douars, los trafis, los mozabites, los judíos o los propios colonos franceses, derrotados una y otra vez a causa de su ceguera y obstinación.

Este volumen de viajes se completa con distintos artículos.



Guy de Maupassant

# **Bajo el sol**

**Argelia 1881: de Argel al Sáhara**

ePub r1.0

Titivillus 08.12.16

Título original: *Au soleil*  
Guy de Maupassant, 1884  
Traducción: Elisenda Julibert  
Diseño de cubierta: Raimon Julibert

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2





La vida tan breve, tan larga, a veces resulta insoportable. Transcurre monótona, con la muerte al final. No es posible detenerla, ni cambiarla, ni comprenderla. Y a menudo nos subleva la indignación ante la impotencia de nuestros esfuerzos. Hagamos lo que hagamos morimos. Creamos lo que creamos, pensemos lo que pensemos, intentemos lo que intentemos, morimos. Y nos parece que vamos a morir mañana sin conocer nada aún, aunque asqueados de todo lo que ya conocemos. Entonces nos sentimos abrumados por el sentimiento de la «eterna miseria de todo», de la impotencia humana y de la monotonía de las acciones.

Nos despertamos, andamos, nos acodamos en nuestras ventanas. Enfrente unos almuerzan, como almorzaron ayer, como almorzarán mañana: el padre, la madre, cuatro niños. Hace tres años la abuela aún vivía con ellos. Ya no está. El padre ha cambiado mucho desde que somos vecinos. No se da cuenta; parece contento; parece feliz. ¡Qué imbécil!

Hablan de un matrimonio, después de un fallecimiento, después de lo tierno que está su pollo, después de que su criada no es honesta. Les inquietan mil cosas inútiles y tontas. ¡Qué imbéciles!

Ver su apartamento, en el que viven desde hace dieciocho años, me asquea y me indigna. ¡Eso es la vida! Cuatro paredes, dos puertas, una ventana, una cama, sillas, una mesa, eso es todo. ¡Una cárcel, una cárcel! Cualquier lugar donde habitamos mucho tiempo se convierte en una cárcel. ¡Oh, huir, partir! Huir de los lugares conocidos, de los hombres, de los mismos movimientos a las mismas horas y, sobre todo, de los mismos pensamientos.

Cuando estamos hastiados, hastiados hasta el punto de llorar de la mañana a la noche, hastiados hasta el punto de no tener fuerzas para levantarnos a beber un vaso de agua, hastiados de los rostros amigos que acaban resultándonos irritantes a fuerza de verlos demasiado a menudo, de los vecinos odiosos y de los amables, de las cosas familiares y monótonas, de nuestra casa, de nuestra calle, de nuestra criada que viene a decirnos: «¿qué desea el señor para cenar?», y que se marcha dejando ver a cada paso, con un inmundo talonazo, el borde deshilachado de su falda sucia, hastiados de nuestro perro tan fiel, de las manchas inmutables de las colgaduras, de la regularidad de las comidas, de dormir en la misma cama, de cada una de las acciones repetidas cada día, hastiados de nosotros mismos, de nuestra propia voz, de las cosas que repetimos sin parar, del estrecho círculo de nuestras ideas, hastiados de nuestro rostro en el espejo, de la cara que ponemos al afeitarnos, al peinarnos, hay que partir, adentrarse en una vida nueva y cambiante.

El viaje es una especie de puerta por donde se sale de la realidad conocida para penetrar en una realidad inexplorada que parece un sueño.

¡Una estación! ¡Un puerto! ¡Un tren que silba y escupe su primer chorro de vapor! ¡Un gran buque que pasa por los espigones lentamente, pero cuyo vientre jadea de impaciencia y que desaparecerá en el horizonte, rumbo a países nuevos! ¿Quién puede observar todo esto sin estremecerse de envidia, sin sentir despertar en

su alma el ansia de largos viajes?

Siempre soñamos con un país predilecto, para unos es Suecia, para otros la India; para el de más acá es Grecia y para el de más allá Japón. Yo me sentía atraído por África con una necesidad imperiosa, con una nostalgia del desierto ignorado, como si se tratase del presentimiento de una pasión por nacer.

Salí de París el 6 de julio de 1881. Quería ver aquella tierra de sol y de arena en pleno verano, bajo el pesado calor, bajo la cegadora furia de la luz. Todo el mundo conoce los magníficos versos del gran poeta Leconte de Lisle:

Mediodía, rey de los veranos,  
extendido sobre el llano,  
Cae, en capas de plata,  
de las alturas del cielo azul.  
Todo queda en silencio.  
El aire arde y abrasa sin aliento;  
La tierra está adormecida en su vestido de fuego.

Es el mediodía del desierto, el mediodía esparcido por el mar de arena inmóvil e ilimitada, el que me ha hecho abandonar las orillas florecidas del Sena a las que canta la señora Deshoulières, y los frescos baños de la mañana, y la sombra verde de los bosques, para atravesar las soledades ardientes.

Otra razón daba a Argelia un atractivo particular. El escurridizo Bouamama dirigía aquella campaña fantástica que llevó a decir, escribir y cometer tantas tonterías. Se afirmaba también que la población musulmana preparaba una insurrección general, que iba a emprender una última tentativa, y que tan pronto como terminara el ramadán estallarían la guerra por toda Argelia. Me daba mucha curiosidad ver al árabe en ese momento, intentar comprender su alma, que no parecía inquietar demasiado a los colonizadores.

Flaubert dijo en alguna oportunidad: «Podemos hacernos una idea del desierto, de las pirámides, de la Esfinge, antes de haberlas visto; pero lo que no podemos imaginar en absoluto es la cabeza de un barbero turco en cuclillas delante de su puerta».

¿Acaso no sería aún más interesante saber qué pasa en el interior de esa cabeza?

# El Mar

Marsella palpita bajo el alegre sol de un día de verano. Parece reír, con sus grandes cafés engalanados, sus caballos con sombrero de paja como si fueran disfrazados, su gente atareada y ruidosa. Parece algo achispada con ese acento que canta por las calles, ese acento que todo el mundo pronuncia como si fuera un desafío. En cualquier otra parte oír al marsellés divierte y parece una especie de extranjero chapurreando el francés; pero en Marsella todos los marselleses reunidos imprimen al acento una exageración que adquiere el aire de una farsa. Todo el mundo habla de ese modo ¡y es demasiado, demasiado! Marsella transpira al sol, como una hermosa joven un poco descuidada, pues huele a ajo, la pordiosera, y a mil otras cosas. Huele a las innumerables comidas que picotean los negros, los turcos, los griegos, los italianos, los malteses, los españoles, los ingleses, los corsos y los marselleses, acostados, sentados, hechos un ovillo o repantigados por los muelles.

En la dársena de la Joliette, los pesados paquebotes, con el morro girado hacia la entrada del puerto, calientan motores repletos de hombres que los llenan de paquetes y de mercancías.

De repente uno de ellos, el Abd-el-Kader, se pone a dar mugidos, pues el silbido ya no existe; ha sido reemplazado por una especie de grito de animal, una voz formidable que sale del vientre humeante del monstruo.

El inmenso buque deja su punto de amarre, pasa dulcemente en medio de sus hermanos aún inmóviles, sale del puerto y, bruscamente, cuando el capitán grita con su megáfono, cuyo sonido desciende hasta las profundidades del barco, la orden: «En marcha», se lanza, ardorosamente, y abre el mar dejando tras de sí una larga estela, mientras las costas desaparecen y Marsella se hunde en el horizonte.

Es la hora de cenar a bordo. Poca gente. En julio no se suele viajar a África. En un extremo de la mesa hay un coronel, un ingeniero, un médico, dos burgueses de Argel con sus mujeres.

Hablan del país al que se dirigen, de la administración que le convendría.

El coronel exige enérgicamente un gobierno militar, menciona tácticas en el desierto y declara que el telégrafo es inútil e incluso peligroso para los ejércitos. Este oficial de alto rango debió sufrir alguna contrariedad de guerra por culpa del telégrafo.

Al ingeniero le gustaría poner la colonia en manos de un inspector general de puentes y caminos que hiciera canales, presas, carreteras y mil otras cosas.

El capitán del navío da a entender, ingenioso, que un marinero sería mucho más adecuado para ocuparse de estos asuntos, puesto que Argelia sólo es abordable por mar.

Los dos burgueses señalan los errores groseros del gobernador; y cada cual ríe asombrado de que sea posible tanta torpeza.

Después vuelven a subir al puente. No hay nada más que el mar, el mar calmado,



sin un solo estremecimiento, y dorado por la luna. El pesado buque parece deslizarse por encima, dejando tras de sí una larga estela de borbotones, donde el agua removida parece de fuego líquido.

El cielo se extiende por encima de nuestras cabezas, con un negro azulado, sembrado de astros que, por momentos, oculta la enorme bocanada de humo que vomita la chimenea; y el pequeño farol que hay arriba del mástil adquiere el aire de una gran estrella paseándose entre las otras. Sólo se oye el zumbido de la hélice en las profundidades del buque. ¡Qué encantadoras son las horas tranquilas de la noche en el puente de una embarcación que huye!

Durante todo el día siguiente, nos dedicamos a pensar tendidos bajo la carpa, con el océano por todos lados. Después volvió a caer la noche y reapareció el día. Dormimos en la estrecha cabina, en la litera en forma de sarcófago. Me levanto, son las cuatro de la mañana.

¡Qué despertar! Una extensa costa y a lo lejos, en frente, una mancha blanca que aumenta: ¡Argel!

## Argel

¡Magia inesperada que encanta el espíritu! Argel supera mis expectativas. ¡Qué bonita es, bajo el sol cegador, la ciudad de nieve! Una inmensa terraza bordea el puerto, sostenida por una elegante arcada. Por encima se alzan los grandes hoteles europeos y el barrio francés y, aún más arriba, escalonada, la ciudad árabe, en un amontonamiento de casitas blancas, extrañas, enredadas unas con otras, separadas por calles que parecen túneles con luz. El nivel superior se sostiene por una hilera de pilares pintados de blanco; los tejados se tocan. Hay pendientes bruscas en rincones habitados, escaleras misteriosas que conducen a viviendas que parecen madrigueras llenas de familias árabes bulliciosas. Pasa una mujer, grave y con velo, con los tobillos desnudos, poco turbadores, ennegrecidos por el polvo mezclado con el sudor.

Desde la punta del espigón la vista sobre la ciudad es maravillosa. Observamos, extasiados, la cascada brillante de casas que se abalanzan unas sobre otras desde lo alto de la montaña hasta el mar. Se diría que es la espuma de un torrente, espuma de una blancura tremenda; y, de vez en cuando, como un hervor en aumento, una mezquita resplandeciente bajo el sol.

Por todas partes hormiguea una población asombrosa. Innumerables mendigos, vestidos con una simple camisa, o con dos alfombras cosidas a modo de casulla, o con un saco viejo con agujeros para la cabeza y los brazos, las piernas y los pies siempre desnudos, van, vienen, se insultan, se pelean, verminosos, harapientos, embadurnados de basura y apestando a animal.

Tartarín diría que huelen a «teur» (turco) y por aquí huele a *teur* en todas partes.

Además hay todo un mundo de críos de piel oscura, mezcla de bereber, de árabe, de negro y de blanco, un hormiguero de limpiabotas, molestos como moscas, audaces y saltarines, resabiados a los tres años, pícaros como los monos, que nos insultan en árabe y nos persiguen en francés con sus eternos «*cié mosieue*<sup>[1]</sup>». Nos tutean y los tuteamos. Por lo demás, aquí todo el mundo se tutea. El cochero que paramos en la calle nos pregunta: «Dónde te llevaré». Señalo este uso a los cocheros parisinos que se exceden en familiaridad.

El mismo día de mi llegada vi un pequeño hecho sin importancia y que sin embargo resume más o menos la historia de Argelia y de la colonización.

Me encontraba sentado en la terraza de un café cuando un joven moruno se apropió, por la fuerza, de mis pies y se puso a embetunarme los zapatos con una energía furiosa. Después de haber frotado durante un cuarto de hora y de haber dejado el cuero de mis botines más brillante que un espejo, le di dos perras. Dijo «*méci mosieue*», pero no se levantó. Permaneció en cuclillas entre mis piernas, completamente inmóvil, moviendo los ojos como si estuviera enfermo. Le dije: «Vamos vete, morito». Él siguió sin responder, no rechistó, y luego, de pronto, agarrando a pulso su caja de betunes, huyó a toda prisa. Y entonces vi a un negro

robusto de dieciséis años que salía de una puerta donde se había agazapado y se lanzaba sobre mi limpiabotas. En unos pocos brincos lo alcanzó, después lo golpeó, lo cacheó, le arrebató las dos perras, las metió en su bolsillo y se fue tranquilamente riendo, mientras el infeliz desvalijado gemía de un modo espantoso.

Yo estaba indignado. Mi vecino de mesa, un oficial de África, un amigo, me dijo: «Déjelo correr, así se establecen las jerarquías. Mientras no son lo suficientemente fuertes como para quedarse con las perras de los otros limpian botas. Pero en cuanto se sienten en condiciones de saquear a los más pequeños, ya no hacen nada. Acechan a los limpiabotas y los desvalijan». Y después mi compañero añadió riendo: «Aquí casi todo el mundo funciona así».

El cuartel europeo de Argelia, hermoso de lejos, tiene de cerca un aspecto de ciudad nueva crecida en un clima que no le conviene nada. Al desembarcar, un largo estandarte atrae la mirada: «Skating-Rink argelino»; y desde los primeros pasos nos embarga, nos estorba, la sensación de que en este país el progreso se ha impuesto de un modo muy torpe, de que la civilización resulta brutal, mal adaptada a las costumbres, al cielo y a las gentes. Somos nosotros los que tenemos aspecto de bárbaros en medio de aquellos bárbaros, que son unos brutos, es cierto, pero a fin de cuentas están en sus casas y los siglos les han enseñado costumbres cuyo sentido todavía parecemos no haber comprendido.

Napoleón III dijo unas palabras sabias (tal vez se las sopló un ministro): «Lo que necesita Argelia no son conquistadores sino instructores». Pero nosotros seguimos siendo brutales conquistadores, torpes, orgullosos de nuestras ideas preconcebidas. Nuestras costumbres impuestas, nuestras casas parisinas, nuestras maneras caen de bruces contra el suelo como groseras faltas de arte, de sabiduría y de comprensión. Todo lo que hacemos parece un contrasentido, un desafío a este país, no sólo a sus primeros habitantes sino a la tierra misma.

Algunos días después de mi llegada vi un baile en plena calle en Mustafá. Era la fiesta de Neuilly. Había tiendas de alfajores, casetas de tiro, loterías, el juego de los cuchillos y las muñecas alineadas, sonámbulos, sirenas, y los dependientes bailando con las muchachas de las tiendas como una auténtica cuadrilla del Bullier<sup>[2]</sup> mientras fuera del recinto al que entrábamos pagando, en la llanura amplia y arenosa del campo de maniobras, centenares de árabes echados, bajo la luna, inmóviles en sus andrajos blancos, escuchaban con gravedad los estribillos del jaleo que montaban los franceses.

## La provincia de Orán

Entre Argel y Orán hay un día de tren. Se atraviesa primero la llanura de la Mitidja, fértil, umbría, poblada. Ésta es la región que se le enseña al recién llegado para demostrarle la fertilidad de nuestra colonia. Es cierto que la Mitidja y la Cabilia son dos países admirables. Pero actualmente la Cabilia tiene más habitantes por metro cuadrado que el Pas-de-Calais; la Mitidja estará igualmente poblada muy pronto. ¿Qué es lo que queremos colonizar en estos lugares? Ya volveré sobre este asunto.

El tren circula, avanza, las llanuras cultivadas desaparecen, la tierra se vuelve yerma y roja: es la verdadera tierra de África. El horizonte se ensancha, un horizonte estéril y ardiente. Seguimos por el inmenso valle de Chelif, encerrado entre montañas desoladas, grises y abrasadas, sin un árbol, sin una hierba. De vez en cuando la línea de los montes pierde altura, se entreabre como si quisiera mostrar mejor la horrible miseria del suelo devorado por el sol. Un espacio inmenso se extiende, perfectamente llano, limitado, a lo lejos, por la línea casi invisible de unas montañas envueltas en la bruma. Después, en las crestas desiguales, a veces, aparecen grandes puntos blancos, perfectamente redondos, como huevos enormes puestos allí por pájaros gigantes. Son morabitos<sup>[3]</sup> construidos para la gloria de Alá.

En la llanura dorada, interminable, a veces se percibe un grupito de árboles, con hombres encaramados, europeos bronceados y altos, que observan pasar el convoy; y muy cerca hay pequeñas tiendas de campaña, parecidas a grandes setas, de donde salen soldados barbudos. Se trata de una aldea de agricultores protegida por un destacamento.

Después, en la extensión de tierra estéril y polvorienta, se distingue, tan lejos que apenas la vemos, una especie de humareda, una nube exigua que asciende hacia el cielo y parece buscar el sol. Es un jinete que, bajo los pies de su caballo, levanta la polvareda fina y ardiente. Y cada una de estas nubes en la llanura indica un hombre del que terminamos por reconocer el claro alboroz casi imperceptible.

De vez en cuando surgen campamentos indígenas. Apenas logramos distinguir estos aduares<sup>[4]</sup> junto a un torrente seco donde los niños apacientan a unas pocas cabras, algunos carneros o algunas vacas (aunque aquí pastar parece un término considerablemente irrisorio). Las chozas de tela oscura, rodeadas de maleza seca, se confunden con el color monótono de la tierra. En el terraplén de la vía un hombre de piel negra, con las piernas desnudas, vigorosas y duras, envuelto en harapos blancuzcos, contempla gravemente la bestia de hierro que se desliza ante él.

Más lejos aparece una tropa de nómadas en marcha. La caravana avanza en la polvareda, dejando una nube tras ella. Las mujeres y los niños van montados en burros o en pequeños caballos; y algunos jinetes marchan gravemente a la cabeza, con un aire infinitamente noble.

Y siempre es así. En las paradas del tren, cada hora, aparece una ciudad europea:

algunas casas parecidas a las de Nantelle o Rueil, por los alrededores algunos árboles quemados, uno de los cuales tiene banderas tricolores, en ocasión del 14 de julio, y luego un gendarme grave a la salida, parecido al gendarme de Rueil o de Nanterre.

El calor es insoportable. Imposible tocar cualquier objeto de metal, incluso en el vagón. El agua de las cantimploras quema la boca. Y el aire que entra por la portezuela parece soplarlo la boca de un horno. En Orleansville el termómetro de la estación marca más de cuarenta y nueve grados a la sombra.

Llegamos a Orán a la hora de cenar.

Orán es una auténtica ciudad europea, comerciante, más española que francesa, y sin demasiado interés. Por las calles encontramos hermosas chicas de ojos negros, piel de marfil, dientes blancos. Cuando hace buen tiempo, parecen percibirse en el horizonte las costas de España, su patria.

En cuanto ponemos los pies en esta tierra africana, una necesidad singular nos invade, la de ir más lejos, al sur.

De manera que, con un billete a Saida, tomé la pequeña vía estrecha que trepa por las altas mesetas. En torno a esta ciudad ronda con sus jinetes el escurridizo Bouamama.

Después de algunas horas de camino alcanzamos las primeras pendientes del Atlas. El tren asciende, silba, avanza a duras penas, serpentea por el flanco de las áridas cotas, pasa al lado de un lago inmenso formado por tres ríos detenidos, que se unen en tres valles, en la famosa presa de Habra. Un muro colosal, de una longitud de quinientos metros, y de una altura de cuarenta, contiene, suspendidos sobre una llanura desmesurada, catorce millones de metros cúbicos de agua.

(Esta presa se derrumbó al año siguiente, ahogó a cientos de hombres y arruinó toda una región. Esto ocurrió en un momento de gran movilización nacional en apoyo a las víctimas de las inundaciones húngaras y españolas. Nadie se ocupó de este desastre francés).

Después pasamos por los desfiladeros estrechos entre dos montañas: a juzgar por lo enrojecida y desollada que tienen la piel se diría que se han incendiado hace poco; esquivamos los picos, seguimos a lo largo de las pendientes, damos rodeos de diez kilómetros para evitar los obstáculos y después nos precipitamos en una llanura, a toda velocidad, siempre zigzagueando un poco, como si siguiéramos una vieja costumbre.

Los vagones son muy pequeños, la máquina inmensa como la de un tranvía. A veces parece extenuada, estertorosa, quejumbrosa o rabiosa, avanza tan lentamente que podríamos seguirla a pie cuando, de pronto, arranca de nuevo con furia.

Toda la comarca es árida y desolada. El rey de África, el sol, el gigante devastador y feroz se comió la carne de estos pequeños valles, sin dejar más que la piedra y un polvo rojo donde nada puede brotar.

¡Saida! Es una pequeña ciudad francesa que parece habitada sólo por generales. Por lo menos hay diez o doce y parecen estar siempre en conciliábulo. Dan ganas de

gritarles: «¿Dónde anda hoy Bouamama, mi general?». A la población civil no le inspira el menor respeto el uniforme.

El albergue del lugar deja mucho que desear. Me acuesto en un montón de paja en una habitación encalada. El calor es insoportable. Cierro los ojos para dormir. ¡En vano! Mi ventana está abierta y da sobre un patio pequeño. Oigo ladrar a unos perros. Están lejos, muy lejos, y ladran por rachas, como si se respondieran unos a otros.

Pero muy pronto se acercan, se acercan hacia donde estoy yo; ahora están frente a las casas, en las viñas, en las calles. Están ahí, quinientos, mil tal vez, hambrientos, feroces: son los perros que vigilaban los campamentos españoles desde las altas llanuras. A sus amos los han matado o se han ido, y los animales rondan muertos de hambre; después encuentran la ciudad y la rodean, como un ejército. Por la mañana duermen en los barrancos, bajo las rocas, en los agujeros de la montaña: y tan pronto como cae la noche, acuden a Saida para buscarse la vida.

Los hombres que vuelven tarde a casa andan con el revólver en mano, seguidos, olfateados, por veinte o treinta perros jóvenes que parecen zorros.

Ahora ladran de un modo constante, espantoso, capaz de enloquecer a cualquiera. Después otros gritos, aullidos agudos; son los chacales que llegan; y a veces no se oye más que una voz más fuerte y singular, la de la hiena, que imita al perro para atraerlo y devorarlo.

Esta algazara horrible dura hasta el amanecer.

Antes de la ocupación francesa, Saida estaba protegida por una pequeña fortaleza construida por Abd-el-Kader.

La ciudad nueva está hundida en un valle rodeado de colinas peladas. Un delgado río, que podemos atravesar casi de un salto, riega los campos de los alrededores donde crecen hermosas viñas. Hacia el sur los montes vecinos adquieren el aspecto de una muralla, son los últimos escalones que conducen a las altas mesetas.

A la izquierda se yergue un peñasco de un rojo intenso, de una altura de unos cincuenta metros y en cuya cima descansan algunas albañilerías en ruinas. Esto es todo lo que queda de la Saida de Abd-el-Kader. El peñasco, visto de lejos, parece parte de la montaña, pero al escalarlo nos arrebató la sorpresa y la admiración. Un barranco profundo, abierto entre dos muros completamente verticales, separa el antiguo reducto del emir de la cota vecina. Esta cota es de piedra púrpura y cortada en algunas partes por brechas donde caen las lluvias de invierno. En el barranco corre el río en medio de un bosque de laurel rosa. Desde lo alto parece un tapiz oriental extendido sobre un pasillo. La capa de flores parece ininterrumpida, moteada sólo por el follaje verde que la salpica en algunos puntos.

Bajamos al pequeño valle por un sendero de cabras.

El río, amplio en ese punto (el *ued*<sup>[5]</sup> Saida), aunque a nosotros nos parece un arroyo, se agita entre las piedras, bajo los grandes arbustos, salta las rocas, espumea, se ondula y murmura. El agua es caliente, casi ardiente. Unos cangrejos enormes corren por las orillas con una rapidez singular, y alzan las pinzas al verme. Unos

lagartos verdes y grandes desaparecen entre el follaje. A veces un reptil se escurre entre las piedras.

La torrentera se estrecha como si fuera a cerrarse. Un gran ruido sobre mi cabeza me estremece. Un águila sorprendida alza el vuelo desde su nido, se eleva hacia el cielo azul, asciende dando golpes de ala lentos y contundentes, tan extendida que parece tocar las dos paredes.

Al cabo de una hora, desembocamos en la carretera que va hacia Ain El Hadjar escalando el monte polvoriento.

Frente a mí una mujer, una vieja en falda negra, tocada con un sombrero blanco, camina, encorvada, con una cesta en el brazo izquierdo y agarrando con el otro, a modo de sombrilla, un inmenso paraguas rojo. ¡Una mujer aquí! Una campesina en esta triste comarca donde apenas se ve a alguna que otra negra alta y de grandes curvas, brillante, engalanada con telas amarillas, rojas o azules, y que dejan a su paso un olor de carne humana que turba a los corazones más fuertes.

La vieja, extenuada, se sentó encima del polvo, jadeando en el calor tórrido. Tenía el rostro arrugado, surcado de innumerables y pequeños pliegues de piel como los de las telas fruncidas, y un aire fatigado, agobiado, desesperado.

Le hablé. Era una alsaciana a quien habían enviado a aquel país desolado con sus cuatro hijos, tras la guerra. Me dijo:

—¿Viene usted de allá? —aquel «allá» me encogió el corazón.

—Sí —y la mujer se puso a llorar. Después me contó su historia, muy sencilla.

Le prometieron tierras. Habían venido todos, la madre y los niños. Tres de sus hijos habían muerto en aquel clima mortífero. Le quedaba uno, también enfermo. Sus campos no daban nada, por más grandes que fueran, porque no tenían ni una gota de agua. La vieja repetía: «Cenizas, señor, cenizas quemadas. ¡No crece una sola col, ni una col, ni una col!», obsesionada con la idea de la col, que debía representar para ella la felicidad terrenal.

Jamás había visto nada más lamentable que aquella buena mujer de Alsacia tirada en aquel suelo de fuego donde no crece ni una col. ¡Con cuánta frecuencia debía pensar en el país perdido, en el país verde de su juventud, la pobre vieja!

Al dejarme, añadió: «¿Sabe usted si darán tierras en Túnez? Dicen que por ahí está bien. En cualquier caso seguro que es mejor que aquí. Y además a lo mejor allí mi hijo se salvaría».

Todos nuestros colonos instalados más allá de Tell podrían contar algo parecido.

Un deseo persistía, el de ir más lejos. Pero como todo el país estaba en guerra no podía aventurarme solo. Se me ofreció una ocasión: un tren que iba a abastecer a las tropas acampadas en la región de las marismas.

Era un día de siroco. Desde la mañana el viento del sur se levantó, lanzando sobre la tierra su lento, pesado, devorador aliento. A las siete el pequeño convoy se puso en marcha; transportaba dos destacamentos de infantería con sus oficiales, tres vagones-cisterna llenos de agua y a los ingenieros de la Compañía, porque desde hacía tres

semanas ningún tren había ido hasta los límites extremos de la línea que los árabes tal vez habían destruido.

La máquina, *Hiena*, parte ruidosamente hacia la montaña de la derecha como si quisiera atravesarla. Después gira bruscamente, se hunde en un estrecho valle, da un rodeo, y vuelve a pasar a cincuenta metros por encima del lugar por donde corría. Gira de nuevo, traza circuitos, uno sobre el otro, asciende siempre en zigzag, describiendo un gran lazo que alcanza la cima del monte.

He aquí grandes edificios, chimeneas de fábricas, una especie de pequeña ciudad abandonada. Son los magníficos talleres de la compañía franco-argelina. Aquí se preparaba el esparto antes de la masacre de los españoles. El lugar se llama Ain-el-Hadjar.

Seguimos subiendo. La locomotora silba, refunfuña, ralentiza su marcha, se detiene. Intenta ponerse en marcha de nuevo tres veces y las tres veces permanece impotente. Retrocede para tomar impulso, pero sigue sin tener fuerzas en medio de una pendiente demasiado fuerte.

Entonces los oficiales hacen descender a los soldados que, repartidos a lo largo del tren, se ponen a empujar. Nos ponemos en marcha de nuevo lentamente a paso de hombre. Reímos, bromeamos; los soldados se burlan de la máquina. Ya estamos en las altas mesetas, por fin.

El maquinista, con el cuerpo inclinado hacia fuera, sigue mirando la vía que puede estar cortada; y nosotros examinamos el horizonte, atentos, alerta desde que una nubecilla de polvo parece indicar a lo lejos un jinete aún invisible. Llevamos fusiles y revólveres.

A veces un chacal huye ante nosotros; un enorme buitre alza el vuelo, abandonando el esqueleto de un camello casi totalmente descuartizado; las gallinas de Cartago, muy parecidas a las perdices, se posan en las matas de las palmeras enanas.

En la estación de Tafraua hay dos compañías militares acampadas. Aquí han muerto muchos españoles. En Kralfallah se fortifica a toda prisa una compañía de zuavos<sup>[6]</sup>, fortifica a toda prisa su posición, construye sus trincheras con raíles, vigas, postes de telégrafo, balas de esparto, con todo lo que encuentra. Almorzamos allí; y los tres oficiales, los tres jóvenes y alegres, el capitán, el teniente y el subteniente, nos ofrecen café.

El tren vuelve a partir. Corre interminablemente por una llanura ilimitada a la cual las matas de esparto dan un aspecto de mar en calma. El siroco se hace intolerable y nos echa a la cara el aire ardiente del desierto; y a veces, en el horizonte, aparece una forma vaga. Parece un lago, una isla, peñascos en el agua: es un espejismo. En un talud hay unas piedras quemadas y el esqueleto de un hombre: los restos de un español. Después más camellos muertos, siempre descuartizados por los buitres.

¡Atravesamos un bosque! ¡Qué bosque! Un océano de arena donde arbustos extraños de enebro parecen lechugas en una huerta gigantesca. Y a partir de ahí ninguna otra vegetación, excepto el esparto, una especie de junco de un verde azulado



que crece en matojos redondos y cubre el suelo hasta donde la vista alcanza.

A veces nos parece ver a un jinete a lo lejos. Pero desaparece; tal vez nos equivocábamos.

Llegamos a Ued-Fallete, en medio de una extensión siempre monótona y desierta. Entonces me alejo a pie con dos compañeros, más hacia el sur. Escalamos una colina baja en medio de un calor aplastante. El siroco arrastra el fuego; seca el sudor sobre la cara a medida que aparece, abrasa los labios y los ojos, irrita la garganta. Bajo cualquier piedra hay escorpiones.

En torno al convoy detenido, que de lejos cobra el aire de una gran bestia negra acostada en la tierra seca, los soldados cargan los carros enviados desde el campamento vecino.

Después se alejan en la polvareda, lentamente, con paso rendido, bajo el sol agobiante. Los vemos a lo lejos durante mucho, mucho tiempo, yéndose por la izquierda; después ya sólo vemos la nube gris que levantan bajo sus pies.

Nos quedamos junto al tren hasta las seis. Ya no es posible tocar nada, todo arde. El cobre de los vagones parece estar al rojo vivo. Y al tocar con la mano el acero de las armas por accidente soltamos un grito.

Ya hace algunos días la tribu de los rezaina, que se pasó al bando de los rebeldes, atravesó aquella marisma a la que no pudimos llegar, pues la hora nos obligó a volver. El calor fue tal durante el paso por la marisma seca que la tribu fugitiva perdió todos sus burros a causa de la sed e incluso a doce niños, que murieron en brazos de sus madres.

La máquina silba. Abandonamos Ued-Fallete. Una destacada gesta bélica convirtió célebre este lugar en la comarca.

Allí se había establecido una colonia vigilada por un destacamento de la 15ª compañía. Pero una noche dos árabes de los *goum*<sup>[7]</sup> se presentaron en los puestos avanzados, después de cabalgar diez horas, con una orden urgente del general comandante en Saida. De acuerdo con la costumbre, agitaron una antorcha para que los reconocieran. El centinela, agotado porque acababa de llegar de Francia, ignorando las costumbres y las reglas del servicio en la campaña del sur, y sin haber sido prevenido en absoluto por sus oficiales, disparó sobre los mensajeros. Los pobres diablos avanzaron a pesar de todo; el puesto tomó las armas, los hombres tomaron posición y se produjo un tiroteo espantoso. Después de haber soportado ciento cincuenta disparos, los dos árabes se retiraron finalmente; uno de ellos había recibido una bala en la espalda. Al día siguiente, volvieron al cuartel general e informaron de lo ocurrido.

## Bouamama

Incluso hoy habría que ser muy osado para decir quién era Bouamama. Después de haber enloquecido a nuestro ejército de África, el escurridizo burlador desapareció de un modo tan perfecto que empezamos a pensar que nunca existió.

Algunos oficiales dignos de confianza, que creían conocerlo, me lo han descrito de una determinada manera; pero otras personas igualmente honestas, seguras de haberlo visto, me lo han presentado de otro modo.

En cualquier caso, en todos los relatos aquel merodeador no fue más que el jefe de una banda poco numerosa, sin duda empujado a la revuelta a causa del hambre. Esta gente sólo lucha para vaciar los silos o saquear los convoyes. No parecen haber actuado por odio, ni por fanatismo religioso, sino sólo por hambre. Puesto que nuestro sistema de colonización consiste en arruinar al árabe, en desposeerlo sin reposo, en perseguirlo sin piedad y en hacerlo reventar de miseria, veremos aún otras insurrecciones.

Tal vez otra causa de esta campaña sea la presencia de esparteros españoles en las mesetas altas. En este océano de esparto, en esta monótona extensión verdosa, inmóvil bajo el cielo encendido, vivía una auténtica nación, hordas de hombres de piel tostada, aventureros a los que la miseria u otras razones habían expulsado de sus patrias. Más salvajes, más temidos que los árabes, igualmente aislados, lejos de cualquier ciudad, de toda ley, de toda fuerza, se dice que hicieron lo mismo que sus ancestros en las nuevas tierras: fueron violentos, sanguinarios, terribles con los nativos.

La venganza de los árabes fue espantosa.

Éste es el origen aparente de la insurrección explicado en unas pocas líneas.

Dos morabitos predicaron abiertamente la revuelta en una tribu del sur. Se envió al teniente Weinbrenner con la misión de apresar al *caid*<sup>[8]</sup> de esta tribu. El oficial francés llevaba una escolta de cuatro hombres. Lo asesinaron.

Se encargó al coronel Innocenti vengar esta muerte y como refuerzo se mandó al agá<sup>[9]</sup> de Saida.

Pero cuando estaba en camino, el *goum* del agá de Saida se encontró con los *trafis* que también iban a reunirse con el coronel Innocenti. Empezaron a surgir peleas entre las dos tribus; los *trafis* desertaron y fueron a ponerse a las órdenes de Bouamama. En este lugar se produjo el episodio de Chellala que tantas veces hemos oído relatar. Tras el saqueo de su convoy, el coronel Innocenti, al que la opinión pública parece haber condenado demasiado a la ligera, volvió a subir a marchas forzadas hacia Kreider, para rehacer su colonia, y dejó el camino totalmente libre a su adversario, que lo aprovechó.

Hay que mencionar un hecho curioso. Aquel día los despachos oficiales situaban a Bouamama simultáneamente en dos puntos que distaban ciento cincuenta

kilómetros entre sí.

Aprovechando la perfecta libertad que le daban, el caudillo pasó a doce kilómetros de Géryville, matando por el camino al brigada Bringeard, que había sido enviado con unos pocos hombres a una región en plena revuelta para establecer comunicaciones telegráficas; después subió hacia el norte.

Fue entonces cuando atravesó el territorio de los hassassenas y de los harrars, y parece verosímil que diera también a ambas tribus la orden de masacre general de los españoles, una orden que éstas ejecutaron al poco tiempo.

Por último, llegó a Ain-Ketifa, y dos días más tarde acampaba en Haci-Tirsine, tan sólo a veintidós kilómetros de Saida.

La autoridad militar, finalmente inquieta, previno el 10 de junio por la noche a la Compañía franco-argelina de que hiciera volver a todos sus agentes puesto que la región ya no era segura. Los trenes circularon toda la noche hasta el extremo de la línea; pero a determinadas horas era imposible hacer regresar los vagones de mercancías diseminados por un territorio de ciento cincuenta kilómetros, y el día 11, al amanecer, empezó la masacre.

La ejecutaron principalmente las dos tribus de los hassassenas y los harrars crispados por los españoles que vivían en sus territorios.

Y sin embargo, con el pretexto de no incitarlos a la revuelta, se terminó optando por no tomar represalias contra estas tribus, que habían degollado a unas trescientas personas, hombres, mujeres y niños. Soltaron a los jinetes árabes que encontraron cargados de pieles y con ropas de mujeres españolas en sus sillas de montar, so pretexto, según dicen, de no tener pruebas suficientes.

Así pues, el día 10 por la noche, Bouamama acampaba en Haci-Tirsine, a veintidós kilómetros de Saida. A la misma hora, el general Cerez telegrafiaba al gobernador informando de que el caudillo rebelde intentaba volver hacia el sur.

Los días siguientes, el audaz morabito saqueó los poblados de Tafrua y de Kralfallah: cargó todos sus camellos con un botín de millones en víveres y mercancías.

Enfiló de nuevo hacia Haci-Tirsine para reagrupar a su tropa; después dividió su convoy en dos partes, una de las cuales se dirigió a Ain-Ketifa. Ésta fue detenida y saqueada por el *goum* de Sharrui (columna Brunetière). La otra sección, bajo el mando del propio Bouamama, quedó atrapada entre la columna del general Détrie acampado en El Maya y la columna Mallaret apostada cerca de El Kreider, en Ksar-el-Krelifa. Había que pasar entre las dos, lo cual no era nada fácil. Bouamama envió entonces a una parte de sus jinetes frente al campo del general Détrie quien los persiguió, con toda su columna, hasta Ain-Sfisifa, mucho más lejos de Chott, persuadido de que tenía al morabito frente a él. El ardid funcionó. El camino estaba libre. Al día siguiente de la partida del general, el caudillo insurrecto ocupaba su campamento, era el 14 de junio.

Por su parte el coronel Mallaret, en lugar de proteger el pasaje de Kreider, había

acampado en Ksar-el-Krelifa, a cuatro kilómetros de distancia. Bouamama envió de inmediato un considerable destacamento de jinetes para que desfilase delante del coronel, que se limitó a lanzar los seis cañonazos legendarios. Y, mientras tanto, el convoy de camellos cargados atravesaba tranquilamente la marisma en Kreider, el único lugar donde la travesía resultó fácil. Desde allí el morabito tuvo que ir a poner sus provisiones a salvo en su tribu, los mogar, a cuatrocientos kilómetros al sur de Géryville.

Podríamos preguntarnos de dónde procede un relato tan preciso de los hechos. De todo el mundo. Naturalmente unos discrepan en este punto y otros en aquél. Por mi parte, no puedo asegurar nada porque me he limitado a recoger las informaciones que me parecían más verosímiles. Por otra parte, en Argelia sería imposible conseguir detalles ciertos sobre lo que ocurre o ha ocurrido a tres kilómetros del punto donde nos encontramos. En cuanto a las novedades militares, durante toda la campaña parecía que las suministrara un bromista impertinente. El mismo día, seis mandos habían situado a Bouamama en seis puntos diferentes, y todos estaban convencidos de saber dónde estaba. Una colección completa de despachos oficiales, con un pequeño suplemento que contenía los de las agencias autorizadas, constituiría una antología completamente disparatada. Por lo demás, algunos despachos, cuya inverosimilitud era muy evidente, fueron interceptados en las oficinas, en Alger.

Desde mi punto de vista, una ingeniosa caricatura que hizo un colono explicaba bastante bien la situación. En ella se veía a un general veterano, gordo, lleno de galones, con mostacho, de pie frente al desierto. Examinaba con perplejidad la inmensa región, yerma y ondulada, cuyos límites se perdían, y murmuraba: «Están ahí... ¿en alguna parte!». Después, dirigiéndose a su ordenanza inmóvil a sus espaldas, decía con voz firme: «Telegrafíe al gobierno que el enemigo está delante mío y que voy a su caza».

Las únicas informaciones un poco fiables que se recibían procedían de los prisioneros españoles que habían escapado de Bouamama. Tuve ocasión de charlar con uno de esos hombres por medio de un intérprete y esto es lo que me contó: se llamaba Blas Rojo Pélisaire. El 10 de junio por la noche conducía con algunos compañeros suyos un convoy de siete carretas cuando encontraron en la carretera otras carretas destrozadas y, entre las ruedas, a los carreteros masacrados. Uno de ellos estaba aún con vida. Intentaron curarlo, pero una tropa de árabes se les echó encima. Los españoles sólo tenían un fusil; se rindieron; pero fueron igualmente masacrados, salvo Blas Rojo, al que sin duda lo salvó su juventud y su buen aspecto. Ya se sabe que los árabes no son indiferentes a la belleza masculina. Lo condujeron al campo, donde encontró a otros prisioneros. A medianoche mataron a uno de los prisioneros sin ninguna razón. Era un mecánico (uno de los encargados de ajustar los frenos de las carretas) que se llamaba Domingo.

Al día siguiente, el 11, Blas supo que habían matado a otros prisioneros durante la noche. Era el día de las grandes masacres. Se quedaron en el mismo sitio; después,

por la noche, los jinetes se llevaron a dos mujeres y a un niño.

El 12 levantaron el campamento y anduvieron todo el día.

El 13 por la noche acamparon en Dayat-Kereb.

El 14 partieron en dirección a Ksar-el-Krelifa. Éste es el día del episodio Mallaret. El prisionero no oyó el cañón, lo que hace pensar que Bouamama sólo hizo desfilar a una parte de los jinetes ante el cuerpo expedicionario francés, mientras que el convoy del botín donde se encontraba Blas pasaba la marisma a unos pocos kilómetros de distancia, bien protegido.

Durante ocho horas anduvieron en zigzag. Una vez llegaron a Tis-Moulins, los *goums* disidentes se separaron y cada cual se llevó a sus prisioneros.

Bouamama se mostró condescendiente con los prisioneros, sobre todo con las mujeres, que hizo acostarse en una tienda especial y vigilada.

Una de ellas, una hermosa joven de dieciocho años, se unió por el camino con un jefe *trafi*, que la amenazaba de muerte si se resistía. Pero el morabito rechazó consagrar su unión.

Blas Rojo fue incorporado al servicio de Bouamama, a quien sin embargo no llegó a ver. Sólo vio a su hijo, que dirigía las operaciones militares. Por su aspecto debía de tener unos treinta años. Era un joven grande y delgado, castaño, pálido, de grandes ojos y con barbita. Tenía dos caballos alazanos, uno de los cuales era francés y parece que había pertenecido al comandante Jacquet. El prisionero no tuvo conocimiento del combate de Kreider.

Blas Rojo escapó en los alrededores de Bas-Yala, pero como no conocía muy bien la región, se vio obligado a seguir los ríos secos y, después de tres días y tres noches de camino, llegó a Marhum. A Bouamama lo acompañaban quinientos jinetes y trescientos soldados de infantería, además de un convoy de camellos que cargaban el botín.

Durante quince días después de las masacres, los trenes circularon día y noche por la pequeña vía de las marismas. A cada momento recogían a miserables españoles mutilados, a hermosas chicas desnudas, violadas y ensangrentadas. Según todos los habitantes de la comarca, la autoridad militar hubiera podido evitar aquella carnicería con un poco de previsión. En cualquier caso, no acabar con un puñado de revueltas. ¿Cuáles son las razones de la impotencia de nuestras armas perfeccionadas contra las porras y los mosquetes de los árabes? Corresponde a otros descubrirlas e indicárnoslas.

En cualquier caso, los árabes tienen sobre nosotros una ventaja contra la cual nos esforzamos en vano por combatir. Son hijos de este país. Viven con unos pocos higos y unos pocos granos de harina, infatigables en este clima que agota a los hombres del norte, montados en caballos tan sobrios como ellos y, también como ellos, insensibles al calor, capaces de hacer en un día cien o ciento treinta kilómetros. Como no tienen equipaje, ni convoyes, ni provisiones con las que cargar, se desplazan con una rapidez sorprendente, pasan entre dos colonias acampadas para ir a atacar y a saquear un

poblado que se cree protegido, desaparecen sin dejar rastro, y reaparecen de golpe cuando pensábamos que ya estaban lejos.

En las guerras de Europa, con independencia de la rapidez de un ejército, nunca se producen desplazamientos de los que no podamos tener noticia. La impedimenta reduce fatalmente la velocidad de los movimientos e indica siempre el camino seguido. Por el contrario cuando los árabes se mueven no dejan más marcas de su paso que el vuelo de un pájaro. Estos jinetes errantes van y vienen a nuestro alrededor con una celeridad y unos movimientos de golondrina.

Cuando atacan es posible vencerlos y casi siempre los derrotamos a pesar de su coraje. Pero no es posible perseguirlos; nunca podemos alcanzarlos cuando huyen. Además evitan cuidadosamente los enfrentamientos y se conforman con asediar a nuestras tropas. Cargan con ímpetu, al galope furioso de sus ligeros caballos, y llegan como una tempestad de trapos y polvo flotantes.

Descargan al galope sus largos fusiles damasquinados y luego, de pronto, giran bruscamente alejándose tal como han venido, a toda velocidad, dejando en el suelo tras ellos, de trecho en trecho, un bulto blanco que se agita, como un pájaro herido con las plumas ensangrentadas.

## La provincia de Argel

Los argelinos, los verdaderos habitantes de Argel, sólo conocen de su país la llanura de la Mitidja. Viven tranquilos en una de las ciudades más adorables del mundo, y declaran que el pueblo árabe es ingobernable: sólo cabe matarlo o echarlo de nuevo al desierto.

Por lo demás, de los árabes no han visto, de hecho, más que la chusma que hierve en las calles del sur. En los cafés se habla de Laghuat, de Bu Saada, de Saida, como si esas regiones estuvieran en los confines del mundo. Incluso es bastante raro que un oficial conozca las tres provincias. Casi siempre permanece en el mismo sitio hasta el momento en que vuelve a Francia.

Conviene añadir que en cuanto nos aventuramos más allá de las rutas conocidas en el sur, viajar se complica mucho. Sólo se puede hacer con la ayuda y el consentimiento de la autoridad militar. Los comandantes de los puestos avanzados se consideran auténticos monarcas omnipotentes; y nadie desconocido puede aventurarse a penetrar en sus tierras sin arriesgarse mucho... a los árabes. Cualquier hombre aislado sería inmediatamente detenido por los *caids*, escoltado hasta el oficial más próximo y devuelto en compañía de dos *spahis*<sup>[10]</sup> al territorio civil.

Pero basta con que podamos presentar la más mínima recomendación para que los oficiales de las oficinas árabes nos dispensen todos los favores imaginables. Como viven solos, tan lejos de cualquier vecindario, acogen al viajero del modo más encantador; como viven solos, han leído mucho, son cultivados, ilustrados y charlan con alegría; como viven solos en este vasto país desolado, de horizontes infinitos, saben pensar como los solitarios. Aunque partí con las prevenciones que generalmente tenemos en Francia contra estas oficinas, volví con una idea totalmente distinta.

Gracias a muchos de estos oficiales pude hacer una larga excursión más allá de las rutas conocidas, yendo de tribu en tribu.

Acababa de empezar el ramadán. Había inquietud en la colonia, pues se temía una insurrección general tan pronto como terminase el ayuno mahometano.

El ramadán dura treinta días. Durante este periodo ningún siervo de Mahoma debe beber, comer o fumar desde la hora matinal en que aparece el sol hasta la hora en que el ojo ya no distingue entre el blanco y el rojo. Esta dura prescripción no se obedece ni mucho menos al pie de la letra, y vemos brillar más de un cigarro cuando la estrella de fuego se oculta tras el horizonte y antes de que el ojo haya dejado de distinguir entre el rojo o el negro.

Pero al margen de lo que ocurre con esta prescripción, ningún árabe transgrede la ley severa del ayuno, de la abstinencia absoluta.

Hombres, mujeres, chicos a partir de quince años, chicas a partir de la edad núbil, es decir entre once y trece años, permanecen el día entero sin comer ni beber. No

comer no es nada; pero abstenerse de beber es horrible dado el extraordinario calor. No existe ningún tipo de exención en esta cuaresma. Por lo demás, nadie osaría pedirla; incluso las propias mujeres públicas, las *Ulad Nail*, que abundan en todos los focos árabes y en los grandes oasis, ayunan como los morabitos, tal vez más que ellos. Y aquellos árabes que nos parecían civilizados, que en los periodos normales parecían dispuestos a aceptar nuestras costumbres, a compartir nuestras ideas, a secundar nuestro comportamiento, en cuanto empieza el ramadán, se vuelven de pronto salvajemente fanáticos y estúpidamente fervorosos.

Es fácil comprender la furiosa exaltación que supone, para esas mentes limitadas y obstinadas, esta dura práctica religiosa. Los infelices meditan todo el día, con el estómago vacío, viendo pasar a los conquistadores rumíes<sup>[11]</sup> que comen, beben y fuman delante de ellos. Y se repiten que, si mataran a uno de esos rumíes durante el ramadán, irían directos al cielo, que la época de nuestro dominio toca su fin, porque sus morabitos les repiten una y otra vez la promesa de que van a echarnos a todos al mar a patadas.

Durante el ramadán abundan especialmente los *aissauas*, individuos que comen escorpiones o serpientes, saltimbanquis religiosos, los únicos, tal vez junto con unos cuantos descreídos y unos cuantos nobles, que no exhiben una fe acérrima.

Tales excepciones son sumamente raras; sólo podría citar una.

En el momento de emprender una expedición de veinte días en el sur, un oficial del grupo de Boghar pidió a los tres *spahis* que lo acompañaban que no hicieran el ramadán, pues temía no poder obtener nada de tres hombres extenuados por el ayuno. Dos de los soldados se negaron, y el tercero respondió:

—Mi teniente, yo no hago el ramadán. Yo no soy un morabito, soy un noble.

En efecto, era de alta cuna, hijo de una de las familias más antiguas e ilustres del desierto.

Una costumbre singular, que data de la ocupación, persiste aunque parezca profundamente grotesca teniendo en cuenta los resultados terribles que el ramadán puede tener para nosotros. Como al principio queríamos granjearnos a los vencidos, y como fomentar su religión era el mejor modo de atraerlos, se decidió que el cañón francés daría la señal de abstinencia durante la época correspondiente. Así pues, por la mañana, con los primeros rubores de la aurora, un cañonazo ordena el ayuno; y cada noche, unos veinte minutos después de que se ponga el sol, desde todas las ciudades, todos los fuertes, todas las plazas militares, otro cañonazo suena y hace que se enciendan millares de cigarros, que millones de gznates se pongan a beber y que por toda Argelia se preparen innumerables platos de cuscús.

En la gran mezquita de Argel tuve ocasión de asistir a la ceremonia religiosa que da comienzo al ramadán.

El edificio es muy simple, con sus muros encalados y su suelo cubierto de alfombras tupidas. Los árabes entran rápidamente, con los pies desnudos y con sus zapatos en la mano. Se colocan en grandes filas regulares, ampliamente separadas



unas de otras y más rectas que las filas de soldados en formación. Ponen su calzado frente a ellos, en el suelo, junto con cualquier otro pequeño objeto que puedan llevar en las manos; y permanecen inmóviles como estatuas, con el rostro girado hacia una pequeña capilla que indica la dirección a la Meca.

En esta capilla oficia el muftí. Su voz vieja, dulce, parecida a un balido y muy monótona, implora en una especie de canto triste que basta con escuchar una sola vez para que resulte imposible de olvidar nunca más. La entonación cambia a menudo, y entonces todos los asistentes, con un solo movimiento rítmico, silencioso y precipitado, inclinan la frente hasta tocar el suelo, permanecen prosternados unos segundos y se incorporan sin que el menor ruido vele un solo segundo el cantito tembloroso del muftí. Y así, la concurrencia se inclina y se incorpora sin parar, con una rapidez, un silencio y una regularidad fantásticas. Allí dentro no se oye el menor estrépito de sillas, ni las toses, ni los susurros de las iglesias católicas. Sentimos que una fe salvaje planea, llena a esas gentes, los hace inclinarse y levantarse como títeres; es una fe muda y tiránica que invade los cuerpos, inmoviliza los rostros, oprime los corazones. Un indefinible sentimiento de respeto, mezclado con la piedad, hace presa en nosotros ante estos fanáticos escuálidos, desprovistos de barriga que entorpezca sus ágiles postraciones, entregados a la religión de un modo tan mecánico y eficaz como los soldados prusianos al hacer sus maniobras.

Los muros son blancos, las alfombras del suelo son rojas; los hombres van de blanco, de rojo o de azul combinados incluso con otros colores, de acuerdo con la fantasía de sus ropas de gala, y en cualquier caso todos van abundantemente cubiertos, con un aspecto noble; y sobre sus cabezas y sus hombros cae una luz suave que los ilumina.

Una familia de morabitos ocupa una estrada y canta los responsorios con la misma entonación del muftí. Y así prosigue indefinidamente.

Durante las noches de ramadán hay que visitar la kasba. Este nombre, que significa ciudadela, ha terminado por designar toda la ciudad árabe. Después de ayunar y dormir durante el día, se come y se bebe durante la noche. Entonces las pequeñas calles empinadas como senderos de montaña, sinuosas, estrechas como galerías cavadas por animales, calles que giran constantemente, que se cruzan y se mezclan, son recorridas por una población digna de las mil y una noches y tan profundamente misteriosas que, a pesar nuestro, hablamos en voz baja. Es la impresión exacta que tenemos. Hacemos un viaje a la región que nos relató la sultana Sherezade. Vemos las puertas bajas, gruesas como los muros de una cárcel; y a las mujeres con velos; y, en la profundidad de los patios entreabiertos, los rostros apenas percibidos un instante, además de todos los vagos ruidos al fondo de esas casas cerradas como cofrecillos que encerrarán secretos. Bajo los umbrales, a menudo vemos a hombres estirados comiendo y bebiendo. A veces los grupos de hombres echados ocupan todo el estrecho pasaje. Hay que pasar por encima de pantorrillas desnudas, rozar manos, buscar el lugar donde poner el pie en medio de un bulto de

lino blanco del que sobresalen cabezas y miembros.

Los judíos dejan abiertos los cubiles que usan de comercio; y las casas de placer clandestinas, llenas de rumores, son tan numerosas que no es posible andar cinco minutos sin topar con dos o tres.

En los cafés árabes hay filas de hombres apretujados unos contra otros, en cuclillas sobre unos bancos pegados al muro o simplemente echados por el suelo, bebiendo café en vasos microscópicos. Están inmóviles y mudos, sosteniendo en la mano la taza que de vez en cuando llevan a sus labios con un movimiento muy lento, y tanto se aprietan que pueden llegar a estar veinte en un espacio donde diez de nosotros nos estorbaríamos.

Y algunos fanáticos de aire tranquilo van y vienen en medio de los serenos bebedores, predicando la revuelta, anunciando el fin de la servidumbre.

Dicen que es en el *ksar* (pueblo en árabe) de Bukhari donde se producen siempre los primeros síntomas de las grandes insurrecciones. Este pueblo se encuentra en el camino de Laghuat. Vamos allá.

Cuando miramos el Atlas, en la inmensa llanura de la Mitidja, percibimos una brecha gigantesca que surca la montaña en dirección al sur. Se diría que un hachazo la hubiera partido. Esta brecha se llama la garganta de la Chiffa. Por ahí pasa la ruta de Médéah, de Bukhrari y de Laghuat.

Nos adentramos en la brecha de la montaña; seguimos el escuálido río, el Chiffa; nos hundimos en la estrecha garganta, salvaje y arbolada.

Hay manantiales por todas partes. Los árboles trepan por las paredes verticales de la montaña, se agarran a cualquier sitio, parecen escalar. El paso se estrecha más. Los peñascos erguidos nos amenazan; el cielo aparece como una banda azul entre las cimas; después, de pronto, en un abrupto recodo, aparece un pequeño albergue en el nacimiento de un barranco cubierto de árboles. Es el albergue de Ruisseau-des-Signes.

Frente a la puerta el agua murmulla en los aljibes; brota, retumba, llena el lugar de frescura, evoca los tranquilos valles suizos. Descansamos, nos adormecemos a la sombra cuando, de repente, sobre nuestra cabeza, una rama se mueve; nos despertamos y en un momento toda la espesura del follaje se llena de monos huyendo precipitadamente, dando brincos, volteretas, saltos, gritos.

Unos son enormes y otros muy pequeños, hay cientos, millares tal vez. El bosque está repleto, poblado, rebosante de ellos. Algunos, apresados por los dueños del albergue, son cariñosos y tranquilos. Hay uno muy joven, al que recogieron la semana pasada, que sigue siendo un poco salvaje.

En cuanto nos quedamos inmóviles se acercan, acechan, observan. Se diría que el viajero es el gran pasatiempo de los habitantes de este pequeño valle. Sin embargo, hay días en los que no aparece un solo viajero. Pasado el albergue de Ruisseau-des-Signes, encontramos una alameda que se estrecha de nuevo; y súbitamente, a la derecha, dos grandes cascadas se precipitan casi desde la cima del monte; dos

cascadas claras, dos cintas de plata. ¡Si supierais lo dulce que resulta ver cascadas en tierras africanas! Subimos, durante mucho, mucho tiempo. La garganta es menos profunda, menos frondosa. Seguimos subiendo, la montaña se va quedando pelada poco a poco. Ahora hay campos; y cuando llegamos a la cima, encontramos robles, sauces, pequeños olmos, los árboles de nuestro país. Pasamos la noche en Medeah, pequeña ciudad blanca muy parecida a una subprefectura de Francia.

Más allá de Medeah vuelven los feroces estragos del sol. Sin embargo, atravesamos un bosque, aunque es un bosque magro, pelado, que deja a la vista la piel abrasada de la tierra vencida hace poco. Después, a nuestro alrededor, ya no queda nada vivo.

A mi izquierda se abre un pequeño valle, árido y rojo, sin una sola hierba; se extiende a lo lejos, como una gran cuba de arena. Y de repente una gran sombra, lentamente, lo atraviesa. Pasa de un extremo a otro, mancha huidiza que se desliza en el suelo baldío. Esta sombra es el verdadero, el único habitante de este lugar monótono e inerte. Parece reinar aquí, como un genio misterioso y funesto.

Alzo la mirada y lo veo marcharse, con las alas desplegadas, inmóviles, el gran descuartizador de carroñas, el enjuto buitro que planea en sus dominios, bajo aquel otro dueño de la vasta región a la que trae la muerte, el sol, el implacable sol.

Cuando descendemos hacia Bukhari descubrimos, hasta donde la vista alcanza, el interminable valle de Chelif. Es la miseria en todo su horror, la amarillenta miseria de la tierra. Este valle que recorre la sucia rodada del río sin agua, río que el fuego del cielo ha sorbido hasta el lodo, aparece andrajoso como un pobre árabe viejo. Aquí el fuego que reemplaza al aire, que llena el horizonte, ha vencido, lo ha devorado todo, lo ha pulverizado todo, lo ha calcinado todo.

En cualquier otra parte del mundo, si algo acariciase vuestra frente sería el viento: aquí es el fuego. En cualquier otra parte del mundo, cuando en las crestas pedregosas flota algo se trata de una bruma: aquí es el fuego, o más bien el calor visible. Si el suelo no estuviera completamente calcinado hasta los huesos, ese extraño vaho recordaría a la pequeña humareda que levanta la carne quemada al rojo vivo. Y todo esto tiene un color extraño, cegador y no obstante aterciopelado, el color de la arena caliente con el que parece mezclarse un matiz un poco violáceo, procedente del cielo que se funde.

No hay un solo insecto en esta polvareda de tierra. Tan sólo unas pocas hormigas grandes. Los mil seres diminutos que encontramos en nuestras casas no podrían sobrevivir en este horno. Algunos días tórridos incluso las moscas mueren, igual que cuando arrecia el frío en el norte. A duras penas pueden criarse gallinas. Vemos a las pobres bestias andar con el pico abierto y las alas revueltas, de un modo lamentable y cómico a la vez.

Hace tres años que se agotaron las últimas fuentes. Y el todopoderoso sol parece vanagloriarse de su inmensa victoria.

Sin embargo hay algunos árboles, algunos tristes árboles. Y a la derecha Boghar,

en la cima de un monte polvoriento.

A la izquierda, en un recoveco rocoso, coronando un montículo y apenas diferenciado del suelo, del que ha tomado la coloración monótona, un gran poblado se alza en el cielo, es el *ksar* de Bukhrari.

Al pie del cono de polvo que sostiene esta vasta población árabe, algunas casas se ocultan en los accidentes de la colina; forman un municipio mixto. El *ksar* de Bukhrari es una de las poblaciones árabes más considerables de Argelia. Se encuentra justo en la frontera del sur, un poco más allá de Tell. En la zona de transición entre las regiones europeizadas y el gran desierto. Su situación le brinda una importancia política singular, pues ella supone una especie de línea de unión entre los árabes del litoral y los del Sáhara. Por lo demás, también ha sido siempre el corazón de las insurrecciones. Aquí llegan las consignas y de aquí salen. Las tribus más alejadas envían a su gente para saber qué pasa en Bukhrari. Desde todos los rincones de Argelia se mira a este punto.

Sólo la administración francesa no presta atención a lo que se trama en Bukhrari. Ha hecho de ella un ayuntamiento en toda regla, a partir del modelo de los franceses, administrado por un alcalde, un viejo campesino de mirada soñolienta, flanqueado por un guardia forestal. Entra y sale quien quiere. Los árabes procedentes de cualquier lugar pueden circular, charlar, intrigar a sus anchas, sin que nadie los moleste. Al pie del *ksar*, a dos o trescientos metros, el municipio mixto lo administra un gobernador civil que dispone de los máximos poderes sobre un territorio yermo que resulta prácticamente inútil vigilar. El gobernador no puede usurpar las atribuciones de su vecino, el alcalde.

Enfrente, en la montaña, está Boghar, donde vive el comandante superior del grupo militar. En sus manos están los medios de intervención más activos, pero no puede hacer nada en el *ksar*, ayuntamiento a todos los efectos. Pero el *ksar* sólo está habitado por árabes. Ése es el punto peligroso, que se respeta, mientras se vigilan con cuidado los alrededores. De manera que se curan los efectos del mal, no sus causas.

¿Qué ocurre? Cuando el comandante y el administrador están de buenas, organizan una especie de policía secreta a espaldas del alcalde, y procuran mantenerse informados en secreto.

¿Acaso no es sorprendente que un foco árabe como éste, que todo el mundo considera peligroso, sea más libre que una ciudad francesa, mientras que resultaría imposible que un francés cualquiera pudiera penetrar y circular por el territorio militar de los puestos avanzados del sur a menos que estuviera protegido por algún personaje influyente?

En el municipio mixto se encuentra un albergue. Pasé allí la noche, una noche de sauna. El aire parecía encendido por la llama del día anterior. Estaba inmóvil, como si el calor lo hubiera petrificado.

Me levanté con los primeros rubores del alba. Apareció el sol, encarnizado en su afán incendiario. Frente a mi ventana abierta, sobre el horizonte el horizonte ya

tórrido y silencioso, aguardaba una pequeña diligencia en reposo. En un cartel amarillo podía leerse: «Correo del sur».

¡Correo del sur! Todavía podía irse más al sur en aquel terrible mes de agosto. ¡El sur! ¡Palabra corta y abrasadora! ¡El sur! ¡El fuego! En el norte, para referirnos a las regiones templadas decimos «el Mediodía». Aquí se dice el «sur». Miraba esa palabra tan corta, que ahora me parecía sorprendente, como si nunca la hubiera leído. Me parecía descubrir en ella el sentido misterioso que alberga. Pues las palabras más conocidas, igual que los rostros contemplados a menudo, poseen significados secretos, en los que reparamos de pronto, un día, sin saber por qué.

¡El sur! El desierto, los nómadas, las tierras inexploradas y luego los negros, todo un mundo nuevo, algo parecido al comienzo del universo. ¡El sur! Qué vívido resulta en la frontera del Sáhara. Al mediodía fui a visitar el *ksar*.

Bukhrari es el primer poblado donde encontramos a los Uled Nail. Nos embarga la estupefacción ante el aspecto de estos cortesanos del desierto.

Las concurridas calles están llenas de árabes acostados en medio de las puertas, de la calle, árabes en cuclillas, charlando en voz baja o durmiendo. Por todas partes sus ropas holgadas y blancas parecen acentuar la blancura de las casas. Ni una sola mancha, todo es blanco; y de repente aparece una mujer, de pie en una puerta, con un aparatoso peinado de aspecto asirio, coronado por una enorme diadema de oro.

Lleva un vestido largo de un rojo muy vivo. Los brazos y los tobillos adornados con brazaletes brillantes; y en su rostro de líneas rectas lleva tatuadas unas estrellas azules.

Después aparecen más, muchas más, con el mismo peinado monumental, una montaña cuadrada a cada uno de cuyos lados cuelga una gruesa trenza que cae hasta la altura de la oreja, desde donde tuerce hacia la nuca para perderse de nuevo en la masa opaca de cabellos. Siempre llevan diademas, algunas de las cuales son muy elaboradas. El pecho desaparece tras los collares, las medallas, las pesadas joyas; y dos cadenas gruesas de plata hacen caer hasta el bajo vientre un gran candado del mismo metal cincelado de un modo curioso y cuya llave cuelga en el extremo de otra cadena.

Algunas de estas muchachas sólo tienen por el momento unos pocos brazaletes. Son principiantes. Las otras, las veteranas, a veces llevan encima diez o quince mil francos en joyas. Vi una con un collar de ocho hileras de piezas de veinte francos cada una. Así es como protegen su fortuna, sus ahorros ganados con tanto esfuerzo. Los aros que llevan en los tobillos son de plata maciza y de un peso asombroso. Y es que tan pronto como poseen en piezas de plata el valor de dos o trescientos francos los llevan a fundir a los joyeros mozabitos<sup>[12]</sup> que se los devuelven convertidos en esos aros cincelados o en los anchos brazaletes. Las diademas que las coronan se obtienen del mismo modo.

Su peinado monumental, un hábil y complicado embrollo de trenzas enredadas, requiere casi un día de trabajo y una cantidad de aceite increíble. Así que sólo se

peinan una vez al mes y ponen un cuidado extremo en no comprometer de ningún modo, en sus encuentros amorosos, aquella alta y difícil obra de cabellos que al cabo de poco tiempo despide un olor insoportable. Hay que verlas por la noche, cuando bailan en el café moro.

La aldea está silenciosa. Unas formas blancas yacen tendidas en las casas. La noche ardiente está salpicada de estrellas; las estrellas de África brillan con una luz que no conocía, una luz de diamante de fuego, palpitante, intensa, aguda.

De pronto en la esquina de una calle nos asalta un ruido, una música salvaje y agitada, un estruendo entrecortado de tambores dominado por el clamor agrio, continuo, abrumador, ensordecedor y feroz de una flauta que toca infatigablemente un gran diablo de piel de ébano, el dueño del local. Ante la puerta hay un montón de albornoces, un amasijo de árabes que miran sin entrar y que forman una mancha de luz movediza iluminada desde el interior.

Dentro, filas enteras de seres inmóviles y blancos sentados sobre unas tablas a lo largo de los muros blancos, bajo un techo de poca altura. Y por el suelo, en cuclillas, con sus oropeles brillantes, sus relucientes joyas, sus rostros tatuados, sus altos tocados con diademas que evocan bajorrelieves egipcios, las Ulad Nail esperan.

Entramos. Nadie se mueve. Entonces nosotros, para sentarnos, y de acuerdo con la costumbre, agarramos a los árabes, los empujamos, los echamos de sus asientos y ellos se van, impasibles. Otros se apretujan para hacerles sitio. En una estrada, al fondo, se encuentran los cuatro tamborileros, con gesto extasiado, golpeando frenéticamente la piel tensada de los instrumentos; y el dueño, el gran negro, se pasea con paso majestuoso, soplando furiosamente su flauta colérica, sin parar, sin desfallecer un solo segundo.

En ese momento dos Ulad Nail se levantan, se dirigen al espacio libre que queda entre los extremos de los bancos y se ponen a bailar. Su danza consiste en unos pasos suaves al ritmo de un taconazo que hace sonar los aros de los tobillos. Con cada taconazo el cuerpo entero se dobla, como si se tratara de una cojera metódica; y sus manos, alzadas y extendidas a la altura de los ojos, giran suavemente con cada nuevo saltito, con una viva agitación, una sacudida rápida de los dedos. El rostro un poco girado, rígido, impasible, hierático, permanece asombrosamente inmóvil, un rostro de esfinge, mientras la mirada oblicua sigue las ondulaciones de la mano, como fascinada por ese suave movimiento, constantemente interrumpido por la brusca agitación de los dedos.

Avanzan de este modo la una hacia la otra. Cuando se cruzan, sus manos se tocan; parecen estremecerse, sus talles se inclinan hacia atrás, arrastrando un gran velo de encaje que va desde el tocado hasta los pies. Se rozan, arqueadas hacia atrás, como extasiadas por un bonito movimiento de palomas enamoradas. El gran velo se agita como un ala. Después, irguiéndose de pronto, vuelven a su impasibilidad y se separan; y cada una prosigue su deslizamiento lento y vacilante hasta la fila de espectadores.

No todas son guapas; pero todas son singularmente extrañas. Y nada puede dar una idea de aquellos árabes en cuclillas entre los que pasan, con su aire calmado y rítmico, estas muchachas cubiertas de oro y de telas brillantes.

A veces varían un poco los gestos de su danza. Antaño, estas prostitutas procedían de una sola tribu, los Ulad Nail. De este modo amasaban su dote y, una vez hecha la fortuna, volvían enseguida a sus casas para casarse. En su tribu no se las dejaba de querer por ello, era una costumbre. Hoy, aunque sigue admitiéndose que las chicas de los Ulad Nail hagan fortuna de este modo, lejos de sus casas, todas las tribus proporcionan cortesanas a los centros árabes.

El propietario del café en el que se muestran y se ofrecen siempre es un negro. Tan pronto como ve entrar en el café a un extranjero, este industrial se pone en la frente una moneda plateada de cinco francos, que se le queda pegada a la piel no se sabe cómo. Y recorre su establecimiento tocando ferozmente su flauta salvaje, mostrando obstinadamente la moneda que se ha pegado para invitar al visitante a ofrecerle otro tanto.

Entre las Ulad Nail, las que proceden de buena cuna brindan a sus relaciones con los visitantes toda la generosidad y la delicadeza que comporta su origen. Basta admirar un segundo la tupida alfombra que le sirve de lecho para que el criado de la noble prostituta le lleve a su fugaz amante, tan pronto como éste regresa a su morada, el objeto que le había impresionado.

Igual que las chicas francesas, tienen protectores que viven a su costa. A veces, por la mañana se encuentra a alguna de ellas al fondo de un barranco, con la garganta cortada, despojada de todas sus joyas. Su amante ha desaparecido y nunca más se tiene noticia de él.

El lugar donde reciben es una habitación estrecha de paredes de barro. En el oasis, los tabiques simplemente están hechos de cañas prensadas unas contra otras y entre las cuales se alojan ejércitos de escorpiones. El lecho se compone de alfombras superpuestas.

Los ricos, árabes o franceses, que quieren pasar una noche de orgía lujosa, alquilan hasta el amanecer el baño moro con los empleados del lugar. Comen y beben en la sauna y dan a los divanes de reposo un nuevo uso.

La cuestión de las costumbres me lleva a un asunto muy peliagudo.

Nuestras ideas, nuestras costumbres, nuestros instintos, difieren tanto de las que encontramos en estas regiones, que apenas osamos hablar en nuestra casa de un vicio que aquí es tan frecuente que ya no sorprende ni escandaliza a los europeos. Llega incluso a hacernos gracia en lugar de indignarnos. Se trata de un asunto muy delicado, pero resulta imposible no hablar de él cuando se intenta explicar la vida árabe, hacer comprender el carácter particular de este pueblo.

Aquí topamos a cada paso con esos amores antinaturales entre seres del mismo sexo que recomendaba Sócrates, amigo de Alcibíades.

La historia ofrece frecuentes ejemplos de esta extraña e indecente pasión a la que

se entregó César y que los romanos y los griegos practicaban a menudo, que Enrique III puso de moda en Francia y de la que son sospechosos muchos grandes hombres. Pero no obstante, estos ejemplos no son más que excepciones tanto más señaladas puesto que son tan raras. En África este amor anormal ha calado tan hondo en las costumbres que los árabes parecen considerarla tan natural como la otra.

¿A qué se debe esta desviación del instinto? Sin duda a muchas causas. La más evidente es la escasez de mujeres, secuestradas por los ricos que poseen cuatro esposas legítimas y tantas concubinas como estén en condiciones de alimentar. A lo mejor también influye el clima, que aviva el deseo sexual, y que tal vez haya embotado en estos hombres de temperamento violento la delicadeza, el refinamiento, la pulcritud intelectual que nos preservan de hábitos y contactos repugnantes.

Tal vez incluso haya una especie de tradición de las costumbres de Sodoma, una herencia viciosa en este pueblo nómada, inculto, casi incapaz de civilización, que hoy sigue siendo casi igual que en los tiempos de la Biblia.

¿Acaso debería dar algunos ejemplos recientes y bastante característicos del poder de esta pasión entre los árabes? Entre los jóvenes del *hammán*<sup>[13]</sup> hubo al principio un muchacho negro de Argelia. Tras una estancia de algún tiempo en París, el joven volvió a África. Pero una mañana encontraron a dos soldados asesinados en un cuartel; y la investigación demostró muy pronto que el asesino no era otro que el antiguo empleado del *hammán*, que había matado al mismo tiempo a sus dos amantes. Entre los dos hombres, que se habían conocido a través de él, habían surgido relaciones íntimas y cuando éste lo descubrió se puso celoso y los degolló a los dos.

Historias similares ocurren a menudo.

He aquí otro drama.

Había un joven árabe de alta cuna que era conocido en toda la comarca por sus hábitos amorosos que hacían una competencia desleal a las Ulad Nail. Sus hermanos le reprochaban a menudo, no sus costumbres, sino su venalidad. Como no cambiaba su comportamiento le dieron ocho días para renunciar al negocio. Pero no hizo caso de la advertencia.

Al noveno día, por la mañana, lo encontraron muerto, estrangulado, con el cuerpo desnudo y la cabeza cubierta, en medio del cementerio árabe. Cuando le descubrieron el rostro encontraron una moneda violentamente incrustada, de una patada, en la frente y, encima de la moneda, una piedrecita negra.

Y después del drama una comedia.

Un oficial de los *spahis* no conseguía encontrar a nadie para el cargo de ordenanza. Todos los soldados que tenía bajo su mando iban mal vestidos, eran descuidados, impresentables. Una mañana se presentó un joven jinete árabe: era bastante apuesto, inteligente, con un porte refinado. El teniente lo tomó a prueba. Era un hallazgo, un chico activo, limpio, silencioso, atento y dócil. Durante las primeras ocho horas todo iba bien. Pero a la novena hora de la mañana, cuando el teniente



volvió de su paseo diario, vio delante de su puerta a un viejo *spahi* quitándose las botas. Atravesó el vestíbulo; otro *spahi* bostezaba. En la habitación, un tercero hacía la cama. Un cuarto, a lo lejos, cantaba en la cuadra, mientras el ordenanza, el joven Mohammed, fumaba cigarrillos echado sobre una alfombra.

Estupefacto, el teniente llamó a uno de aquellos sustitutos inesperados de su ordenanza y señalando a sus camaradas dijo:

—¿Qué c...arajo están haciendo aquí?

El árabe se explicó inmediatamente:

—Mi teniente, es el teniente indígena quien nos ha mandado —pues a cada teniente francés le corresponde un oficial indígena que es su subordinado.

—¡Ah, así que el teniente indígena! ¿Y eso por qué?

El soldado respondió:

—Mi teniente, nos dijo: «Id a casa del teniente y haced todo el trabajo de Mohammed. Mohammed no debe hacer nada, porque es la mujer del teniente».

Esta delicadeza le costó al oficial indígena dos meses de suspensión de su cargo.

La prueba de hasta qué punto está incorporado este vicio a las costumbres de los árabes, es que todo prisionero que cae en sus manos es asimismo utilizado para sus placeres. Si los captores son numerosos, el infortunado puede llegar a morir tras el suplicio de voluptuosidad.

Cuando se apela a la justicia para comprobar un asesinato, el cadáver a menudo evidencia que el asesino ha violado a la víctima tras su muerte.

Hay todavía muchos otros episodios harto comunes y tan ignominiosos que no puedo relatarlos aquí.

Al bajar de nuevo, una noche, de Bukhrari, en la dirección de poniente, vi a tres Ulad Nail, dos de rojo y una de azul, de pie en medio de una multitud de hombres sentados a la manera oriental o bien acostados. Las jóvenes parecían divinidades salvajes dominando a un pueblo prosternado.

Todos los hombres tenían los ojos clavados en el fuerte de Boghar, en la gran costa de enfrente, al otro lado del valle polvoriento. Todos estaban inmóviles, atentos como si esperaran algún acontecimiento asombroso. Todos sostenían en la mano un cigarro sin encender que acababan de liar.

De pronto una pequeña humareda blanca surgió en la cima de la fortaleza y de inmediato en todas las bocas se prendieron los cigarrillos, mientras un ruido sordo y lejano hacía temblar un poco el suelo. Era el cañón francés anunciando a los vencidos el término de la abstinencia cotidiana.

## El Zar'ez

Una mañana que desayunaba en el fuerte de Boghar, en la residencia del capitán de la oficina árabe, uno de los oficiales más amables, y de los más capaces que había en el sur según decía la gente que entendía, me habló de una misión que iban a realizar dos jóvenes tenientes. Se trataba de hacer un largo rodeo por los territorios de Boghar, Djelfa y Bu Saada para determinar los puntos de agua. Siempre se temía una insurrección general al término del ramadán, y se quería preparar la partida de una colonia expedicionaria a través de las tribus que pueblan esta parte del país.

Todavía no existe ningún mapa preciso de aquellas comarcas. Sólo se dispone de las sencillas anotaciones topográficas hechas por los raros oficiales que pasan de vez en cuando por esos lugares, indicaciones aproximadas de fuentes y de pozos, notas garabateadas rápidamente sobre la perilla de la silla de montar, y apresurados dibujos al óleo, realizados sin instrumentos de ningún tipo. Me apresuré a pedir la autorización para sumarme al pequeño grupo. Se me concedió con la mejor disposición del mundo.

Dos días más tarde partimos.

Eran las tres de la mañana cuando un *spahi* vino a despertarme llamando a la puerta del miserable albergue de Bukhrari.

Cuando abrí, el hombre se presentó con su chaqueta roja bordada en negro, sus amplios bombachos plisados hasta la rodilla, donde comenzaban las polainas en cuero rojo de los jinetes del desierto. Era un árabe de altura media. Su nariz curvada había sido partida de un sablazo y la cicatriz dejaba a la vista por el lado derecho toda la ventana nasal. Se llamaba Bu Abdallah.

Me dijo:

—*Mossieu*, tu caballo está listo.

Le pregunté:

—¿Ha llegado el teniente?

Me respondió:

—Ya viene.

Muy pronto, se oyó un ruido lejano en el valle oscuro y baldío; después aparecieron una serie de sombras y siluetas; pasaron de largo. Sólo podía distinguir los tres cuerpos extraños y lentos de los tres camellos que llevaban los baúles, nuestras camas de campo y los pocos objetos que llevábamos para un viaje de veinte días en una soledad apenas conocida por los propios oficiales.

Poco después, de inmediato, siempre en la dirección del fuerte de Boghar, resonó el galope rápido de una tropa de jinetes; y los dos tenientes que iban a la misión aparecieron con su escolta, compuesta por otro *spahi* y por un jinete árabe llamado Dellis, un hombre de alta cuna, de una ilustre familia indígena.

La noche todavía era cerrada, tranquila, podría decirse que inmóvil. Después de enfilear algún tiempo hacia el norte, siguiendo el valle de Chelif, giramos a la derecha

en un pequeño valle, en el preciso instante en que nacía el día.

El crepúsculo no existe en esta región, ni de día ni de noche. Casi nunca se ven esos hermosos nubarrones lánguidos, sangrantes o encendidos, que colorean nuestros horizontes del norte tanto a la salida como a la puesta del sol.

Aquí, primero se ve un resplandor muy vago, que aumenta, se extiende e invade todo el espacio en un instante. Después, de repente, en la cresta de un monte, o al fondo de la llanura infinita, el sol aparece exactamente igual que en el cielo y sin el aspecto rojizo, aún adormecido, que tienen las albas en nuestros países brumosos.

Pero lo más singular en esas auroras del desierto es el silencio.

¿Quién de nosotros no ha oído el primer canto de pájaro mucho antes del día, al despuntar el alba? Después, el otro canto que responde desde el árbol vecino; y después el incesante guirigay de silbidos, de cantinelas repetidas, de notas vivas mezcladas con el canto lejano y continuo de los gallos; todo ese rumor del despertar de los animales, toda la alegría de las voces en el follaje.

Aquí, nada. El sol inmenso se alza por encima de esta tierra devastada, y parece mirarla como su dueño, como si comprobara que nada vivo siga existiendo. No se oye un solo grito de animal, salvo a veces el relincho de un caballo; ni un solo movimiento de vida, salvo el lento y mudo desfilar de los rebaños a lo lejos acercándose a beber, cuando se ha acampado junto al pozo.

Muy pronto el calor es abrasador. Por encima del capuchón de franela y del casco blanco, nos ponemos el inmenso *medol*, un sombrero de paja de ala inmensa. Seguimos el valle lentamente. Hasta donde la vista alcanza todo es yermo, de un gris amarillento, ardiente y soberbio. A veces, en medio de los bajíos donde había un resto de agua estancada, en el lecho vacío de los ríos, algunos juncos verdes dibujaban una mancha viva y diminuta; a veces, en un pliegue de la montaña, dos o tres árboles indicaban una fuente. No estábamos todavía en la región seca que muy pronto debíamos atravesar.

Subíamos sin parar. Otros pequeños valles iban a desembocar en el nuestro; y a medida que se aproximaba el mediodía, los horizontes se perdían un poco en un ligero vaho de calor, en una humareda de tierra asada, que anegaba la lejanía en tonos apenas azules, apenas rosas, apenas blancos, pero que sin embargo tenían un poco de todos esos colores, y que parecían de una suavidad, de una ternura, de un encanto infinitos, más allá del inmediato estallido cegador del paisaje.

Finalmente llegamos a la cresta de la montaña y el *caid* de El-Akheldar ben Yahia, donde íbamos a acampar, apareció dirigiéndose hacia nosotros, seguido de algunos jinetes. Es un árabe de sangre noble, hijo del *bach agá* Yahia-ben-Aissa, apodado el «*bach agá* de la pata de palo».

Nos condujo al campamento preparado junto a una fuente, bajo cuatro árboles gigantes cuyos pies bañaba siempre el agua, la única vegetación que se veía en todo el horizonte de cumbres pedregosas y secas que se extendían hasta el horizonte a nuestro alrededor.

En seguida nos sirvieron el desayuno, al que no pudo sumarse el *caid* a causa del ramadán. Pero, para estar seguro de que no nos faltase nada, se sentó frente a nosotros, al lado de su hermano El-Haues-ben-Yahia, *caid* de los Ulad-Alane-Berchieh. Entonces vi acercarse a un niño de unos doce años, un poco delgaducho pero con una gracia noble y encantadora, en el que ya había reparado algunos días antes, al verlo en medio de las Ulad Nail en el café moro de Bukhrari.

Me había impresionado la finura y la blancura deslumbrante de las ropas de aquel árabe delgaducho y pequeño, su apariencia noble, y el respeto que todo el mundo parecía dispensarle; y cuando me sorprendí de que lo dejaran rondar de ese modo, a aquella edad, en medio de las cortesanas, me dijeron:

—Es el hijo menor del *bach agá*. ¡Viene para aprender de la vida y conocer a las mujeres!

Qué distinto de nuestras costumbres francesas.

El niño también me reconoció y vino a darme la mano con aire grave. Después, como la edad no le obligaba aún al ayuno, se sentó con nosotros y se puso a despedazar el cordero con sus deditos finos y flacos. Y me pareció entender que sus hermanos mayores, los dos *caids*, que debían tener unos cuarenta años, le tomaban el pelo acerca de su viaje al *ksar*, preguntándole de dónde había sacado la corbata de seda que llevaba al cuello, y si acaso era un regalo de mujer.

Aquel día la sombra de los árboles nos permitió hacer la siesta. Me desperté cuando caía la noche, y subí a un montículo cercano para dominar todo el horizonte.

El sol, a punto de desaparecer, se teñía de rojo, en medio de un cielo naranja. Y por todas partes, de norte a sur, de este a oeste, las hileras de montañas erguidas ante mis ojos hasta los confines de mi mirada se rosaban, con un rosa extravagante como las plumas de los flamencos. Parecía una apoteosis operística y mágica, de un color sorprendente e inverosímil, algo artificial, forzado contra natura, y no obstante singularmente admirable.

Al día siguiente volvimos a descender a la llanura, al otro lado de la montaña, una llanura infinita que nos costó tres días atravesar, por que viéramos claramente, enfrente, la cadena montañosa del Djebel-Gada que la limitaba.

Unas veces era una monótona extensión de arena, o más bien de polvo de tierra, y otras veces un océano de matojos de esparto clavados al azar en el suelo, y que obligaban a nuestros caballos a avanzar en zigzag.

Las llanuras de África son asombrosas.

Parecen yermas y lisas como un suelo de madera cuando en realidad están atravesadas de ondulaciones por todas partes, como un mar tras la tempestad que parece perfectamente calmo desde lejos porque la superficie es lisa, aunque la agiten inadvertidos y amplios movimientos. Las ondulaciones de estas olas de tierra son imperceptibles; nunca perdemos de vista las montañas del horizonte, pero en la ondulación paralela, a dos kilómetros de distancia, podría ocultarse un ejército y nos resultaría absolutamente imposible verlo. Esto es lo que hizo tan complicada la

persecución de Bouamama en las altas mesetas de esparto del sur de Orán.

Cada mañana, volvíamos a ponernos en marcha con la aurora a través de aquellas interminables y monótonas extensiones; cada mañana veíamos acercarse a algunos hombres a caballo y vestidos de blanco, que nos conducían a una tienda remendada con sus alfombras por el suelo. Todos los días se comen las mismas cosas, se charla un poco: luego se duerme o se sueña.

Y si supierais qué lejos estamos, qué lejos del mundo, de la vida, de todo, en esa tiendecita chata que deja entrever por sus agujeros las estrellas y la inmensa y árida región de arena a través de las esquinas de tela levantadas.

Ésta es una tierra monótona, siempre igual, siempre calcinada e inerte; y sin embargo en ella no deseamos nada, no aspiramos a nada. Aquel paisaje tranquilo, desolado y desbordante de luz, basta a los ojos, basta al pensamiento, satisface los sentidos y el sueño, porque es completo, absoluto, y no es posible concebirlo de otro modo. Incluso la rara vegetación sorprende como algo falso, hiriente y duro.

Todos los días a la misma hora se produce el mismo espectáculo: el fuego comiéndose el mundo; y en cuanto el sol se pone, la luna se eleva sobre la infinita soledad. Cada día, poco a poco, el desierto silencioso nos invade, nos penetra el pensamiento del mismo modo que la luz implacable nos quema la piel; y quisiéramos convertirnos en nómadas como esos hombres que cambian de región sin cambiar nunca de patria, en medio de esos interminables espacios que son prácticamente siempre iguales.

Cada día el oficial de turno envía a un jinete indígena a la avanzada para avisar al *caid* de donde comerá y dormirá al día siguiente y que aquél pueda reunir con su tribu el alimento de los hombres y de los animales. Esta costumbre, que equivale a los vales de alojamiento<sup>[14]</sup> entre los habitantes de las ciudades francesas, se convierte en muy onerosa para las tribus dada la manera en que se practica.

Quien dice árabe dice ladrón, no hay excepciones. Y así es cómo suceden las cosas: el *caid* se dirige a un jefe subordinado y reclama este impuesto a sus hombres.

Para eximirse del impuesto y del trabajo, el subordinado paga. El *caid* se embolsa el dinero y acude a otro que a menudo también se libera del mismo modo. Pero en último término alguien debe cumplir.

Si el *caid* tiene un enemigo, la carga recae sobre éste, que procede con sus súbditos del mismo modo que el *caid* con el jeque.

Así es como un impuesto, que no debería costar más de veinte o treinta francos a cada tribu, acaba costando invariablemente cuatrocientos o quinientos francos.

Y no obstante todavía hoy resulta imposible cambiar esta situación, por una infinidad de razones muy largas de exponer detenidamente aquí.

En cuanto nos acercamos a un campamento vemos a lo lejos a un grupo de jinetes que vienen a nuestro encuentro. Uno de ellos avanza destacado. Van al paso o al trote. Y luego, de pronto, se lanzan al galope, un galope furioso, que nuestros animales del norte no soportarían ni dos minutos. Es el galope de los caballos de carreras, que

recuerda a un tren expreso. Pero el árabe permanece casi derecho en su silla, con sus ropas blancas flotantes; y de una sola sacudida detiene al animal que se dobla sobre sus patas. Luego salta al suelo de un brinco, y se acerca respetuosamente al oficial a quien besa la mano.

Con independencia del título del árabe, de su origen, de su poder o de su fortuna, besa siempre la mano de los oficiales que encuentra.

Después el *caid* vuelve a montar y dirige a los viajeros a la tienda que ha hecho preparar para ellos. Solemos imaginar que las tiendas árabes son blancas, resplandecientes al sol. En cambio son de un marrón sucio, a rayas amarillas. El grueso tejido, de piel de camello y de cabra, tiene un aspecto tosco. La tienda es notablemente baja (apenas cabemos de pie) y muy amplia. Unas estacas la sostienen de un modo bastante irregular y todas las esquinas están levantadas, lo que permite que corra el aire.

A pesar de esta medida, durante el día el calor es aplastante en aquellas moradas de tela; pero por las noches son deliciosas y se duerme de maravilla sobre las gruesas y estupendas alfombras de Djebel-Amur, por más que estén pobladas de insectos.

Las alfombras constituyen el único lujo de los árabes ricos. Se amontonan unas sobre otras, en pilas, y se las respeta infinitamente: todos los hombres se sacan los zapatos para andar por encima, como al entrar en las mezquitas.

Tan pronto como los anfitriones se sientan, o más bien se echan, en el suelo, el *caid* hace servir el café. Es un café exquisito. Y sin embargo la receta es simple. Lo trituran en vez de molerlo, mezclan una cantidad considerable de ámbar gris, y luego se hierve en el agua.

Nada es más curioso que la vajilla de los árabes. Cuando un *caid* rico nos recibe su tienda está adornada de colgaduras de un valor inestimable, de cojines admirables y de alfombras maravillosas; pero inmediatamente llega una vieja bandeja de chapa con cuatro tazas desportilladas, resquebrajadas, repugnantes, que parecen compradas en algún bazar de los bulevares exteriores de París. Las hay de todos los tamaños y formas, porcelana inglesa, imitación de vajilla japonesa, loza común, los cacharros más feos y groseros de cualquier parte del mundo.

El café se sirve en un recipiente de tisana viejo, en una fiambarrera de batalla, o en una inenarrable cafetera de plomo, deformada, abollada, que parece tullida.

Es un pueblo extraño, infantil, que sigue siendo primitivo como en el origen de las razas. Pasa por las tierras sin vincularse a ellas, sin instalarse. Sus casas no son más que ropas tensadas con barras, desprovistas de cualquiera de los objetos sin los que la vida nos parecería imposible. No hay camas, ni sábanas, ni mesas, ni sillas, ni una sola de esas pequeñas cosas indispensables que hacen cómoda la existencia. Ningún mueble para guardar nada, ninguna industria, ningún arte, ningún saber de ningún tipo. Apenas saben curtir las pieles de macho cabrío para poner el agua, y los procesos que emplean en cualquier circunstancia son tan toscos que nos dejan estupefactos.

Ni siquiera son capaces de zurcir sus tiendas desgarradas por el viento: los agujeros son numerosos en el oscuro tejido, que las gotas atraviesan cuando llueve. Esos jinetes vagabundos no parecen apegados ni al suelo ni a la vida: en el lugar donde descansan sus muertos sólo ponen una piedra, una gran piedra cualquiera sacada de la montaña más cercana. Sus cementerios parecen campos donde antaño se hubiera derrumbado una casa europea.

Los negros tienen casas, los lapones tienen cuevas, los esquimales tienen chozas, los salvajes más salvajes tienen una morada cavada en el suelo o levantada encima de éste. Los árabes pasan, siempre errantes, sin vínculos, sin cariño hacia esa tierra que poseemos nosotros, que hemos hecho fecunda, que amamos con todas las fibras de nuestro corazón humano; ellos pasan al galope de sus caballos, incapaces de emprender cualquiera de nuestros trabajos, indiferentes a todos nuestros esfuerzos, como si siempre fueran hacia algún lugar al que nunca llegarán.

Sus costumbres siguen siendo rudimentarias. Nuestra civilización resbala sobre ellos sin alterarlos.

Beben a morro de los odres; pero a los extranjeros se les sirve el agua en una colección de recipientes inverosímiles. Los hay de todo tipo, desde la cacerola de hierro hasta la cantimplora abollada. Cuando en alguna *razzia* se apoderaban de uno de nuestros sombreros parisinos de copa alta, lo conservaban seguramente para ofrecer de beber en él al primer general con que tope la tribu.

Su gastronomía se compone únicamente de cuatro o cinco platos. El orden de estos platos es invariable.

Primero se presenta el cordero asado al aire libre. Un hombre lo trae entero a sus espaldas ensartado en la percha que sirvió de brocheta; y la silueta del animal desollado, colgado en el aire, hace pensar en una de esas ejecuciones de la Edad Media: al anochecer se recorta sobre el cielo rojo de un modo siniestro y grotesco, sostenido por un personaje circunspecto, vestido de blanco.

Se deposita el cordero en una cesta plana de esparto trenzado, en medio del círculo formado por los comensales sentados a su alrededor, a la turca. No se conocen los tenedores; se despedaza la carne con los dedos o con un pequeño cuchillo indígena con empuñadura de cuerno. La piel dorada, barnizada por el fuego y crujiente, pasa por ser lo más exquisito. Se arranca a largas tiras y se mordisquea alternando con agua cenagosa o con leche de camello cortada con agua, o bien con leche agria fermentada en un odre de macho cabrío que le da un sabor intenso de almizcle. Los árabes llaman «leben» a esta bebida mediocre.

Después del entrante se sirve una especie de masa de fideos, a veces en un cuenco, otras en una palangana, y otras aún en una olla antigua. El fondo de este potaje es un zumo amarillento donde el pimiento se bate con la pimienta roja en una mezcla de albaricoques secos y de dátiles machacados.

No recomiendo este caldo a los *gourmets*.

Después, cuando el *caid* que nos recibe es espléndido, nos sirven el *hamis*; este

manjar es muy notable. A lo mejor algunos agradecerían que diera la receta.

Se prepara con pollo o con cordero. Tras cortar la carne en pedacitos, se echa a la sartén y se fríe con mantequilla.

Luego se obtiene un caldo muy ligero regando la carne con agua caliente (creo que sería mejor hacerlo con un caldo suave preparado antes). Se añade pimentón en abundancia, pimienta negra, sal, cebolla, dátiles y albaricoques secos y se deja cocer hasta que los dátiles y los albaricoques se deshacen y después se vierte este jugo sobre la carne. Es exquisito.

La comida termina invariablemente con el cuscús o cuscusú, el plato nacional. Los árabes preparan el cuscús amasando con las manos la harina para formar granitos parecidos a los perdigones. Luego, estos granitos se cuecen de un modo particular y se riegan con un caldo especial. Y no sigo dando recetas para evitar que me acusen de limitarme a hablar de cocina.

Algunas veces se ofrecen además pastelitos de miel y milhojas, que son muy ricos.

Cada vez que acabamos de beber, el *caid* que nos recibe dice: ¡*Saa!* (¡A su salud!). Y debemos responder: «¡*Allah y selmeck!*», lo cual equivale a nuestro «¡Qué Dios os bendiga!». Estas fórmulas se repiten diez veces durante cada comida.

Todas las tardes, hacia las cuatro, nos instalamos en una nueva tienda; unas veces al pie de una montaña, otras en medio de una llanura ilimitada.

Pero como la noticia de nuestra llegada se ha propagado en la tribu, vemos aproximarse unos puntitos blancos desde todos los rincones, por los llanos lejanos, por los estériles campos o por encima de las colinas. Son los árabes que acuden a ver al oficial y a transmitirle sus reclamaciones. Casi todos van a caballo, aunque alguno va a pie; un buen número monta burros muy pequeños. Van a horcajadas sobre la grupa, pegados a la cola de los animales, que trotan mientras los largos pies desnudos del jinete arrastran por el suelo a los dos lados.

En cuanto desmontan, se acercan y se ponen en cuclillas en torno a la tienda; después se quedan ahí inmóviles, con los ojos fijos, a la espera. Finalmente, el *caid* hace una señal y los demandantes comparecen.

Todo oficial en viaje de inspección imparte justicia de un modo soberano.

Los indígenas formulan reclamaciones inverosímiles, pues ningún pueblo es tan dado como el árabe a las acusaciones, las peleas, los litigios, las vindicaciones. En cuanto a averiguar la verdad y enjuiciar de un modo equitativo, es absolutamente inútil siquiera proponérselo. Cada una de las partes aporta un número fantástico de falsos testigos que juran por las cenizas de sus padres y madres, y afirman bajo juramento las mentiras más descaradas.

He aquí algunos ejemplos:

Un *cadí*<sup>[15]</sup> (la venalidad de estos magistrados musulmanes es proverbial e indiscutible) manda llamar a un árabe y le dice lo siguiente:

—Me darás veinticinco duros y me traerás siete testigos que pondrán por escrito,



ante mí, que X... te debe setenta y cinco duros. Yo haré que te los entregue.

El hombre trae a los testigos, que registran los hechos y firman.

Entonces el *cadi* llama a X... y le dice:

—Me darás cincuenta duros y me traerás a nueve testigos que pondrán por escrito que B... (el primer árabe) te debe ciento veinticinco duros. Haré que te los entregue.

El segundo árabe trae a sus testigos.

Luego el *cadi* llama al primero y además de los siete testigos le hace entregar setenta y cinco duros para el segundo. Pero a su vez el segundo reclama y, ante el testimonio de sus nueve hombres, el *cadi* le entrega ciento veinticinco duros para el primero.

La tajada del magistrado es pues de setenta y cinco duros (trescientos setenta y cinco francos) que saca a sus dos víctimas.

Estos hechos son auténticos.

Y sin embargo el árabe no recurre casi nunca al juez de paz francés, puesto que no es posible corromperlo, mientras que el *cadi* hace lo que se desee por dinero. Asimismo, al árabe las formas enmarañadas de nuestra justicia le inspiran una repugnancia insuperable. Todo procedimiento escrito le aterroriza, puesto que en último extremo subyace el temor supersticioso al papel, en el que es posible escribir el nombre de Dios, o trazar caracteres maléficos.

Al principio de la dominación francesa, cuando los musulmanes encontraban a su paso un pedazo cualquiera de papel, lo llevaban piadosamente a sus labios y lo enterraban en el suelo o lo metían en algún agujero de un muro o de un árbol. Esta costumbre dio lugar a sorpresas tan frecuentes y desagradables que los mahometanos se curaron muy pronto de ella.

Veamos otro ejemplo del carácter traicionero de los árabes.

En una tribu cercana a Boghar se cometió un crimen. Se sospechaba de un árabe, pero faltaban pruebas. En aquella tribu había un pobre hombre que había llegado hacía poco de una tribu vecina, y que se había establecido allí para proteger sus intereses pecuniarios. Un testigo lo acusó del asesinato. Otro testigo se sumó al primero, y luego otro. Llegaron a ser noventa con declaraciones muy precisas. El extranjero fue condenado a muerte y ejecutado. Pero al cabo de muy poco tiempo se reconoció la inocencia del decapitado. Los árabes habían querido simplemente deshacerse de un extranjero que les estorbaba e impedir que un hombre de su tribu quedara comprometido.

Los procesos duran años sin que asome un solo ápice de verdad en las afirmaciones de los falsos testigos. En esos casos se dispone del recurso a un medio muy simple: se encarcela a las dos familias que pleitean, así como a todos los testimonios. Al cabo de unos meses los sueltan; y por lo general se quedan tranquilos durante un año, tras lo cual vuelven a empezar.

En la tribu de los Ulad Alane que nos acogió, hay un proceso que dura desde hace tres años, sin que sea posible sacar nada en claro. Los dos pleiteadores pasan de vez

en cuando una temporadita entre rejas y vuelven a las andadas.

Por lo demás se pasan la vida robándose unos a otros, engañándose y peleándose a tiros de fusil. Pero ante nosotros intentan disimular todo lo que pueden los asuntos donde ha intervenido la pólvora.

Un hombre de los Ulad Mokhtar, muy alto, se presenta pidiendo ingresar en el hospital francés. El oficial lo interroga acerca de su enfermedad. Entonces el árabe abre sus ropas y aparece una herida horrible, muy antigua y purulenta, a la altura del hígado. Cuando se pide al herido que se dé la vuelta vemos otro agujero en su espalda, frente al primero, en el centro y del tamaño de la cabeza de una criatura. Al apretar con fuerza alrededor de la herida salían fragmentos de hueso. Era evidente que este hombre había recibido un tiro de fusil; y la carga había entrado por debajo del pecho y salido por la espalda, rompiendo dos o tres costillas. Pero el individuo lo negaba enérgicamente, protestaba y juraba que «era obra de Dios». Por otra parte, en esta región seca las heridas nunca se agravan demasiado. Las fermentaciones, las podredumbres producidas por las eclosiones de microbios no existen en absoluto, los animálculos sólo viven en climas húmedos. A menos que a uno lo maten inmediatamente, que un órgano esencial resulte afectado, las heridas se curan siempre.

Al día siguiente llegamos a casa del *caid* Abdel-Kader bel Hut, un advenedizo. Su tribu, que administraba con sabiduría, es menos turbulenta y guerrillera que las demás. Tal vez haya alguna otra razón para esa calma relativa.

Como la región sólo tiene fuentes en la vertiente sur del Djebel-Gada, que no está habitada, sólo se puede obtener agua de los pozos comunes a toda la tribu. No es posible hacer desvíos del curso, lo cual suele constituir la principal causa de las querellas y de los odios en todo el sur.

También aquí un hombre se presentó solicitando que lo admitieran en el hospital francés. Cuando se le preguntó qué enfermedad tenía, levantó su *gandura*<sup>[16]</sup> y mostró las piernas. Estaban llenas de moratones azules, flácidas, fofas, ajadas como un fruto muy maduro, con las carnes tan flojuchas que el dedo se hundía en ellas como en una pasta donde el agujero dejado por la presión se mantiene un buen rato. El pobre diablo presentaba todos los signos de una sífilis espantosa. Cuando se le preguntó en qué momento había contraído el mal, levantó la mano y juró por la memoria de sus ancestros que «era obra de Dios».

La verdad es que el Dios de los árabes realiza obras muy singulares.

Cuando se hubieron escuchado todas las reclamaciones, intentamos dormir un poco bajo el terrible calor de la tienda.

Después cae la noche; cenamos. Una calma profunda se apodera de la tierra calcinada. Los perros de los aduares comienzan a aullar a lo lejos, y los chacales les responden. Nos echamos en las alfombras bajo el cielo tapizado de estrellas que parecen húmedas de tanto como brilla su luz; y entonces charlamos durante un buen rato, durante mucho rato. Todos los recuerdos vuelven, dulces, precisos y fáciles de

relatar en esas noches cálidas tan llenas de astros. Alrededor de la tienda del oficial los árabes están echados por el suelo; y en una fila los caballos, con las patas de delante trabadas, permanecen de pie en una fila, con un hombre de guardia junto a cada uno.

Los caballos deben permanecer despiertos, y siguen de pie siempre, pues la montura de un jefe no puede estar nunca cansada. Tan pronto como intentan echarse un árabe se apresura y los fuerza a levantarse.

Pero la noche se acerca. Nos echamos sobre las alfombras de lana gruesa, y si despertamos súbitamente en medio de la noche, vemos por todas partes, en la tierra yerma que nos rodea, seres blancos tendidos y durmiendo, como cadáveres con sus mortajas.

Un día, tras una marcha de diez horas en medio de la polvareda ardiente, cuando acabábamos de llegar al campamento, junto a un pozo de agua cenagosa y amarga que no obstante nos pareció exquisita, el teniente me dio unos golpecitos en la espalda cuando me disponía a reposar en la tienda, mientras me señalaba el horizonte en dirección al sur:

—¿No ve nada allí?

Después de mirar, le respondí:

—Sí, una nubecilla gris.

Entonces el teniente sonrió:

—Pues siéntese ahí y siga mirando la nube.

Sorprendido le pregunté por qué. Mi compañero respondió:

—Si no me equivoco es una tempestad de arena que se acerca.

Eran más o menos las cuatro y el calor en la tienda todavía rozaba los cuarenta y ocho grados. El aire parecía dormir bajo la llama oblicua e intolerable del sol. Ni un sopro, ni un ruido, salvo el movimiento de las mandíbulas de los caballos atados que comían cebada, y los vagos cuchicheos de los árabes que, cien pasos más lejos, preparaban nuestra comida.

Sin embargo se hubiera dicho que a nuestro alrededor había otro calor además del calor del cielo, más concentrado, más sofocante, como el que nos oprime cuando nos encontramos cerca de un gran incendio. No eran aquellos soplos ardientes, bruscos y repetidos, aquellas caricias de fuego que anuncian y preceden al siroco, sino un calentamiento misterioso de todos los átomos de cuanto existe.

Yo miraba la nube que crecía rápidamente, aunque como cualquier otra nube. Era de un marrón sucio y se hacía cada vez más alta. Después se desplegó a lo ancho, como nuestras tormentas del norte. En realidad no advertía nada de particular en ella.

Finalmente, atravesó todo el sur. La base era de un negro opaco, y la cobriza parte superior parecía transparente.

Una considerable agitación a mis espaldas me hizo girarme. Los árabes habían afianzado nuestra tienda colocando piedras pesadas en las esquinas. Todo el mundo corría, avisaba, se agitaba con ese aire azorado que cobra el campo de batalla en el

momento del ataque.

De repente me pareció que anochecía; miré hacia el sol. Estaba cubierto de un velo amarillo, convertido apenas en una mancha pálida y redonda que se eclipsaba rápidamente.

Entonces vi un espectáculo asombroso. Al sur, todo el horizonte había desaparecido y una nebulosa que ascendía hasta el cenit se aproximaba a nosotros engullendo objetos, limitando con cada segundo el alcance de la vista, anegándolo todo.

Instintivamente retrocedí hacia la tienda. Ya tocaba. El huracán, como una muralla amarilla inmensa, se nos echaba encima. Aquel muro llegó con la rapidez de un tren en marcha; y de repente nos envolvió en un torbellino furioso de arena y viento, en una tempestad de polvo impalpable, ardiente, susurrante, cegador y sofocante.

Nuestra tienda, sujeta gracias a unas piedras enormes, fue sacudida como una vela, pero resistió. La de nuestros *spahis*, menos reforzada, palpitó algunos segundos, presa de fuertes estremecimientos; después, de pronto, arrancada del suelo, voló y se perdió en la noche de polvo en movimiento que nos rodeaba.

Ya no se veía nada a diez pasos en medio de aquella tiniebla de arena. Respirábamos arena, bebíamos arena, comíamos arena. Teníamos los ojos llenos de arena y los cabellos empolvados; se deslizaba por el cuello, por las mangas, hasta nuestras botas.

Siguió así toda la noche. Una sed ardiente nos torturaba. Pero el agua, la leche, el café, todo estaba lleno de arena que crujía en nuestros dientes. El cordero asado estaba espolvoreado; el cuscús parecía hecho únicamente de fina gravilla; la harina de pan ya no era más que piedra molida muy fina.

Un gran escorpión vino a vernos. A estos animales les encanta este tiempo y los hace salir en masa de sus agujeros. Los perros del aduar vecino no aullaron aquella noche.

Luego, por la mañana, todo había terminado; y el gran tirano mortífero de África, el sol, se alzó espléndido en un horizonte despejado.

Partimos un poco tarde, dado que la inundación de arena había alterado nuestro descanso.

Frente a nosotros se alzaba la cadena de Djebel-Gada que había que atravesar. A la derecha se abría un desfiladero; seguimos la montaña hasta el paso, por el que nos adentramos. Volvimos a topar con el esparto, el horrible esparto. Después, de pronto, creí descubrir la huella borrada de una carretera, marcas de ruedas. Me detuve, sorprendido. ¿Una carretera aquí? Qué misterio. Me lo explicaron. Un antiguo *caid* de esta tribu, embriagado por el ejemplo de los europeos que habitaban en Argel, quiso darse el lujo de una carroza en el desierto. Pero para tener un coche hay que tener carreteras, de modo que aquel ingenioso potentado tuvo durante meses ocupados a todos los árabes, sus súbditos, en los trabajos de la gran red viaria. Los

miserables, sin picos, sin instrumentos, trabajando casi siempre con las manos, consiguieron sin embargo allanar algunos kilómetros de camino. Ello bastó a su capataz, que se dio unos paseos por el Sáhara vestido de un modo asombroso, en compañía de bellezas indígenas que su favorito, un joven árabe de dieciséis años, iba a buscar especialmente a Djelfa.

Es preciso haber visto esta región pelada, roída, descarnada y haber visto al árabe con su imperturbable gravedad, para comprender la comicidad infinita de aquel decadente subido al coche, de aquel elegante del desierto paseando a sus mujerzuelas descalzas, en una carreta de madera sin pintar, con ruedas desiguales, conducida a toda prisa por su... amiguito. La elegancia tropical, el despilfarro sahariano, la distinción en plena África, me parecieron de una extravagancia inolvidable.

Nuestra tropa era numerosa aquella mañana. Además del *caid* y su hijo, nos acompañaban dos veteranos jinetes indígenas y un anciano delgado, de barba puntiaguda, nariz de gancho, con una fisionomía de rata, maneras obsecuentes, la espalda curvada y una mirada falsa. Éste también era otro antiguo *caid* de la tribu, hundido por las exacciones. Tenía que hacernos de guía al día siguiente, puesto que el camino que íbamos a tomar apenas lo frecuentaban los propios árabes.

Sin embargo poco a poco nos acercábamos a la cima del desfiladero. Una montaña escarpada tapaba la vista; pero tan pronto como la hubimos rodeado, me quedé impresionado por lo que seguramente fue la sorpresa más violenta que me reservaba aquel viaje.

Una vasta llanura se extendía ante nosotros, después un lago, un lago inmenso, deslumbrante bajo el sol, cegador, del que no veía la otra orilla, perdida en el horizonte a la izquierda y cuyo extremo al oeste se encontraba casi enfrente de mí. ¿Un lago en esta comarca, en pleno Sáhara? ¿Un lago del que nadie me había hablado, que ningún viajero mencionaba? ¿Acaso había enloquecido?

Me giré hacia el teniente:

—¿Qué es este lago? —le pregunté.

Se puso a reír y me respondió:

—No es agua, es sal.

En efecto, cualquiera se equivocaría porque la ilusión es perfecta. Este Sebkra, al que aquí llaman Zar'ez (el Zar'ez-Chergui), tiene unos cincuenta o sesenta kilómetros de ancho por veinte, treinta o cuarenta de largo, según las zonas. Ya se sabe que estas cifras son aproximadas, puesto que esta región sólo ha sido recorrida muy pocas veces y rápidamente, como hacemos nosotros ahora. Estos lagos de sal (hay dos, el otro se encuentra más al oeste) dan nombre a toda la comarca, que se llama Zar'ez. A partir de Bu Saada, la llanura se llama la Hodna, bautizada así por el lago salado de Msila.

Yo miraba con una estupefacción maravillada la inmensa capa de sal brillar bajo el sol empedernido de aquellas regiones. Toda aquella superficie, llana y cristalizada, brillaba como un espejo desmesurado, como una placa de acero; y los ojos

deslumbrados no podían soportar el resplandor de aquel lago extraño, aunque estuviéramos todavía a veinte kilómetros, algo que me resultaba increíble porque parecía muy próximo.

Terminamos de descender por el otro lado del Djebel-Gada, y nos acercamos a la fortificación abandonada, el puesto de la Fuente (Bordj-el-Hammam), donde debíamos acampar pues se trataba de una etapa excepcionalmente corta.

La fortaleza almenada, construida al comienzo de la conquista para poder ocupar esta comarca perdida en caso de insurrección y dejar en ella a una tropa más o menos protegida, se encuentra hoy muy deteriorada. Sin embargo las murallas se conservan en bastante buen estado, y algunas partes siguen siendo habitables.

Igual que los días precedentes, por la noche vimos desfilar a los árabes que acudían a exponer al «oficial» asuntos sumamente embrollados o quejas imaginarias con el único propósito de hablar con la autoridad francesa.

Alrededor nuestro rondaba una loca que había salido de no se sabe dónde y que vivía no se sabe cómo en aquella soledad desolada. En cuanto salíamos la encontrábamos, encogida en posturas extrañas, casi desnuda, repugnante.

Los viajeros, que tienden a poetizar, han hablado mucho del respeto de los árabes por los locos. ¡Menuda manera de respetarlos: sus familias los matan! Muchos *caids*, a fuerza de preguntar, nos lo confesaron. Es cierto que algunos de estos pobres idiotas llegan a la santidad gracias a la estupidez. Estos ejemplos no son casos aislados en África. La familia, generalmente, se desembaraza de los dementes. Y como las tribus siguen siendo para nosotros un mundo cerrado, gracias al sistema de los grandes caudillos indígenas, a menudo no podemos ni siquiera sospechar estas desapariciones.

Como había andado poco durante el día escribí durante un buen rato por la noche. Hacia las once, como tenía mucho calor, salí para extender una alfombra frente a la entrada y dormir bajo el cielo.

La luna llena colmaba el espacio de una luz brillante que parecía barnizar todo lo que rozaba. Las montañas, amarillas ya bajo el sol, la arena amarilla, el horizonte amarillo, parecían aún más amarillentas bajo la caricia del brillo azafranado del astro.

Frente a mí el vasto lago de sal petrificada, el Zar'ez, parecía incandescente. Se hubiera dicho que una fosforescencia fantástica emanaba de él y flotaba encima suyo, una bruma luminosa y mágica, algo tan sobrenatural, tan dulce, que cautivaba la mirada y el pensamiento, y me quedé más de una hora mirando, incapaz de cerrar los ojos. Alrededor mío, resplandecientes también bajo la caricia de la luna, los albornoces de los árabes dormidos parecían enormes copos de nieve.

Partimos al alba.

La llanura que conducía al Sebkra era ligeramente inclinada, sembrada del raquíptico y chamuscado esparto. El viejo árabe con cara de rata se puso a la cabeza y le seguimos a paso ligero. Cuanto más nos acercábamos más perfecta era la ilusión del agua. ¿Cómo era posible que aquello no fuera un lago, un lago gigantesco? Su

extensión, a nuestra izquierda, ocupaba todo el espacio entre las dos montañas, entre las cuales había una distancia de unos treinta o cuarenta kilómetros. Íbamos en línea recta hacia su extremo más angosto para poder atravesarlo.

Al otro lado del Zar'ez podía distinguir una especie de colina o más bien una loma perfilada en un amarillo dorado que parecía separar el lago de la montaña. A nuestra izquierda esta línea seguía la línea blanca de sal hasta el horizonte; y, a nuestra derecha, por donde se extendía una llanura inmensa y yerma entre las dos montañas, distinguía hasta donde la vista alcanzaba la misma estela amarilla. El teniente me dijo:

—Son las dunas.

Este banco de arena tiene más de doscientos kilómetros de longitud y una anchura muy variable. Lo atravesaremos mañana.

El suelo se hizo singular, cubierto de una costra de salitre que se resquebrajaba bajo los cascos de los caballos. Se veían algunas hierbas, juncos; podíamos sentir una capa de agua extenderse a ras de suelo. Esta llanura encerrada por las montañas, que se traga cuatro ríos (se trata de ríos estacionales) y que recibe todos los violentos chaparrones del invierno, sería un inmenso pantano si el sol despiadado no desecara la superficie. A veces, en las hondonadas, aparecían charcos de agua salada; y ante nosotros las agachadizas levantaban el vuelo describiendo sus característicos giros rápidos.

Después llegamos al borde de la Sebkra; y nos adentramos en aquel océano enjugado.

Todo era blanco delante nuestro, de un blanco plateado, vaporoso y resplandeciente. Y al avanzar por aquella superficie cristalizada, espolvoreada de una sal parecida a la nieve en polvo, que a veces se hundía un poco bajo las patas de los animales, como un hielo blando, tenía la impresión singular de tener ante los ojos un manto de agua. En realidad, sólo una cosa podía indicar a un ojo experimentado que no se trataba en absoluto de una extensión líquida: el horizonte. Generalmente la línea que separa el agua del cielo es visible, porque aquélla es siempre más oscura que éste. Es cierto que a veces parecen mezclarse; el mar cobra entonces un determinado color, un aire vago de nube azul fundida que se pierde en el azul pálido del infinito vacío. Pero basta mirar con atención durante unos instantes para acabar distinguiendo la separación, por más sutil que sea, por más disimulada que esté. Aquí no se ve nada. El horizonte se encuentra enteramente velado por una bruma blanca, una especie de vapor de leche de una suavidad indescriptible; y tan pronto buscamos en el espacio el límite terrestre, como creemos verlo más abajo, en medio de la llanura salada sobre la que flotan esos vahos cremosos y singulares.

Mientras teníamos el Zar'ez ante nosotros, conservábamos una noción clara de las distancias y las formas, pero apenas estuvimos sobre él desapareció cualquier certeza de la visión; estábamos a merced de las fantasmagorías de los espejismos.

Creíamos distinguir el horizonte a una distancia prodigiosa cuando, de pronto,

percibíamos enormes peñascos extraños, juncos inmensos, islas con orillas escarpadas en medio del lago petrificado, que un momento antes parecía unido, vacío y plano como un espejo. Luego, a medida que avanzábamos, esas visiones extrañas desaparecían de golpe, eran engullidas como si se tratara de un efecto teatral; y en el lugar de los peñascos descubríamos unas pocas piedrecitas diminutas. Los juncos, al acercarnos, no eran más que hierbas secas, de la altura de un dedo, amplificadas de un modo desmesurado por aquel curioso efecto óptico; las orillas se convertían en suaves montículos de la costra de sal y aquel horizonte que suponíamos a treinta kilómetros estaba a cien metros, limitado por aquel velo de vaho tembloroso que la furia del sol del desierto levantaba de la capa ardiente de sal.

Aquello duró una hora más o menos, y luego alcanzamos la otra orilla.

Primero topamos con una pequeña llanura erosionada, cubierta de una costra de arcilla seca y mezclada aún con el salitre. Subimos por una pendiente muy suave, aparecieron hierbas, luego una especie de juncos, luego una florecita azul parecida al nomeolvides rústico, en el extremo de unos tallos largos y finos como un hilo, y tan aromáticas que perfumaban toda la zona. Esta exquisita fragancia me dio la vívida impresión de un baño; podíamos olerla durante mucho rato y el pecho parecía abrirse para sorber aquel aroma delicioso.

Finalmente vimos una hilera de álamos, un auténtico bosque de juncos, de otros árboles, y luego nuestras tiendas, plantadas en el límite de las arenas cuyas ondulaciones desiguales, de una altura de ocho o diez metros, se alzaban como olas agitadas.

El calor era feroz, sin duda duplicado por las reverberaciones de la Sebkra. Las tiendas, convertidas en auténticas estufas, eran inhabitables; de modo que apenas desmontamos nos fuimos a buscar la sombra bajo los árboles. Hubo que atravesar primero un bosque de juncos. Yo iba delante y de pronto me puse a bailar mientras lanzaba gritos de alegría. Acababa de ver unas viñas, albaricoqueros, higueras, granados repletos de frutas, una serie completa de vergeles antaño prósperos y hoy invadidos por la arena, y que pertenecían al agá de Djelfa. ¡Ni hablar de tomar cordero asado para almorzar! ¡Qué alegría! ¡Nada de cuscús! ¡Qué delirio! ¡Uvas! ¡Higos! ¡Albaricoques! Toda aquella fruta no estaba muy madura, pero qué más daba: fue una orgía, que nos produjo algún que otro trastorno. El agua, por ejemplo, dejaba que desear. Era un barro lleno de larvas. No bebimos.

Cada cual se acomodó por su lado en el juncal y se durmió. Una sensación fría me sobresaltó: una enorme rana acababa de escupirme un chorro de agua en la cara. En esta región hay que estar prevenido y no siempre es prudente dormir tendido en la escasa vegetación, sobre todo cuando se está junto a la arena, donde pulula la *lefaa*, la víbora cerasta o víbora con cuernos, cuya picadura es mortal y prácticamente fulminante. A menudo la agonía dura apenas una hora. Por lo demás, este reptil es muy lento y sólo resulta peligroso si lo pisamos sin darnos cuenta, o si nos acostamos cerca. Cuando nos cruzamos en su camino podemos incluso cogerla con la mano, con



algo de práctica y algunas precauciones, si lo agarramos rápidamente por detrás de los cuernos.

Pero yo no me arriesgué a hacer el experimento.

Este animal pequeño y terrible también habita en el esparto, en las piedras y en general en cualquier lugar donde encuentre un refugio. Cuando nos echamos por primera vez en el suelo la idea de este reptil nos preocupa, pero después conseguimos dejar de pensar y acabamos por no preocuparnos más. En cuanto a los escorpiones, se los desprecia. Por lo demás son tan comunes allí como las arañas entre nosotros. Siempre que encontrábamos alguno cerca del campamento, lo rodeábamos con hierbas secas y luego les prendíamos fuego. El animal enloquecido, al verse perdido levanta su cola, la mueve en círculo por encima de su cabeza y se mata picándose a sí mismo. Esto es lo que me han contado, aunque yo siempre los he visto morir entre las llamas.

Así es como vi por primera vez a esta víbora.

Un mediodía, cuando atravesábamos una inmensa llanura de esparto, mi caballo dio vivas y repetidas muestras de inquietud. Bajaba la cabeza, relinchaba, se paraba, parecía temer cualquier matojo. Confieso que soy un mal jinete y aquellas bruscas paradas, además de hacerme temer por mi equilibrio, me clavaban en el estómago la enorme perilla de la silla árabe. El teniente, mi compañero, reía a carcajadas. De pronto mi caballo dio un brinco y se puso a husmear por el suelo algo que yo no veía, negándose obstinadamente a avanzar. En previsión de una catástrofe, preferí desmontar y buscar la causa del pavor. Tenía delante una escuálida mata de esparto. La golpeé por si acaso con el bastón y de repente un pequeño reptil salió huyendo y desapareció en una planta cercana.

Era una *lefaa*.

Aquel mismo día, por la noche, en una llanura rocosa y desolada, mi caballo dio de nuevo un respingo. Salté al suelo, convencido de que se trataba otra vez de una *lefaa*. Pero no vi nada. Después, al mover una piedra, una araña, dorada como la arena, esbelta, extraordinariamente rápida, huyó y desapareció bajo una roca antes de que pudiera alcanzarla. Un *spahi* que se me había acercado la llamó «escorpión de viento», expresión que aludía a su velocidad. Creo que era una tarántula.

Y también otra noche, mientras dormía, algo helado me rozó la cara. Me incorporé de un brinco, despavorido; pero la arena, la tienda, todo estaba sumido en la oscuridad y no distinguía más que las grandes manchas blancas de los árabes dormidos a nuestro alrededor. ¿Acaso me había mordido una *lefaa* que se paseaba cerca de mi rostro? ¿O era un escorpión? ¿Qué había sido aquel contacto frío en la cara? Muy ansioso encendí la linterna; miré hacia abajo, con el pie levantado, listo para aplastar, y vi a un sapo monstruoso, uno de esos sapos blancos fantásticos que hay en el desierto y que me miraba con su vientre inflado y las patas separadas. Sin duda aquel animal tan feo me había encontrado en su camino habitual y había acabado topando con mi rostro.

Como venganza lo obligué a fumar un cigarrillo. Y naturalmente murió. Se procede del siguiente modo: se abre a la fuerza su estrecha boca, se introduce el extremo de un papel fino enrollado con tabaco de liar y se enciende el otro extremo. El animal asfixiado sopla con todas sus fuerzas para desembarazarse del instrumento de suplicio y luego, le guste o no, se ve obligado a aspirar. Después sopla de nuevo, hinchado, moribundo y cómico: es preciso que fume hasta el final, a menos que nos apiademos de él. Normalmente muere asfixiado e inflado como un balón.

Como deporte sahariano a menudo se hace asistir a los extranjeros a la lucha de una *lefaa* con un *uran*.

¿Quién de nosotros no ha encontrado en el Midi a esos pobres lagartitos con la cola cortada corriendo por las viejas paredes? Al principio nos preguntamos por el misterio de esas colas ausentes. Luego, un día, mientras leemos a la sombra de un seto, vemos de pronto a una culebra surgir de una grieta y lanzarse contra el animal inocente y amable que estaba calentándose en una piedra. El lagarto huye pero la culebra, más rápida, lo agarra por la cola, por su larga cola vivaz, y la mitad de ese miembro queda entre los dientes afilados del enemigo mientras el animal mutilado desaparece en un agujero.

Pues bien, el *uran*, que no es más que el cocodrilo de tierra del que habla Heródoto, una especie de gran lagarto del Sáhara, venga a su raza desafiando a la temible *lefaa*.

Por lo demás, el combate entre estos dos animales es muy interesante. Generalmente tiene lugar en una vieja caja vacía de jabón. Se mete dentro al lagarto que se pone a correr con una rapidez asombrosa, intentando huir; pero en cuanto se echa en la caja el saquito con la víbora se queda inmóvil. Sólo sus ojos se mueven muy rápido. Después hace unos pocos pasos veloces, como si se deslizase, para acercarse al enemigo, y aguarda. La *lefaa*, por su parte, examina al lagarto, siente el peligro y se prepara para la batalla; y luego con un solo movimiento se lanza sobre él. Pero el lagarto ya está lejos, corre como una flecha y es casi imposible verlo en su carrera. A su debido momento ataca volviendo de un salto con una rapidez asombrosa. La *lefaa* se gira y alarga hacia él su pequeña garganta abierta, lista para lanzar su mordisco fulminante. Pero pasa rozando al reptil que la mira de nuevo, fuera de su alcance, desde el otro extremo de la caja.

Esto dura un cuarto de hora, veinte minutos, a veces más. La *lefaa*, exasperada, se enfurece, repta hacia el *uran* que huye siempre, más rápido que la mirada, va, viene, se para, vuelve a las andadas, agota y enloquece a su temible adversario. Luego, de repente, en el instante propicio, se lanza encima suyo tan deprisa que sólo percibimos a la víbora agitándose, ahogada entre las fuertes mandíbulas triangulares del lagarto, que la agarra por el cuello, tras los cuernos, exactamente por el mismo sitio por donde la agarran los árabes.

Al ver la lucha de esos animalillos en el fondo de una caja de jabón, nos vienen a la mente las corridas de toros españolas en las majestuosas plazas. Sin embargo sería

más peligroso molestar a estos ínfimos luchadores que enfrentarse a la ruidosa cólera del gran animal armado de afiladas astas.

En el Sáhara se encuentra a menudo una serpiente de aspecto horrible, que suele hacer más de un metro de largo y no más de un dedo de ancho. En los alrededores de Bu Saada este reptil inofensivo inspira un terror supersticioso a los árabes. Pretenden que atraviesa como una bala los cuerpos más duros y que no hay nada que pueda detener su empuje cuando percibe un objeto brillante. Un árabe me contó que a su hermano lo había atravesado uno de esos animales, que incluso había torcido el estribo con el choque. Es evidente que lo único que había ocurrido es que aquel hombre recibió una bala justo en el momento en que vio a la serpiente.

En cambio, en los alrededores de Laghuat esta serpiente no inspira el menor miedo y los niños la agarran con las manos.

La idea de todos estos temibles habitantes del desierto me impidió en parte dormir en los juncos de Raiana Chergui. Cualquiera roce hacía que me incorporase de un salto.

El día tocaba a su fin, desperté a mis compañeros para ir a pasear por las dunas e intentar encontrar alguna *lefaa* o algún pez de arena.

El llamado pez de arena, al que los árabes llaman *dwb* (se pronuncia *dob*), es otra especie de gran lagarto que vive en las arenas, donde cava su madriguera, y cuya carne es bastante buena, según dicen. Hemos seguido varias veces sus huellas sin llegar a verlo nunca. En la arena encontramos a un insecto diminuto cuyos hábitos son muy curiosos: se trata de la hormiga-león. Hace un hoyo un poco más ancho que una moneda de cien perras, y de una profundidad proporcional, y se instala al fondo, emboscado. Apenas un animal cualquiera, una araña, una larva, lo que sea, se pasea por los bordes de su guarida, la hormiga-león le lanza sucesivas ráfagas de arena, lo aturde, lo ciega, lo obliga a rodar hasta el fondo de la pendiente. Entonces se apodera de él y lo devora.

Aquel día la hormiga-león fue nuestro mayor pasatiempo. Luego, por la noche, volvió el cordero asado, el cuscús y la leche agria. Cuando se acercaba la hora de la comida me acordaba a menudo del Café Inglés.

Después nos acostamos en las alfombras frente a las tiendas, porque el calor no permitía estar dentro. Teníamos a aquellos dos vecinos extraños, uno frente a nosotros y el otro a nuestras espaldas: la arena tumultuosa como un mar agitado y la sal compacta como un mar en calma.

Al día siguiente atravesamos las dunas. Se hubiera dicho que era el océano convertido en polvo en medio de un huracán, una tempestad silenciosa de olas enormes, inmóviles, de arena dorada. Eran altas como colinas, erguidas como olas salvajes, pero más grandes aún y estriadas como el muaré. En aquel mar colérico, silencioso e inmóvil, el sol devorador del sur arrojaba su llama implacable y directa.

Hubo que subir aquellas láminas de cenizas de oro, rodar abajo por el otro lado, volver a subir, subir sin cesar, sin reposo y sin sombra. Los caballos refunfuñaban,

sus patas se hundían hasta las articulaciones y se deslizaban rodando por la vertiente opuesta de las sorprendentes colinas.

Ya no hablábamos, aturridos por el calor, resecos y sedientos como aquel desierto ardiente.

A veces, según dicen, en estos valles de arena nos sorprende un incomprensible fenómeno que los árabes consideran un signo inequívoco de muerte.

En alguna parte, cerca, en una dirección indeterminada, retumba un tambor, el misterioso tambor de las dunas. Retumba de distintos modos, unas veces vibrante y otras más débil, deteniéndose por momentos y retomando luego su redoble fantástico.

Parece que se ignora la causa de tan sorprendente ruido. Se suele atribuir al eco amplificado, multiplicado, aumentado de un modo atroz por las ondulaciones de las dunas, de un granizo de granos de arena que el viento arrastra y hace chocar con las hierbas secas, pues siempre se ha notado que el fenómeno se produce en las cercanías de pequeñas plantas quemadas por el sol y duras como el pergamino.

De manera que este tambor no sería más que una especie de espejismo sonoro.

Apenas salimos de las dunas, percibimos a tres jinetes que se acercaban al galope hacia nosotros. Cuando estuvieron más o menos a cien pasos el primero desmontó y se acercó cojeando un poco. Era un hombre de unos sesenta años, bastante gordo (cosa rara en aquel país), con una fisonomía árabe dura, de rasgos acentuados, marcados, casi feroces. Llevaba la cruz de la legión de honor. Se llamaba Si Cherif-ben-Vhabeizzi, *caid* de los Ulad Dia.

Nos dio un largo discurso con un aire furioso para invitarnos a entrar en su tienda y tomar un tentempié. Era la primera vez que penetraba en la morada de un jefe nómada.

Un montón de ricas alfombras de lana rizada cubría el suelo; había otras alfombras verticales para cubrir la tela desnuda de la tienda; otras extendidas sobre nuestras cabezas formaban un techo espeso e impenetrable. Asimismo, una especie de divanes o más bien de tronos estaban recubiertos de admirables telas; y una separación hecha con colgaduras orientales dividía la tienda en dos mitades iguales separándonos de la parte habitada por las mujeres, a las que por momentos oíamos cuchichear.

Nos sentamos. Los dos hijos del *caid* tomaron asiento junto al padre, quien por su parte se levantaba de vez en cuando para decir unas palabras al apartamento contiguo por encima de la separación; y una mano invisible pasaba una fuente humeante que el jefe nos ofrecía de inmediato.

Se oía jugar y gritar a unos niñitos junto a sus madres. ¿Quiénes eran esas mujeres? Sin duda nos miraban a través de pequeñas aberturas invisibles, pero nosotros no pudimos verlas.

En general la mujer árabe es pequeña, blanca como la leche, con una cara de corderito. Sólo es pudorosa con su rostro. Muchas veces topamos con mujeres del pueblo yendo a trabajar con el rostro cuidadosamente velado, pero con el cuerpo

cubierto tan sólo por dos tiras de lana que caen una por delante y otra por detrás, y que de perfil dejan a la vista todo el cuerpo.

A los quince años esas infelices, que serían hermosas, ya están deformadas, echadas a perder por los duros trabajos. Se afanan de la mañana a la noche en todas las fatigas, van a buscar agua a muchos kilómetros con un crío a la espalda. A los veinticinco años parecen viejas.

Llevan el rostro, que a veces muestran, tatuado con estrellas azules en la frente, las mejillas y el mentón. Se depilan el cuerpo como medida higiénica. Y resulta muy difícil ver a las mujeres de los árabes ricos.

Volvimos a partir apenas terminamos la colación y por la noche llegamos al peñasco de sal llamado Khang-el-Melah.

Es una especie de montaña gris, verde y azul, con reflejos metálicos, con secciones singulares: ¡una montaña de sal! Unas aguas más saladas que el océano manaban de su pie y, volatilizadas por el tremendo calor del sol, dejaban sobre el suelo una espuma blanca, parecida a la baba de las olas, una espuma de sal. Ya no se veía la tierra, oculta bajo un polvo ligero, como si algún coloso se hubiera entretenido limando aquella montaña para esparcir el polvo a su alrededor; y unos grandes bloques desprendidos yacían en su base, bloques de sal.

Parece que bajo este peñasco extraordinario hay unos pozos muy profundos que habitan millares de palomas. Al día siguiente estábamos en Djelfa.

Djelfa es una aldeíta a la francesa, fea aunque habitada por oficiales amabilísimos que hacen la estancia muy agradable.

Tras un breve reposo volvimos a ponernos en marcha.

Recomenzábamos nuestro largo viaje por las extensas llanuras desoladas. De vez en cuando encontrábamos rebaños. A veces eran ejércitos de corderos del color de la arena; otras veces se perfilaba en el horizonte la silueta de aquellos animales singulares que la distancia empequeñecía y que, con su lomo jorobado, su gran cuello encorvado y su ritmo lento, tomábamos por bandadas de pavos. Luego, al acercarnos, reconocíamos a los camellos con sus vientres hinchados por los dos lados como un balón, como un odre inmenso, sus vientres que almacenan hasta sesenta litros de agua. También ellos tienen el color del desierto como todos los seres nacidos en esas soledades amarillentas. El león, la hiena, el chacal, el sapo, el lagarto, el escorpión, e incluso el hombre, adquieren todos los matices del suelo calcinado, desde el rojizo vivo de las dunas movedizas hasta el gris piedra de las montañas. Y la pequeña alondra de las llanuras es tan parecida al polvo de tierra que sólo la vemos cuando alza el vuelo.

¿De qué viven entonces los animales en estas regiones áridas, puesto que viven?

Durante la estación de las lluvias, estas llanuras se cubren de hierbas en unas pocas semanas y luego el sol, en unas pocas horas, seca y quema la fugaz vegetación. Y así esas plantas adquieren también el color del sol; se rompen, se dispersan, se esparcen por la tierra como una paja muy picada y apenas indistinguible. Pero las

manadas saben encontrarla y se alimentan de ella. Van buscando ese polvo de hierbas secas. Se diría que comen piedras. ¿Qué pensaría un granjero normando si viera estos singulares pastos?

Después atravesamos una región donde ni siquiera había pájaros. Resultaba imposible encontrar pozos.

Mirábamos pasar a lo lejos unas extrañas columnitas de polvo que tenían el aspecto de humaredas, a veces rectas, otras inclinadas o retorcidas y que corrían rápidamente por encima del suelo, alzándose a unos cuantos metros, anchas por la cima y delgadas por la base.

Los remolinos de aire actúan como una ventosa y de este modo levantan y arrastran estas nubes transparentes y realmente fantásticas, las únicas que imprimen movimiento a estos lugares lamentablemente desiertos.

Quinientos metros por delante de nuestra pequeña tropa, el jinete que hacía de guía nos conducía a través de la monótona y rigurosa soledad. Durante diez minutos, iba al paso, inmóvil sobre la silla y entonando en su lengua una canción lánguida, con esos ritmos extraños y tan característicos. Nosotros seguíamos su paso. Después, de repente, arrancaba al trote, sin agitarse apenas, con su gran alboroz flotando y el cuerpo vertical, de pie en los estribos. Y nosotros salíamos tras él justo en el momento en que ya se paraba para retomar un ritmo más suave.

Le pregunté a mi vecino:

—¿Cómo puede guiarnos por estos espacios baldíos, sin puntos de referencia?

Me respondió:

—Por lo menos hay los huesos de camello.

En efecto, cada cuarto de hora topábamos con algún esqueleto inmenso, carcomido por los animales, asado al sol, perfectamente blanco, manchando la arena. A veces era un pedazo de pierna, otras un pedazo de mandíbula, otras aún el extremo de la columna vertebral.

—¿De dónde salen todos estos restos? —pregunté.

Mi vecino replicó:

—Las caravanas dejan por el camino a los animales que ya no pueden seguir; y los chacales no se lo llevan todo.

Y durante muchos días proseguimos aquel viaje monótono, siguiendo al mismo árabe, en el mismo orden, siempre a caballo, casi sin hablar.

Hasta que un mediodía, cuando nos acercábamos a Bu Saada, donde llegaríamos por la noche, vi muy lejos, frente a nosotros, una masa negra, aumentada por el espejismo y cuya forma me sorprendió. Cuando nos acercamos dos buitres alzaron el vuelo. Era una carroña aún babosa a pesar del calor, barnizada por la sangre podrida. Sólo quedaba el pecho: sin duda, los miembros se los habían llevado los voraces carroñeros.

—Hay unos viajeros delante nuestro —dijo el teniente.

Unas horas después entramos en una especie de barranco, de desfiladero, un

horno espantoso de peñascos dentados como sierras, puntiagudos, rabiosos, que parecían sublevados contra aquel cielo despiadadamente feroz. Otro cuerpo yacía allí. Y un chacal que lo devoraba huyó.

Después, cuando desembocábamos en una nueva llanura, una masa gris tendida ante nosotros se movió y lentamente, en el extremo de un cuello larguísimo, vi incorporarse la cabeza de un camello agonizante. Estaba echado sobre el flanco, tal vez desde hacía dos o tres días, muriendo de fatiga y de sed. Sus largos miembros que parecían rotos, inertes, hechos un nudo, yacían sobre el suelo de fuego. Y al oírnos llegar había levantado la cabeza, como un faro. Su frente, corroída por el inexorable sol ya sólo era una llaga abierta, y seguía nuestro paso con sus ojos resignados. No gimió una sola vez, ni siquiera hizo ningún esfuerzo por levantarse. Se diría que sabía, que al haber visto morir del mismo modo a muchos de sus iguales en sus largos viajes a través de las soledades, conocía perfectamente la inclemencia de los hombres. Había llegado su hora, nada más. Pasamos. Y aún así, al girarme un buen rato después advertí, levantado por encima de la arena, el gran cuello del animal abandonado mirando hasta el final cómo se perdían en el horizonte los últimos seres vivos a los que vería jamás.

Una hora más tarde, encontramos a un tapir en una roca, con la boca abierta, los colmillos brillantes, incapaz de mover una pata, con la mirada fija en dos buitres que, muy cerca, se atusaban las plumas mientras esperaban su muerte. Estaba tan concentrado en el terror que le inspiraban aquellos pacientes animales, ávidos de su carne, que ni siquiera giró la cabeza, ni notó las piedras que al pasar le lanzaba un *spahi*. Y de pronto, a la salida de un nuevo desfiladero, vi delante de mí el oasis.

Es una aparición inolvidable. Acabábamos de atravesar llanuras interminables, de franquear montañas puntiagudas, peladas, calcinadas, sin encontrar un solo árbol, ni una planta, ni una hoja verde; y de repente, delante nuestro, a nuestros pies, una masa opaca de vegetación oscura, una especie de lago de vegetación casi negra extendida sobre la arena. Luego, detrás de aquella gran mancha, recomenzaba el desierto, extendiéndose hacia el infinito, hasta el imperceptible horizonte donde se mezcla con el cielo.

La ciudad desciende escalonadamente hasta los vergeles.

¡Qué ciudades las del Sáhara! Una aglomeración, un amontonamiento de cubos de barro secados al sol. Todas aquellas chozas cuadradas de barro endurecido están pegadas las unas a las otras de tal modo que entre sus líneas caprichosas sólo quedan una suerte de galerías estrechas, las calles, parecidas a esos senderos sinuosos que traza el paso continuo de los animales.

Por lo demás, la ciudad entera, esa pobre ciudad de tierra amasada, recuerda a las construcciones de un animal cualquiera, a las madrigueras de los castores, a los trabajos informes que se realizan sin instrumentos, con los medios que la naturaleza brinda a las criaturas de orden inferior. De trecho en trecho una palmera magnífica se alza a veinte pies del suelo. Luego, de golpe, se entra en un bosque cuyas alamedas se

encuentran enclaustradas entre dos altos muros de arcilla. A derecha y a izquierda numerosas palmeras datileras abren sus amplios parasoles por encima de los vergeles, protegiendo con su sombra tupida y fresca la delicada masa de árboles frutales. Bajo la protección de estas palmeras gigantes que el viento agita como generosos abanicos, crecen las viñas, los albaricoques, las higueras, los granados y un montón de legumbres.

El agua del río, almacenada en grandes depósitos, se distribuye a las propiedades como el gas en nuestro país. Una administración severa hace el recuento de cada habitante que, por medio de acequias, dispone del suministro durante una o dos horas por semana según la extensión de su propiedad.

Se calcula la fortuna por copa de palmera. Estos árboles, protectores de la vida, protectores de las savias, hunden su pie en el agua mientras el fuego baña sus frentes.

El pequeño valle de Bu Saada que lleva el río a los vergeles es maravilloso como un paisaje soñado. Desciende, lleno de palmeras datileras, de higueras, de grandes plantas magníficas, entre dos montañas cuyas cimas son rojas. A lo largo de la rápida corriente de agua, las mujeres árabes, con la cabeza cubierta y las piernas al aire, lavan su ropa bailando encima de ella. La enrollan formando montones, la echan a la corriente y la sacuden con sus pies desnudos, balanceándose con gracia.

A lo largo de este barranco el río corre y canta. Al salir del oasis aún es un río caudaloso, pero el desierto que aguarda, el desierto amarillo y hambriento, se lo bebe de golpe, a las puertas de los vergeles: lo engulle bruscamente en sus arenas estériles.

Cuando subimos a la mezquita, al ponerse el sol, para contemplar la ciudad entera, el aspecto es muy singular. Los tejados planos y cuadrados forman una cascada de cuadros de barro o de pañuelos sucios. Allí se agita toda la población que trepa a sus chozas en cuanto cae la noche. En las calles no se ve a nadie, no se oye nada; pero cuando contemplamos el conjunto de tejados desde un punto elevado, descubrimos un movimiento extraordinario. Se prepara la cena. Puñados de niños en andrajos blancos hormiguean por los rincones; aquel bulto informe de feas líneas que constituye la mujer árabe del pueblo cuece el cuscús o bien se afana en alguna otra labor doméstica.

Cae la noche. Sobre los tejados se tienden entonces las alfombras de Djebel-Amur, después de haber cazado con cuidado a los escorpiones que pululan por esos tugurios; y después toda la familia se duerme al aire libre bajo el brillante enjambre de estrellas.

El oasis de Bu Saada, aunque pequeño, es uno de los más encantadores de Argelia. En sus alrededores se pueden cazar gacelas, que abundan. Y también hay abundancia de *leefa* e incluso de la repugnante tarántula de patas largas, cuya sombra enorme vemos correr por las noches, en los muros de los cubos de barro.

En este *ksar* hay un comercio bastante considerable, porque se encuentra al lado del camino de Mzab.

Los mozabitos y los judíos son los únicos comerciantes, los únicos mercaderes,



los únicos individuos industriosos de toda esta parte de África.

Cuando avanzamos hacia el sur, vemos salir a la luz un aspecto repugnante de los judíos que permite entender el odio feroz que estas gentes inspiran en determinados pueblos, e incluso los recientes asesinatos de alguno de ellos. Los judíos de Europa, lo judíos de Argel, los judíos a los que conocemos, a los que frecuentamos cada día, nuestros vecinos y nuestros amigos, son hombres mundanos, instruidos, inteligentes, a menudo encantadores. Y nos indigna mucho enterarnos de que los habitantes de una pequeña ciudad desconocida han degollado y ahogado a cientos de hijos de Israel. Hoy ya no me sorprende, porque nuestros judíos no se parecen en nada a los judíos de aquel lugar.

En Bu Saada, los vemos en cuclillas bajo cubiles inmundos, hinchados de grasa, sórdidos y acechando al árabe como una araña acecha a la mosca.

Lo llaman, tratan de prestarle cien perras y a cambio le hacen firmar un papel. El hombre conoce el peligro, duda, se resiste. Pero el deseo de beber, junto con otros deseos, lo tientan. ¡Cien perras representan para él tantos goces!

Y finalmente cede, toma la moneda de plata y firma el grasiento papel.

Al cabo de tres meses deberá diez francos, cien al cabo de un año, doscientos al cabo de tres años. Entonces el judío pone en venta su tierra, en caso de que la tenga, o si no su camello, su caballo, su borrico, en fin, todo lo que posee.

Los jefes, los *caids*, agás o *Bach agás*, caen igualmente en las garras de esas rapaces que son plaga, la sangrienta plaga de nuestra colonia, el gran obstáculo de la civilización y del bienestar del árabe.

Cuando una columna francesa va a saquear a alguna tribu rebelde una nube de judíos la sigue y adquieren a bajo precio el botín que luego revenden a los árabes apenas se aleja el ejército.

Si se toman, por ejemplo, seis mil corderos en una comarca ¿qué hacer con esos animales? ¿Llevarlos a las ciudades? Morirían por el camino pues no sería posible alimentarlos, darles de beber durante los doscientos o trescientos kilómetros de tierra yerma que es preciso atravesar. Y además para llevar y proteger una caravana semejante sería necesario disponer del doble de tropas de las que dispone la columna.

¿Entonces qué: matarlas acaso? ¡Qué masacre y qué ruina! Y encima los judíos están allí dispuestos a comprar por dos francos unos corderos que valen veinte. De todos modos el Tesoro seguirá ganando doce mil francos. Se las vendemos.

Ocho días más tarde los primeros propietarios recuperan sus corderos a tres francos por cabeza. La venganza francesa no sale muy cara.

El judío es el dueño de todo el sur de Argelia. No hay árabe que no tenga una deuda pues no le gusta devolver. Prefiere renovar su contrato al cien o doscientos por ciento. Y al ganar tiempo se cree a salvo. Haría falta una ley especial para modificar esta situación lamentable.

Por lo demás, el judío, en todo el sur, se dedica únicamente a la usura, por todos los medios, por más desleales que sean; y los verdaderos comerciantes son los

mozabitos. Cuando llegamos a cualquier ciudad del Sáhara, muy pronto advertimos que una raza particular de hombres se ocupa de los asuntos de la región. Ellos son los dueños de las tiendas: comercian con mercancías de Europa y con las de la industria local, son inteligentes, activos, comerciantes hasta la médula. Son los Beni-Mzab o mozabitos. Se los apoda «los judíos del desierto».

El árabe, el verdadero árabe, el hombre de la tienda, para el que todo trabajo es deshonoroso, desprecia al mozabito comerciante, pero acude regularmente a aprovisionarse en su comercio: le confía los objetos preciosos que no puede llevar consigo en su vida errante. Entre ellos se establece una especie de pacto constante.

Así pues, los mozabitos han acaparado todo el comercio del África del norte. Los encontramos tanto en nuestras ciudades como en las aldeas saharianas. Y luego, cuando ya han hecho fortuna, los mercaderes vuelven al Mzab, donde deben someterse a una especie de purificación antes de recuperar sus derechos políticos.

Estos hombres, a quienes reconocemos por su tamaño, más pequeño y achaparrado que el de otras tribus, por su rostro a menudo y muy ancho, por sus grandes labios y por sus ojos generalmente hundidos bajo unas cejas rectas y muy tupidas, son musulmanes cismáticos. Pertenecen a una de las tres sectas disidentes de África del norte y según ciertos eruditos son los descendientes actuales de los últimos sectarios del kharedjismo<sup>[17]</sup>. La región de donde proceden estos hombres es tal vez la más extraña de la tierra africana.

Sus padres, perseguidos en Siria por las armas del profeta, fueron a instalarse en el Djebel-Nefussa, al oeste de Trípoli de Berbería.

Pero los rechazaron sucesivamente de todos los lugares donde se establecían, los envidiaban dondequiera que fueran a causa de su inteligencia y de su industria, además de sospechar de ellos en razón de su heterodoxia, de manera que finalmente se establecieron en la región más árida, la más abrasadora, la más horrible de todas. En árabe se la llama Hammada (la cálida) y Chebka (la red), porque recuerda una inmensa red hecha de rocas y de peñascos negros.

La región de los mozabitos se encuentra a unos ciento cincuenta kilómetros de Laghuat.

Así es cómo el señor comandante Coyne, el hombre que mejor conoce todo el sur de Argelia, describe su llegada al Mzab en una publicación muy interesante:

«Más o menos en el centro de la Chebka se encuentra una especie de circo formado por un cinturón de rocas calcáreas muy relucientes con pronunciadas pendientes por la vertiente interior. Al noroeste y al sureste se encuentra abierto por dos secciones que dejan pasar al Ued Mzab. Este circo, de unos dieciocho kilómetros de largo por una amplitud de dos kilómetros a lo sumo, encierra cinco de las ciudades de la confederación de los Mzab, así como las tierras que los habitantes de este valle cultivan exclusivamente en vergeles.

»Desde el exterior y por el lado del norte y del este, este cinturón de rocas

tiene el aspecto de una aglomeración de *kubbas* superpuestas, unas encima de las otras, sin orden ni concierto; se diría que es una inmensa necrópolis árabe. La propia naturaleza parece muerta. No hay un solo rastro de vegetación donde pueda descansar la vista; incluso los pájaros de presa parecen huir de aquellas regiones desoladas. Sólo los rayos de un implacable sol se reflejan en la muralla de rocas de un blanco grisáceo y producen dibujos fantásticos con las sombras que proyectan.

»Es comprensible la admiración, incluso diría el entusiasmo del viajero cuando, al llegar a la cresta de esta hilera de rocas, descubre en el interior del circo cinco ciudades populosas rodeadas de vergeles de una vegetación exuberante, recortándose en una sombra verde sobre los fondos rojizos del lecho del Ued Mzab.

»En torno nuestro vemos el desierto desnudo, la muerte; a nuestros pies la vida y las pruebas evidentes de una civilización desarrollada».

Mzab es una república o más bien una comuna parecida a la que intentaron establecer los revolucionarios parisinos en 1871.

En Mzab nadie tiene derecho a estar desocupado, y el niño, en cuanto puede andar y llevar algo, ayuda a su padre al riego de los vergeles, que constituye la ocupación constante y principal de los habitantes. De la mañana a la noche, la mula o el camello carga en un cubo de cuero el agua que vierte después en una acequia muy ingeniosa que evita que se pierda una sola gota del líquido precioso.

Mzab cuenta además con numerosas presas para almacenar las lluvias. De manera que está mucho más desarrollada que nuestra Argelia.

¡La lluvia! Para el mozabito ella es la felicidad, el bienestar asegurado, la cosecha preservada, y cuando cae una especie de locura se apodera de los habitantes. Salen a las calles, lanzan tiros de fusil, cantan, corren a los vergeles, al río que vuelve a correr de nuevo, y a los diques de cuyo cuidado se ocupa cada ciudadano. Cuando un dique está en peligro, todo el mundo acude a él.

Gracias a su trabajo constante, a su industria y a su sabiduría, estas gentes han hecho de la parte más salvaje y desolada del Sáhara una región viva, fértil, cultivada donde siete ciudades prósperas se extienden bajo el sol. Es comprensible que el mozabito sea celoso de su patria y la defienda en la medida de lo posible de la llegada de los europeos. En determinadas ciudades, como Beni-Isguem, ningún extranjero tiene derecho a pasar la noche, ni siquiera una sola.

La policía la forma todo el mundo. Nadie rechazaría emplear mano dura en caso de necesidad. En esta región no hay ni pobres ni mendigos. A los necesitados los alimentan sus familias.

Casi todo el mundo sabe leer y escribir.

Hay escuelas por todas partes y numerosos establecimientos comunales. Y muchos mozabitos, después de haber pasado algún tiempo en nuestras ciudades,

vuelven sabiendo francés, italiano y español.

La publicación del comandante Coyne contiene innumerables detalles sorprendentes sobre este pequeño pueblo tan curioso.

En Bu Saada, como en todos los oasis y en todas las ciudades, son los mozabitos los que se dedican al comercio, al intercambio, los que tienen tiendas de toda clase y se dedican a todas las profesiones.

Después de pasar cuatro días en aquella pequeña ciudad sahariana, partí hacia la costa.

Las montañas que se encuentran camino del litoral tienen un aspecto singular. Parecen monstruosas fortalezas con kilómetros de almenas. Son regulares, cuadradas, talladas de un modo matemático. La más alta es plana y parece inaccesible. Su forma le ha valido el nombre de «el billar». Poco tiempo antes de mi llegada, dos oficiales la habían escalado por primera vez. Sobre la cima encontraron dos enormes cisternas romanas.

## La Cabilia y Bugie

Nos encontramos en la parte más rica y poblada de Argelia. La región de la Cabilia es montañosa, llena de bosques y de campos.

Al salir de Aumale se desciende al gran valle de Sahel.

En él se yergue una inmensa montaña, la Djurjura. Sus picos más altos son grises como si estuvieran cubiertos de cenizas.

Por todas partes, en las cimas más bajas, se ven aldeas que, de lejos, parecen montones de piedras blancas. Otras están colgadas en las pendientes. En toda esta región fértil la lucha entre el europeo y el indígena por la posesión del suelo es terrible.

La Cabilia está más poblada que el departamento francés más poblado. El pueblo cabila<sup>[18]</sup> no es nómada sino sedentario y trabajador. Pero el argelino no tiene ninguna otra preocupación que robarle.

Estos son los distintos sistemas empleados para expulsar y expoliar a los miserables propietarios indígenas.

Un individuo cualquiera, al marcharse de Francia, pide a la oficina encargada del reparto de tierras una concesión en Argelia. Se le presenta un sombrero con unos papelitos metidos dentro y de ahí saca el número correspondiente a un lote de tierra. En adelante ese lote le pertenece. Y el individuo parte. Al llegar encuentra, en una aldea indígena, a toda una familia instalada en las tierras que le han asignado. Esta familia ha desbrozado y hecho rendir aquel bien para vivir de él. No posee nada más. El extranjero los expulsa. La familia se marcha, resignada, puesto que así lo exige la ley francesa. Pero esas gentes, que a partir de ese momento carecen de recursos, llegan al desierto y se convierten en rebeldes.

Otras veces se llega a un acuerdo. El colono europeo, asustado por el calor y el aspecto de la región, negocia con el paisano de la Cabilia que se convierte en su granjero.

Y el indígena, que se queda en su tierra, envía, tanto cuando el año es bueno como cuando es malo, mil quinientos o dos mil francos al europeo que ha regresado a Francia.

Esto equivale a la concesión de un estanco.

Otro sistema es:

La Cámara vota un crédito de cuarenta o cincuenta millones destinados a la colonización de Argelia.

¿Qué se hará con ese dinero? ¿Acaso se construirán presas, se replantarán las cimas para retener el agua, se harán esfuerzos para convertir en tierras fértiles las estériles llanuras?

En absoluto. Se expropia al árabe. Pero en Cabilia la tierra ha adquirido un valor considerable. En las mejores zonas alcanza los seiscientos francos la hectárea y por lo

general se vende a ochocientos francos.

Las cabilas que son propietarias viven tranquilas en sus explotaciones. Como son ricas no se sublevan, lo único que piden es que los dejen en paz.

¿Pero qué ocurre? Se dispone de cincuenta millones. La Cabilia es la parte más bella de Argelia. ¡Pues bien: se expropia a las cabilas en beneficio de colonos desconocidos!

¿Pero cómo se las expropia? Se les paga cuarenta francos por hectárea, es decir, por algo que vale por lo menos ochocientos francos.

Y el cabeza de familia se larga sin decir nada (es la ley) no se sabe dónde, con su gente, los hombres sin trabajo, las mujeres y los niños.

Este pueblo no es comerciante, ni industrial sino únicamente labrador.

Así pues, la familia vive mientras queda algo de la suma irrisoria que se le ha dado. Luego llega la miseria. Los hombres toman el fusil y siguen a un Bouamama cualquiera confirmando una vez más la idea de que Argelia sólo puede ser gobernada por un militar. Se dice:

—Dejamos al indígena en las zonas fértiles mientras no hay europeos y luego, cuando llegan, expropiamos al primer ocupante.

—Perfecto. ¿Pero qué harán cuando no tengan más zonas fértiles?

—¡Pues fertilizaremos!

—¡Vaya! ¿Y por qué no fertilizan ya, puesto que tienen cincuenta millones?

¡Será posible! Vemos a las compañías privadas crear presas gigantescas para dar agua a regiones enteras; sabemos, por los destacables trabajos de ingenieros de talento, que bastaría poblar de árboles determinadas cimas para ganar leguas de territorio agrícola rescatando el agua que corre bajo tierra, ¡pero son incapaces de hacer otra cosa que expulsar a las cabilas! Hay que admitir que en cuanto se franquea el Tell la tierra es yerma, árida, casi imposible de explotar. Sólo el árabe que se alimenta con dos puñados de harina al día y unos pocos higos, puede subsistir en estas regiones reseca. Un europeo no sabe cómo apañárselas aquí. De manera que, en realidad, no quedan más que unos pocos espacios restringidos donde instalar a los colonos, a menos que... se expulse a los indígenas. Y es lo que se hace.

En resumen, salvo los afortunados propietarios de la llanura de la Mitidja, además de los que han obtenido tierras en Cabilia mediante alguno de los procesos que acabo de indicar y, en general, salvo todos los que se encuentran instalados a lo largo del mar —en la estrecha franja de tierra que delimita el Atlas—, el resto de colonos se hunde en la miseria. Y Argelia ya sólo puede seguir recibiendo a un pequeño número de extranjeros. Si llegaran muchos más morirían de hambre.

Por lo demás, esta colonia es sumamente difícil de administrar por razones fáciles de comprender.

Grande como un reino europeo, Argelia está conformada por regiones muy diversas, habitadas por poblaciones esencialmente distintas. Y esto es lo que ningún gobierno parece haber comprendido hasta ahora.

Se requiere un conocimiento profundo de cada comarca para pretender gobernarla, pues una tiene necesidad de leyes, de reglamentos, de disposiciones y de precauciones totalmente distintas. Pero el gobernador, sea quien sea, ignora fatal y absolutamente todas las cuestiones de detalle y de costumbres, y no le queda más remedio que remitirse a los administradores que lo representan.

¿Quiénes son estos administradores? ¿Colonos? ¿Individuos criados en el país que están al corriente de todas sus necesidades? ¡En absoluto! Simplemente son los jovencitos que llegan de París tras los pasos del virrey.

Uno de esos jóvenes ignorantes administra a cincuenta o cien mil hombres. Comete una tontería tras otra y arruina la región. Es normal.

Existen excepciones. A veces el delegado todopoderoso del gobernador trabaja, procura aprender y comprender. Necesitaría diez años para ponerse un poco al corriente. Pero al cabo de seis meses lo cambian. Lo envían, por razones de familia, por conveniencias personales o por cualquier otra razón, de la frontera de Túnez a la de Marruecos, y vuelve a administrar con los mismos medios que empleaba antes, confiando en su primera experiencia, aplicando a esas poblaciones esencialmente distintas los mismos reglamentos y los mismos procedimientos.

De manera que no es un buen gobernador lo que se requiere ante todo, sino un buen entorno para el gobernador.

Para poner remedio a este lamentable estado de cosas, a estas costumbres desastrosas, se intentó crear una escuela de administración donde los principios elementales, indispensables para dirigir este país, se inculcarían a toda una clase de jóvenes. Fue un fracaso. La camarilla del señor Albert Grévy abortó el proyecto. Una vez más venció el favoritismo.

El personal de los administradores es pues reclutado de un modo dudoso. Es cierto que también hay algunos hombres inteligentes y trabajadores. Al final, cuando el gobierno se encuentra necesitado de candidatos capaces recurre a los antiguos oficiales de las oficinas árabes. Por lo menos éstos conocen bastante bien a los indígenas; pero es difícil admitir que su cambio de traje cambie inmediatamente sus principios administrativos; en cualquier caso no tiene sentido echarlos furiosamente cuando llevan el uniforme para acabar readmitiéndolos tan pronto como se ponen el capote.

Como ya estoy metido en este asunto delicado que es la administración de Argelia, quiero añadir algunas palabras acerca de una cuestión cuya solución debería ser rápida: se trata de los grandes caudillos indígenas que en realidad son los únicos administradores, los administradores todopoderosos de aquella parte de nuestra colonia comprendida entre Tell y el desierto.

Cuando empezó la ocupación francesa, se invistió con el título de agás o de *Bach agás* a los caudillos que ofrecían mayores garantías de lealtad, y de una autoridad más consolidada entre las tribus de toda una parte del territorio. Nuestra intervención habría sido impotente; la sustituimos por la de los caudillos árabes afines a nuestra

causa resignándonos por adelantado a las posibles traiciones, que fueron muy frecuentes. La medida era inteligente, política; y en resumen dio resultados excelentes. Algunos agás nos han prestado servicios considerables y gracias a ellos posiblemente se ha salvado la vida de varios miles de soldados franceses.

Pero que una medida haya sido excelente en un momento dado no hace que siga siendo perfecta, en especial si se tienen en cuenta todas las modificaciones que el discurrir del tiempo supone en un país en vías de colonización.

Actualmente la presencia de esos potentados, los únicos respetados en las tribus, los únicos a los que se obedece, es una causa de peligro permanente para nosotros, y un obstáculo insuperable para la civilización de los árabes. Sin embargo el bando militar parece defender enérgicamente el sistema de los caudillos indígenas contra la opinión de suprimirlas del bando civil.

No estoy en condiciones de tratar este serio asunto, pero basta hacer la excursión que hice entre las tribus para ver con toda claridad los enormes inconvenientes de la situación actual. Me limitaré a mencionar algunos hechos. La larga resistencia de Bouamama se debe casi únicamente al agá de Saida.

Cuando empezó la insurrección, este agá se reunió con la colonia francesa en compañía de sus *goums*. Por el camino encontró a los *trafis*, convocados con la misma intención, y se unió a ellos.

Pero el agá de Saida está cargado de deudas que no puede saldar. Posiblemente por la noche se le ocurrió la idea de hacer un saqueo pues reunió a su *goum* y se lanzó sobre los *trafis*. Éstos, aunque derrotados en el primer ataque, recobraron la ventaja al final y el agá de Saida se vio obligado a huir con sus hombres.

Pero como el agá de Saida es nuestro aliado, nuestro amigo, nuestro teniente, como representa a la autoridad francesa, los *trafis* estaban convencidos de que nosotros teníamos algo que ver con el asunto, y en lugar de acudir al campamento francés, desertaron y fueron inmediatamente a encontrarse con Bouamama, con el que siguen aún hoy, convertidos en su principal fuerza.

¿Acaso no es característico este ejemplo? Y el agá de Saida sigue siendo nuestro amigo fiel y desfilando con nuestra bandera.

Por otro lado se menciona a un célebre agá que nuestros jefes militares tratan con la mayor consideración, porque su influencia es considerable, y ejerce su dominio en un gran número de tribus.

A veces nos ayuda y a veces nos traiciona, según su conveniencia. Aunque oficialmente es un aliado de Francia, la cual le otorga la autoridad de que goza, favorece secretamente todas las insurrecciones.

Hay que admitir que traiciona indistintamente a una u otra parte en cuanto está en juego la posibilidad de saquear.

Tras haber participado de un modo clarísimo en el asesinato del coronel Beauprête, ahora está con nosotros. Pero sospechamos con bastante fundamento que participó en muchas de las conjuras contra nosotros.



Nuestro inquebrantable aliado, el agá de Frenda, nos ha advertido muchas veces del doble juego de este potentado. Hemos hecho oídos sordos porque presta servicios interesantes a la autoridad militar, aunque también presta otros servicios a nuestros enemigos.

Esta situación particular, la protección abierta que brindamos a este caudillo, le asegura impunidad para una multitud de faltas que perpetra asiduamente.

Esto es lo que ocurre: en toda Argelia, los árabes se roban los unos a los otros. No hay una sola noche en la que no se denuncie el robo de veinte camellos por aquí, el de cien corderos por allá, el de unos bueyes cerca de Biskra y el de unos caballos cerca de Djelfa. Nunca se encuentra a los ladrones. Y sin embargo no hay un solo oficial de la oficina árabe que no sepa dónde ha ido a parar el ganado robado. Está con el mencionado agá, que encubre a todos los bandidos del desierto. Los animales robados se incorporan a sus inmensos rebaños: se queda unos pocos como pago por su ayuda y vende los otros al cabo de un tiempo, cuando el peligro ha pasado.

Nadie en el sur ignora esta situación.

Pero como necesitamos a este hombre al que hemos dejado ganar una inmensa influencia, que aumenta cada día gracias a la ayuda que presta a todos los ladrones, cerramos los ojos.

Asimismo, este caudillo es inmensamente rico, mientras que el agá de Djelfa, por ejemplo, se arruinó en parte para servir a los intereses de la colonización, creando granjas, cultivando el campo, etc.

Actualmente, aparte de las cosas mencionadas, la presencia en las tribus de estos potentados ha dado lugar a un montón de nuevos inconvenientes aún más graves. Para darse cuenta de ello es preciso tener una noción exacta de la Argelia actual.

El territorio y la población de nuestra colonia se dividen de un modo muy limpio.

En primer lugar están las ciudades del litoral, que no mantienen con el interior de Argelia mayor relación que la que mantienen las ciudades francesas con la colonia. Los habitantes de las ciudades argelinas de la costa son esencialmente sedentarios y apenas notan las consecuencias de los acontecimientos que se producen en el interior, pero su acción en el territorio árabe es absolutamente nula.

La segunda zona, el Tell, se encuentra en parte ocupada por los colonos europeos. Pero el colono sólo ve en el árabe al enemigo al que disputar la tierra. Lo odia instintivamente, lo persigue incesantemente y lo despoja en cuanto puede. El árabe le paga con la misma moneda.

De manera que la hostilidad entre los árabes y los colonos impide que los últimos puedan llevar a cabo alguna intervención civilizatoria de los primeros. En esta región la situación es sólo medianamente problemática. Como el elemento europeo tiende siempre a eliminar el elemento indígena, dentro de muy poco tiempo el árabe arruinado o expropiado se refugiará más al sur.

Pero es indispensable que estos vecinos vencidos permanezcan tranquilos. Para ello, es preciso que nuestra autoridad se ejerza en todo momento, que nuestra

intervención sea incesante, y sobre todo que predomine nuestra influencia.

¿Qué es lo que ocurre hoy en día?

Las tribus, diseminadas en una extensión inmensa del territorio, jamás reciben la visita de europeos. Tan sólo los oficiales de las oficinas hacen de vez en cuando una ronda de inspección y se contentan con preguntar a los *caids* lo que ocurre en la tribu.

Pero el *caid* se encuentra bajo la autoridad del caudillo indígena, el agá o el *Bach agá*. Si este caudillo es de alta cuna, de una ilustre familia respetada en el desierto, su influencia es ilimitada. Todos los *caids* le obedecen como hubieran hecho antes de la ocupación francesa, y nada de lo que ocurre llega nunca a conocimiento de la autoridad militar.

Así pues, la tribu es un mundo que gira en torno al respeto y al temor al agá quien, de acuerdo con las tradiciones de sus ancestros, ejerce exacciones de todo tipo sobre los árabes, sus súbditos. Es el amo, obtiene todo lo que desea, ya sean cien corderos o doscientos, se comporta en definitiva como un tirano a pequeña escala; y, puesto que recibe de nosotros su autoridad, supone la continuación del antiguo régimen árabe con gobierno francés, la usurpación de la jerarquía, etc., sin contar con que nosotros no somos nada y que ignoramos completamente el estado de la región. A esta situación debemos los escasos indicios que tenemos de las revueltas hasta el momento mismo en que estallan.

De manera que la presencia de los grandes caudillos indígenas disminuye indefinidamente la influencia real y directa de la autoridad francesa sobre las tribus, que para nosotros siguen siendo un mundo cerrado.

¿El remedio? Es el siguiente: casi todos estos caudillos, excepto dos o tres, necesitan dinero. Habría pues que darles diez, veinte, treinta mil libras de renta en razón de su influencia y de los servicios prestados antes, y obligarles a vivir o bien en Argel o bien en otra ciudad del litoral. Algunos militares pretenden que esta medida provocaría una insurrección. Tienen sus razones para pensarlo... ya las conocemos. Otros oficiales, que viven en el interior, afirman por el contrario que supondría un alivio. Pero esto no es todo. Habría que reemplazar a estos hombres por funcionarios civiles, que vivieran siempre en las tribus y ejercieran una autoridad directa sobre los *caids*. De este modo, una vez eliminado este gran obstáculo, la civilización, poco a poco, podría penetrar en estas comarcas. Pero las reformas útiles tardan tiempo en llegar, tanto en Argelia como en Francia.

Al atravesar la Cabilia tuve una prueba de la completa impotencia de nuestra acción incluso en las tribus que viven entre europeos.

Iba hacia el mar, siguiendo el largo valle que conduce de Ben Mansur a Bugie. Delante nuestro, a lo lejos, una nube espesa y singular atravesaba el horizonte. Sobre nuestras cabezas el cielo era de aquel azul lechoso que adquiere el verano en estas regiones cálidas, pero a lo lejos una nube oscura con reflejos amarillos, que no parecía ni una borrasca, ni niebla, ni una de esas espesas tormentas de arena que pasan con la furia de un huracán, sepultaba con su sombra gris toda la región. Aquella

nube opaca, pesada, casi negra en la base y más ligera en las alturas del cielo, cortaba el amplio valle como si de un muro se tratara. Luego, de pronto creímos percibir en el aire inmóvil un olor vago de madera quemada. ¿Pero qué incendio gigante habría podido producir aquella montaña de humo?

En efecto era humo. Todos los bosques de la Cabilia ardían.

Penetramos enseguida en aquellas tinieblas sofocantes. Ya no se veía nada a más de cien metros. Los caballos respiraban con dificultad. Parecía que hubiera caído la noche, y una brisa insensible, una de esas brisas lentas que apenas mueven las hojas, empujaba aquella noche flotante hacia el mar.

Esperamos dos horas en una aldea a que llegaran noticias. Luego nuestro pequeño vehículo se puso en camino al tiempo que la verdadera noche se extendía por la tierra.

Un resplandor confuso, lejano aún, iluminaba el cielo como un meteorito. Crecía y seguía creciendo, se alzaba en el horizonte, más sangriento que brillante. Pero de pronto, en un brusco giro del valle, pensé que estaba frente a una ciudad inmensa, iluminada. Era una montaña entera, quemada, con toda la maleza convertida en cenizas mientras los troncos de los robles y de los olivos seguían incandescentes, como grandes carbones erguidos, miles de ellos, sin humear, parecidos a multitudes de luces colosales, alineadas o dispersas, como avenidas desmesuradas, plazas, calles tortuosas, simulando el azar, la confusión o el orden que observamos al ver de lejos una ciudad iluminada por la noche.

A medida que avanzábamos nos íbamos acercando al gran foco y la luz se hacía brillante. Sólo durante aquel día las llamas habían recorrido veinte kilómetros de bosque.

Cuando descubrí el foco del incendio, me quedé aterrorizado y encantado ante el espectáculo más terrible y más sobrecogedor que había visto jamás. El incendio, como una ola, avanzaba en una extensión inconmensurable. Arrasaba la región, avanzaba sin parar, muy veloz. La maleza ardía y luego se apagaba. Los grandes árboles, como antorchas inmensas, ardían lentamente, agitando grandes bocanadas de fuego, mientras la llama del monte bajo avanzaba embalada.

Durante toda la noche seguimos la monstruosa hoguera. Al alba alcanzamos el mar.

Encerrada por una cadena de montañas extrañas, de crestas dentadas, peculiares y encantadoras, de laderas arboladas, el golfo de Bugie, de un azul cremoso y no obstante claro, de una increíble transparencia, se vuelve más sinuoso bajo el cielo azul intenso, de un azul uniforme, petrificado.

Al fondo de la costa, a la izquierda, en la pendiente abrupta del monte, entre un manto de vegetación, la ciudad se apresura hacia el mar como un arroyo de casas blancas. Cuando penetramos en ella da la impresión de una de esas ciudades de ópera encantadoras e inverosímiles en las que soñamos a veces en nuestras alucinaciones de lugares increíbles.

La ciudad tiene casas moriscas, casas francesas y ruinas por todas partes, esas ruinas que vemos en primer plano en los decorados, frente a un palacio de cartón piedra.

Al llegar, erguida junto al mar, en el muelle donde atracan los transatlánticos, donde amarran esos barcos pesqueros de la región, cuyas velas parecen alas, en medio de un auténtico paisaje mágico, se encuentran unos restos tan magníficos que no parecen naturales. Es la vieja puerta sarracena, invadida por la yedra.

Y en los bosques frondosos en torno a la ciudad, hay ruinas por todas partes, trozos de muralla romana, pedazos de monumentos sarracenos, restos de construcciones árabes.

El día transcurrió tranquilo y abrasador, y luego llegó la noche. Entonces se nos ofreció una visión sorprendente de todo el golfo. A medida que las sombras se espesaban un nuevo resplandor distinto al del día invadía el horizonte. El incendio, como un ejército que asediara, sitiaba la ciudad, la rodeaba. Nuevos focos, encendidos por las cabilas, aparecieron uno tras otro, reflejados de un modo maravilloso en las quietas aguas del amplio puerto rodeado por las costas encendidas. El fuego a veces cobraba el aspecto de una guirnalda de farolillos venecianos, de una serpiente de anillos de fuego retorciéndose y reptando en las ondulaciones de la montaña, y a veces surgía como una erupción de volcán, con un centro resplandeciente y una inmensa bocanada de humo rojo, según consumiera las extensiones cultivadas de monte bajo o los bosques de monte alto.

Permanecí seis días en aquella región en llamas, y luego partí por aquel camino incomparable que rodea el golfo y va recorriendo las montañas, oculto tras bosques y con vista sobre más bosques y sobre una cantidad interminable de arena, la arena dorada que bañan las olas tranquilas del Mediterráneo.

Unas veces el incendio alcanzaba el camino y había que bajar del coche para retirar los árboles ardientes que habían caído delante nuestro; otras veces avanzábamos al galope de los cuatro caballos, entre dos oleadas de fuego, una descendiendo al fondo de un barranco donde corría un gran torrente, y otra escalando hasta las cimas, corroyendo la montaña y desollándola. El paisaje incendiado, apagado y convertido en cenizas, parecía cubierto de un velo negro, de un velo de duelo.

En ocasiones atravesamos lugares aún intactos. Los colonos, inquietos, de pie en el umbral de sus puertas, nos pedían noticias del fuego, informándose igual que se informaba la gente en Francia, durante la guerra con Alemania, sobre el avance del enemigo.

Vimos chacales, hienas, zorros, liebres, cien animales distintos, que huían ante el desastre, enloquecidos por el terror a las llamas.

En un recodo del valle vi de repente los cinco hilos telegráficos tan cargados de golondrinas que cedían de un modo extraño, formando entre poste y poste cinco guirnaldas de pájaros.

Pero el cochero hizo chasquear su látigo. Una nube de animales alzó el vuelo, se dispersó en el aire, y los grandes hilos de hierro, aliviados de pronto, se distendieron de un salto como la cuerda de un arco. Todavía temblaron un buen rato, agitados por vibraciones cada vez menos intensas.

Muy pronto penetramos en las gargantas de Chabet-el-Akhra. Dejamos el mar a la izquierda y entramos en la montaña entreabierta. Este paso es uno de los más grandiosos que pueden verse. La brecha es a menudo angosta: unos picos de granito, pelados, rojizos, negros o azules, se acercan de tal modo que a su pie sólo queda un reducido paso para el agua; y el camino no es más que una delgada cornisa tallada en la misma roca, por encima del torrente que fluye.

El aspecto de esta garganta árida, salvaje y soberbia cambia constantemente. Las dos murallas que la forman ascienden a veces a casi dos mil metros y el sol no puede penetrar en las profundidades de aquel pozo más que cuando se encuentra justo encima.

A la salida se encuentra la aldea de Kerrata. Sus habitantes llevaban ocho días observando cómo el humo negro del incendio salía del sombrío desfiladero como si se tratara de una chimenea gigante.

El gobierno de Argelia pretendió luego que aquel desastre, que se hubiera podido evitar fácilmente con un poco de previsión y determinación, no era culpa de las cabilas. También se dijo que los bosques quemados no superaban las cincuenta mil hectáreas.

He aquí un despacho del subprefecto de Philippeville:

«El alcalde y el administrador de Jemmapes me han informado de que se han quemado todas las concesiones forestales y de que el fuego ha arrasado todos los aduares del municipio mixto. Las ciudades de Gastu, Ain-Cberchar, y el Djendel están amenazadas.

»En Philippeville todos los bosques han ardidido.

»Las llamas se han apoderado de Stora, Saint-Antoine, Valée, Damrémont.

»En El-Arruch pocos estragos aparte de quinientas hectáreas quemadas en los aduares de Ulad Messaud, Hazabra y El-Ghedir.

»En Saint-Charles unas seiscientas hectáreas quemadas entre Ued-Deb y Ued-Gudi, así como ochocientas hectáreas al noroeste y al suroeste. Destruídos el forraje y las chabolas.

»En Collo y en Attia el fuego lo ha destruido todo.

»Las concesiones de los Teissier, los Lesseps, los Levat, los Lefrebvre, los Sider, los Bessin, etc., han sido completa o parcialmente arrasadas. Más de cuarenta mil hectáreas de bosques patrimoniales. Las llamas han devorado las granjas y las casas de Zériban. Ha habido numerosas víctimas. Esta mañana hemos enterrado a tres zuavos que murieron por exceso de celo cerca de Valée.

»Los daños son incalculables y ni siquiera cabe realizar una estimación aproximada.

»El peligro ha desaparecido en gran parte a causa de la destrucción de los bosques. Asimismo el viento ha cambiado de dirección, y creo que podremos controlar los últimos fuegos, especialmente en las propiedades de los Besson, de Collo y en Estaya, cerca de Robertville.

»Ayer envié a ciento cincuenta soldados de las tropas a Collo y requisé un transatlántico de pasajeros.

»A esto se añaden los incendios de los bosques de Zeramna, de Fil-Fila, de Fendeck, etc.».

El señor Bisern, adjudicatario durante catorce años de los bosques de El-Milia, escribió lo siguiente:

«Mi personal actuó con la máxima energía. Se expuso a grandes peligros, y en dos oportunidades estuvimos a punto de dominar el fuego. Todo fue en vano. Mientras lo combatíamos por un lado los árabes lo encendían en muchos otros puntos».

Y ésta es la carta de un propietario:

«Tengo el honor de notificarles que, hacia la mitad de la noche del domingo al lunes, mi granjero Ripeyre, que estaba de guardia en mi propiedad situada por encima del campo de maniobras, presencié cuatro tentativas de incendio: en los terrenos municipales, a unos cuantos metros de mi propiedad, otra encima de Damrémont y la cuarta encima de Valée. Como no había viento el fuego no se propagó».

Y éste es un despacho de Djidjelli:

«Djidjelli, 23 de agosto, a las 3.16 h. de la noche.

»El fuego arrasa la concesión forestal de los Reni-Amram, que pertenece al señor Carpentier Edouard de Djidjelli.

»La noche antes prendió en veinte puntos distintos. Un peón de la cantera que venía de la mina de Cavalho vio con claridad todos los focos.

»Esta mañana, prácticamente delante de las narices del *caid* de Amar-ben-Habiles, de la tribu de los Beni-Fughal, el fuego prendió en el lado de Mezrech, y un cuarto de hora más tarde prendía en otro punto del mismo lado, en sentido contrario al viento.

»Por último, en el mismo instante, a cuatrocientos pasos del grupo

formado por el *caid* y cincuenta hombres de su tribu, de nuevo en la dirección opuesta al viento, estallaba un nuevo foco.

»Así pues resulta evidente que el fuego lo ha provocado la población indígena cumpliendo órdenes de alguien».

Añadiré que, cuando yo mismo pasé seis días inmerso en la región incendiada, vi con mis propios ojos, en una sola noche, surgir el fuego en ocho puntos distintos, en medio del bosque, a diez kilómetros de cualquier vivienda.

Lo cierto es que si ejerciéramos una vigilancia activa en las tribus estos desastres, que se repiten cada cuatro o cinco años, no tendrían lugar.

El gobierno cree haber hecho lo que corresponde al renovar, cuando se acercaban las altas temperaturas, las instrucciones relativas al establecimiento de puestos de vigilancia instituidas por el artículo 4 de la ley del 17 de julio de 1874. Dicho artículo reza así:

«En las regiones forestales, durante el periodo comprendido entre el 1 de julio y el 1 de noviembre, las poblaciones indígenas están obligadas, so pena de lo establecido en el artículo 8, a prestar un servicio de vigilancia que será establecido por el gobernador general».

Sospechamos que los indígenas quieren quemar los bosques... ¡y les confiamos su vigilancia!

¿Acaso no es de una ingenuidad monumental?

Sin duda este artículo se ejecutó fielmente. Cada indígena ocupaba su puesto... Lo único que ocurre es que lo hacían... para prender fuego.

Es cierto que hay otro artículo que prescribe una vigilancia especial ejercida por parte de un oficial designado cada año por el gobernador general.

Pero ese artículo nunca o casi nunca se ejecuta.

Añadamos que la administración forestal, tal vez la más intrincada de las administraciones argelinas, suele hacer todo lo necesario para exasperar a los indígenas.

En fin, para resumir la cuestión de la colonización: el gobierno, con el propósito de favorecer que se establezcan los europeos, emplea con los árabes medios absolutamente inicuos. ¿Y por qué no iban a suscribir los colonos un sistema que conviene tanto a sus intereses? Sin embargo, es necesario constatar que, desde hace algunos años, los hombres más capaces, los más expertos en todos los asuntos culturales, parecen haber dirigido a la colonia en una dirección sensiblemente mejor. Argelia es cada vez más productiva gracias a los esfuerzos de los últimos pobladores. La población que se forma ya no trabaja sólo por intereses personales sino también a favor de los intereses franceses.

Lo cierto es que en manos de estos hombres la tierra dará lo que nunca habría

dado en manos de los árabes; y también es cierto que la población primitiva desaparecerá lentamente: es indudable que tal desaparición será muy provechosa para Argelia, pero es indignante que ocurra en las condiciones en que lo está haciendo.



## Constantina

De Chabet hasta Sétif nos da la impresión de atravesar una región de oro. Las cosechas, cortadas muy arriba y no a ras de suelo como en Francia, pisoteadas por los rebaños, mezclan su amarillo claro de paja con el rojo más intenso del sol y dan a la tierra la tez cálida y rica de los dorados envejecidos. Satif es una de las ciudades más feas que cabe imaginar. Luego, hasta Constantina, se atraviesan llanuras interminables. Los ramilletes de hierbas, de vez en cuando, las hacen parecer una mesa de pino sobre la que se hubieran esparcido árboles de Nuremberg.

Y aquí está Constantina la fenomenal, Constantina la extraña, protegida por una especie de serpiente enroscada a sus pies, el Roumel, el fantástico Roumel, río de poema que parece un sueño de Dante, un río infernal que corre al fondo de un abismo rojo como si las llamas eternas lo hubieran hecho arder. Este río celoso y sorprendente ha convertido a su ciudad en una isla: la rodea con un precipicio terrible y tortuoso de rocas resplandecientes y extrañas, con unas murallas empinadas y dentadas.

Los árabes dicen que la ciudad tiene el aspecto de un albornoz extendido. La llaman Belad-el-Haua, la ciudad del aire, la ciudad del barranco, la ciudad de las pasiones. Domina valles admirables llenos de ruinas romanas, de acueductos de arcadas gigantes, asimismo cubiertas de una maravillosa vegetación. Está dominada por las alturas de Mansura y de Sidi-Meçid.

Aparece encima de su roca, protegida por su río, como una reina. Un dicho antiguo la honra: «Bendecid» les dice a sus habitantes «la memoria de vuestros ancestros que construyeron vuestra ciudad sobre una roca. Normalmente los cuervos defecan sobre la gente mientras que vosotros defecáis sobre los cuervos».

Las bulliciosas calles tienen más movimiento que las de Argel, la vida hierve en ellas, constantemente atravesadas por los seres más diversos, árabes, bereberes, *biskris*, *mzabis*, negros, moras con velo, *spahis* rojos, turcos azules, *kadis* graves, oficiales relucientes. Y los comerciantes empujan a sus asnos —los pequeños burros de África, no más altos que los perros—, a sus caballos, o a sus camellos lentos y majestuosos.

Bienvenidas sean las judías. Aquí son de una belleza magnífica, severa y encantadora. Pasan revestidas más que vestidas, cubiertas en telas brillantes, con un conocimiento incomparable de los efectos, de los matices, de lo que más conviene para resaltar su belleza. Llevan los brazos desnudos desde los hombros, unos brazos de estatua que exponen intrépidamente al sol, igual que sus rostros serenos de líneas puras y rectas. Y el sol parece incapaz de morder esa carne pulida.

Pero la alegría de Constantina es la multitud de niñas, las niñas. Emperifolladas como si fueran a una fiesta de disfraces, con vestidos hasta los pies de seda azul o roja, con largos velos de oro o de plata en la cabeza, con las cejas perfiladas, alargadas como un arco por encima de los dos ojos, con las uñas pintadas, las mejillas

y la frente a veces tatuadas con una estrella, y con la mirada audaz y desafiante, atenta a los admiradores, caminan a saltitos de la mano de algún árabe esbelto, su sirviente.

Se diría que estamos en un país de cuento de hadas, un país de amables mujercitas; pues esas chiquillas tienen el aspecto de mujeres a causa de sus trajes, de su coquetería incipiente, del maquillaje en sus rostros. Atraen la mirada, como las mujeres, son encantadoras, inquietantes e irritantes como monstruos adorables. Parece un internado de cortesanas de diez años, semillas de amor que acabaran de eclosionar.

Nos encontramos ahora delante del palacio de Hadj-Ahmed, que según dicen es una de las muestras más logradas de la arquitectura árabe. Todos los viajeros la alaban y la comparan con las casas de *Las mil y una noches*.

Si no fuera por los vergeles exteriores que le dan un carácter oriental muy hermoso, no tendría nada de especial. Necesitaría un libro entero para explicar todas las infamias del que la construyó con los materiales preciosos arrebatados, extraídos de las ricas casas de la ciudad y de sus alrededores.

El barrio árabe de Constantina ocupa media ciudad. Las calles inclinadas, embrolladas, más estrechas aún que las de Argel, llegan justo hasta el borde del abismo por donde corre el Roumel.

Antaño ocho puentes atravesaban este precipicio. Seis de ellos están hoy en ruinas. Sólo uno, de origen romano, nos permite darnos una idea de lo que fue. El Roumel, de vez en cuando, desaparece bajo unos arcos colosales que él mismo ha abierto. En uno de ellos se edificó el puente. La bóveda natural por donde pasa el río se eleva cuarenta y un metros y su grosor es de dieciocho metros, de manera que los fundamentos de la construcción romana se encuentran a cincuenta y nueve metros por encima del agua, y el propio puente tenía dos niveles, dos hileras de arcos superpuestos sobre el arco gigante natural. Hoy un puente de hierro de un solo arco permite la entrada a Constantina.

Pero hay que partir para ir a Bône, una hermosa ciudad blanca que recuerda las ciudades de las costas de Francia en el Mediterráneo.

El Kléber calienta las calderas en el muelle. Son las seis. El sol se hunde a lo lejos, detrás del desierto, cuando el paquebote se pone en marcha.

Permanezco en el puente hasta que anochece, con la mirada hacia la tierra que desaparece en una nube rojiza, en la apoteosis de la puesta de sol, en una ceniza de oro rosado que salpica el gran manto azul del cielo tranquilo.

## La patria de Colomba<sup>[19]</sup>

Ajaccio, 24 de septiembre de 1880

El puerto de Marsella susurra, se mueve, palpita bajo una lluvia de sol, y la dársena de la Joliette, donde centenares de paquebotes lanzan al cielo su humareda negra y su vapor blanco, está llena de gritos y de trasiego a causa de las salidas inmediatas.

Marsella es la ciudad indispensable en esta costa árida, que parece devastada por una lepra.

Los árabes, los negros, los turcos, los griegos, los italianos y muchos otros, casi desnudos, vestidos con andrajos extravagantes, comen porquerías incalificables, en cuclillas, echados, repantigados al calor del cielo ardiente, la escoria de todas las razas marcada por todos los vicios, seres errantes sin familia, sin vínculos con el mundo, sin leyes, viviendo cada día al azar en aquel puerto inmenso, dispuestos a hacer cualquier trabajo a cualquier precio, rondando por ahí del mismo modo que a ellos les ronda la miseria, convierten esta ciudad en una especie de estercolero humano donde desemboca y fermenta toda la podredumbre de Oriente.

Pero un gran paquebote de la compañía transatlántica abandona lentamente su punto de amarre lanzando mugidos prolongados, pues el silbido ya no existe; ha sido reemplazado por una especie de grito animal, una voz formidable que sale del vientre humeante del monstruo. El navío pasa muy suavemente en medio de sus hermanos a punto de zarpar y cuyos flancos están llenos de rumores: sale del puerto y de pronto se lanza, arrebatado de entusiasmo, abre el mar, deja tras de sí una inmensa estela, mientras las costas desaparecen y Marsella se hunde en el horizonte.

Cae la noche: la gente sufre, echada en camas estrechas, y sus dolorosos suspiros se mezclan con el zumbido precipitado de la hélice que hace temblar los tabiques, así como con el rumor del agua tragada y vomitada que espumea por el pecho del paquebote cuyos ojos encendidos, uno verde y el otro rojo, miran a lo lejos, entre las sombras. Luego el horizonte palidece en dirección a oriente y en la claridad dudosa del alba aparece una mancha gris en el agua, a lo lejos. Aumenta como si surgiera de las olas, se recorta, festonea de un modo extraño sobre el azul naciente del cielo; y finalmente se distingue una sucesión de montañas escarpadas, salvajes, áridas, de duras formas, de aristas puntiagudas como lanzas: es Córcega, la tierra de la *vendetta*, la patria de los Bonaparte.

Unos islotes pequeños, con sus faros, aparecen a lo lejos: se llaman los *Sanguinaires* e indican la entrada al golfo de Ajaccio. Este golfo profundo se hunde en medio de unas colinas encantadoras, cubiertas de olivos que a veces atraviesan, como si fueran esqueletos de granito, unos enormes peñascos grises más altos que los árboles. Luego, tras un recodo, aparece la ciudad completamente blanca, posada al pie de una montaña con su gracia meridional, y proyecta en el azul violento del

Mediterráneo el reflejo de sus casas italianas de techo plano. El gran barco echa el ancla a doscientos metros del muelle y el representante de la Compañía transatlántica, el señor Lanzi, advierte a los pasajeros de la rapacidad de los marineros que operan el desembarco.

La ciudad, hermosa y limpia, ya parece aplastada, a pesar de la hora matutina, por el ardiente sol del Midi. Las calles están llenas de lindos árboles, y en el aire hay una suerte de sonrisa de bienvenida donde flotan perfumes desconocidos, aromas fuertes, ese olor salvaje de Córcega, que enternecía al gran Napoleón incluso al morir en su peñasco de Santa Helena.

Tardamos poco en advertir que nos encontramos en la patria de Napoleón. Hay estatuas del Primer Cónsul y Emperador por todas partes, bustos, imágenes, inscripciones, nombres de calles en su memoria.

Las palabras que oímos al azar en las plazas públicas atraen nuestra atención. ¿Cómo es posible que todavía se charle de política en este lugar, que se enciendan las pasiones, que se consideren sagradas cosas que ahora ya no nos interesan más que unas buenas jugadas en una partida de cartas? Es verdad que Córcega está muy atrasada, a pesar de lo cual se diría que se prepara un acontecimiento. Hay mucha más gente condecorada que en el *boulevard* des Italiens, y los consumidores del café Solferino echan miradas belicosas a los consumidores del café Roi-Jérôme. Dan toda la impresión de estar listos para el combate, pero cuando se acerca un señor se levantan como un solo hombre y saludan con respeto. El señor se da la vuelta... diría que es... ¡El conde de Benedetti! Y ahí están los señores Pietri, Galloni de Istria, el conde Multedo, y veinte otros nombres igualmente conocidos en el ejército bonapartista.

¿Qué ocurre? ¿Acaso prepara Córcega una incursión en Marsella?

Pero los habituales del café Solferino se incorporan a su vez, agitan sus sombreros ante dos personajes que pasan y gritan todos a una «¡Viva la República!». ¿Y quiénes son esos señores? Me acerco y reconozco al conde Horace de Choiseul-Praslin. ¿Cómo es posible que el diputado de Melun se encuentre en esta región? Vuelvo al café Roi-Jérôme y pregunto a un parroquiano, que me responde con agudeza que «¡a falta de la anguila de Melun gustosamente nos comeríamos a un mirlo corso!». El conde Horace de Choiseul es miembro del consejo general y la sesión va a empezar.

De manera que en esta tierra de Córcega donde el recuerdo de Napoleón todavía está tan fresco y tan vivo, tal vez va a entablarse una lucha definitiva entre el ideal republicano y el ideal monárquico. Los paladines de la República también cuentan con nombres célebres en el país, y su punta de lanza es el alcalde de Ajaccio, el señor Peraldi, muy apreciado y al que se considera muy capaz.

Por más que la política me resulte completamente extraña, este combate es demasiado interesante para perderselo, y entro en la prefectura con la multitud creciente de los consejeros generales. Un hombre encantador, el señor Folacci, que

representa a uno de los cantones más bonitos de Córcega, Bastelica, logra que me den acceso al santuario.

Allí hay cincuenta y ocho hombres, que ocupan dos largas mesas cubiertas de tapetes verdes. Las cabezas brillan como cuando miramos desde arriba la cámara de diputados. Veintiocho están sentados a la derecha, treinta a la izquierda. Los republicanos van a ganar.

Un personaje condecorado con aire arrogante, que representa al gobierno, está sentado a la derecha del presidente de honor, el doctor Gaudin.

—¡Que entre el público!

El público entra por una puerta reservada. ¡Misterio!

El señor Pitti-Ferrandi, catedrático, profesor de derecho, se incorpora y pide la palabra para reclamar la expulsión del señor Emmanuel Arène.

¿Quién no ha visto una de esas sesiones de la Cámara, una de esas sesiones tempestuosas donde los diputados gesticulan como locos y maldicen como carreteros, una de esas sesiones que nos llenan de cólera y de desprecio por la política y por todos los que la practican?

Pues bien, la primera sesión del Consejo general ha estado a punto de cobrar ese aire, pero los señores representantes de Córcega son aparentemente gente de lo mejorcito, pues se detuvieron justo a tiempo.

Todos estaban de pie, todos hablaban al mismo tiempo, vocecitas agudas subían de tono, voces de toro bramaban discursos de los que no se entendía una sola palabra. ¿Quién tenía razón?... ¿Quién se equivocaba?... El gobierno declaró perentoriamente que puesto que toda discusión sobre aquel asunto era ilegal, se vería obligado a abandonar la sala si se iba más allá. Sin embargo, como el Consejo general había decidido, a proposición de la izquierda, votar la cuestión sometida a discusión, el susodicho gobierno, posiblemente confiando en una victoria para los suyos, participó con su voto tan ilegal en apariencia como la discusión que debía sucederla, pero al verse batido, como la derecha salió victoriosa, se retiró seguido de toda la izquierda...

¿Cuándo se hará política de buena fe en lugar de hacer únicamente política partidista? Tal vez nunca, pues la misma palabra «política» parece haberse convertido en sinónimo de «mala fe arbitraria, pérfida, tramposa y delatora».

Sin embargo la ciudad de Ajaccio, tan bonita en su golfo azul, rodeada de olivos, de eucaliptos, de higueras y de naranjos, espera que se lleven a cabo los trabajos necesarios para llegar a ser la residencia de invierno más encantadora de todo el Mediterráneo.

Es preciso organizar los placeres que atraerían a los viajeros del continente, estudiar los proyectos, votar los fondos, y los habitantes inquietos aguardan desde hace ya ocho días para ver si la segunda mitad del Consejo general consiente en subir a la sala donde espera la primera mitad, cuyo número es insuficiente para iniciar por sí sola las deliberaciones.

Las grandes cumbres muestran por encima de las colinas su puntas de granito rosa y gris; cada noche llega desde las montañas el olor del monte bajo que arrastra el viento; en este lugar hay desfiladeros, torrentes, picos más hermosos que las cabezas de los políticos, y de pronto me acuerdo de un amable predicador, el padre Didon, al que conocí el año pasado en la casa del pobre Flaubert.

¿Y si fuera a ver al padre Didon?

*La Patria de Colomba* apareció en el *Gaulois* del 27 de septiembre de 1880.

# El monasterio de Corbara

## Una visita al padre Didon

Los Alpes son más impresionantes que las montañas de Córcega: sus cimas siempre están nevadas, sus accesos son casi impracticables, y sus abismos extraordinarios donde oímos rodar torrentes sin llegar a verlos, constituyen algo así como un reino de lo terrible y lo escarpado. Las montañas de Córcega, menos altas, tienen un carácter completamente distinto.

Son más familiares, de acceso más fácil e incluso en las partes más salvajes carecen de ese aspecto de siniestra desolación que advertimos por todas partes en los Alpes. Y además, siempre arde un sol deslumbrante. La luz chorrea como agua por sus flancos unas veces cubiertos de árboles inmensos, que de lejos parecen espuma, otras desnudos, mostrando al cielo su cuerpo de granito.

Incluso al abrigo de los bosques de castaños, algunos rayos de luz logran atravesar el follaje, nos queman la piel, calientan la sombra y la animan.

Para ir a de Ajaccio al monasterio de Corbara se pueden tomar dos caminos, uno que va a través de las montañas y el otro que bordea el mar.

El primero serpentea incesantemente en una pendiente medianamente inclinada a través de un monte bajo muy espeso, a lo largo de precipicios donde nunca caemos, domina ríos casi secos en esta estación, atraviesa aldeas de cinco casas colgadas como nidos en los salientes de las rocas, pasa por delante de pequeños manantiales donde beben los viajeros extenuados y por delante de numerosas cruces que anuncian que allí ha muerto un hombre: casi siempre es una bala la que ha matado a los pobres diablos que descansan a un lado del camino.

Como quería ir a Corbara para darle un apretón de manos al padre Didon, escogí el camino de las montañas para llegar. No hay hoteles, ni alberges, ni siquiera cafés donde pasar la noche en caso de necesidad. Así que se pide hospitalidad como antaño: la casa de los corsos siempre está abierta a los extranjeros.

Al llegar a una aldea adorable, Létia, desde donde se vislumbra un horizonte magnífico de cimas y valles, ya no pude seguir, retenido una y otra vez por la insistencia de las familias Paoli y Arrighi, que cada noche organizaban cacerías o excursiones para que me quedara más tiempo.

Después de atravesar los inmensos bosques de Aitone y de Valdoniello, el valle de Niolo, la cosa más bella que he visto en el mundo después del Mont Saint-Michel y de una parte de la Balagne, la región de los olivos, volví a desembocar en el mar cerca de Corbara.

El paisaje es grandioso y melancólico. Una playa inmensa se extiende en semicírculo, cerrada a la izquierda por un pequeño puerto casi abandonado por los

habitantes (aquí la fiebre ha dejado todas las llanuras despobladas), y que limita a la derecha con un pueblo dispuesto en forma de anfiteatro, Corbara, situado sobre un promontorio.

El camino que me conduce al monasterio pasa a media altura, al pie de un monte coronado por un puñado de casas que se recortan en el cielo azul, tan arriba que sentimos pena por el esfuerzo de los habitantes obligados a subir hasta allí. Esta aldea se llama Santo Antonino. A la derecha del camino descubrimos una pequeña iglesia del siglo trece, de estilo puro, cosa rara en este país sin monumentos y sin ningún arte nacional. Según me han dicho la construyeron los pisanos. Más lejos, en un pliegue de la montaña, al pie de un pico esbelto en forma de pan de azúcar, un gran edificio gris y blanco domina el horizonte, los campos inclinados, la llanura, el mar: es el convento de los dominicos.

Un monje italiano me introduce en el convento, no comprende nada de lo que le digo, y me habla inútilmente. Le doy mi tarjeta, donde escribo: «Para el Reverendo Padre Didon». Y entonces se marcha, tras indicarme una puerta de la estancia. Es el parlatorio y aguardo en él.

La primera vez que vi al padre Didon fue en casa de Gustave Flaubert.

Había pasado el día con el inmortal escritor y, como tenía que cenar con él, hacia las siete entramos juntos en el salón de su sobrina. Un sacerdote, vestido de blanco, con cabeza de persona inteligente, de grandes ojos oscuros atravesados por una llama, gestos lentos, voz dulce y muy atemperada, hablaba sentado en un sofá. Me enteré de su nombre cuando nos presentaron y recuerdo que siguió hablando un rato con soltura de cosas mundanas, y dominaba París tanto como nosotros, admiraba muchísimo a Balzac y conocía perfectamente a Zola, cuyo *L'Assommoir* estaba dando que hablar.

Después de aquella ocasión he vuelto a ver muchas otras veces al orador preferido de las bellas damas elegantes, y siempre lo he encontrado muy amable, un hombre de espíritu muy abierto y de maneras sencillas a pesar de su exitosa elocuencia.

Estaba pensando en nuestro último encuentro en París, un día después de que diera una de sus conferencias más destacadas, cuando un ruido de pasos me hizo girar la cabeza. El padre Didon estaba de pie en el umbral de la puerta.

No había cambiado nada; tal vez había engordado un poco a causa de la vida tranquila del claustro; seguía teniendo aquella mirada luminosa de apóstol y de «transformador» que resulta casi tan útil como el gesto al orador, y la misma sonrisa tranquila arrugaba un poco la mejilla alrededor de su boca, que se abría ampliamente con cada palabra. Esperaba mi visita, anunciada por su amigo, el señor Nobili-Savelli, consejero general procedente de Ajaccio.

Entonces hablamos de París y el amor compartido por esa admirable ciudad nos mantuvo durante un largo rato el uno frente al otro.

Me interrogaba, pedía noticias, se interesaba por todo, volviendo a sus recuerdos como si recayera en una fiebre mal curada.

Por mi parte me interesé por él; se incorporó y mientras subíamos la montaña que



domina el monasterio me contó su vida.

—Al llegar aquí —me dijo— tuve la impresión de estar muerto, ¿porque acaso no es morir renunciar de pronto a todo lo que llenaba nuestra existencia? Después reconocí que el hombre tiene el espíritu dúctil y vivaz, así que me fui acostumbrando poco a poco a los lugares, a las cosas, a esta vida nueva; y ahora ni siquiera tengo el deseo de irme, pues he emprendido trabajos que requieren mucho tiempo.

Se detuvo observando el horizonte inmenso, el Mediterráneo tan azul que brillaba bajo el sol y, a su derecha, la montaña alta y puntiaguda cuya cima soporta una gran cruz negra.

—Soy de montaña —dijo— y este país salvaje no me da ningún miedo. Por otra parte estudio todo el tiempo, y las quince o dieciséis horas de vida que paso despierto cada día ni siquiera me parecen largas.

Se puso a andar de nuevo y, como le presioné bastante, reconoció sonriendo que en París se trabaja mejor que en cualquier otro sitio, en medio de esa furiosa excitación cerebral, de las constantes luchas, de la emulación encarnizada que nos exalta.

—¿Nunca ha tenido —le pregunté— un deseo intenso de volver?

—No —me dijo— yo vivo únicamente para mis ideas, para mi fe. Mi persona no cuenta, yo sólo soy una palanca. Tengo una fe apasionada y mi único deseo es comunicarla, volcarla en otros.

Pero cuando le hablé de un obispado que, según había leído en los periódicos, le habrían ofrecido, se puso a reír abiertamente.

—Esa noticia es una tontería —dijo— no es aquí donde me han ofrecido un obispado.

Y después, con un tono más grave, prosiguió:

—Por lo demás, soy sólo un apóstol y no cambiaría el púlpito de san Pablo por el mayor obispado del mundo.

Le pregunté si pensaba seguir mucho tiempo en aquel retiro. Lo ignoraba, y además era indiferente al porvenir, entregado por completo a sus creencias ideales, a ampliar sus estudios, a ver el mundo a distancia y a juzgarlo con perspectiva desde un fervoroso amor por la verdad y un odio inmenso hacia cualquier hipocresía. Luego añadió:

—Sin duda me iré mucho antes de lo que cualquiera de los dos pueda imaginar, pues seguramente vamos a ser expulsados en unos pocos días.

Y así me enteré de la caída del ministerio de Freycinet.

Anochece: el sol, más encarnado, descendía hacía un mar de un azul más intenso. Todo el valle a nuestra izquierda estaba bajo la sombra de un monte; los grillos ruidosos de las regiones cálidas empezaron a cantar. Desde hacía unos instantes el padre Didon tenía los ojos alzados hacia la elevada montaña coronada por una cruz.

—¿Quiere acompañarme arriba? —dijo.

Se lo agradecí, porque quería subir a Calvi, pero le pregunté:

—¿Usted va a subir hasta allá arriba?

Me respondió:

—Voy a menudo al atardecer y me quedo hasta que anochece, perdido en la contemplación del mar, casi sin pensar en nada, admirando más con la sensación que con el pensamiento.

Calló un momento y luego añadió:

—Desde arriba veo las costas de Francia.

Ya me estaba despidiendo de él cuando me ofreció visitar su celda. Era espaciosa y completamente blanca, con una ventana abierta que daba al mar; encima de su mesa había papeles esparcidos, completamente llenos de anotaciones. Luego me marché.

Mucho después, cuando había llegado al camino que hay en la llanura y que serpentea al borde de las olas, me di la vuelta para echar una última mirada al monasterio y, al levantar la mirada más arriba, hacia el pico esbelto recortado en el espacio, percibí al pie de la cruz, casi invisible, un punto blanco inmóvil que destacaba sobre el azul del cielo: era el largo hábito del padre Didon que miraba el mar y las costas de Francia.

Entonces me invadió la tristeza al pensar en aquel hombre sincero y honesto, entusiasta de sus creencias, franco y desprovisto de hipocresía, que defendía apasionadamente su causa porque la creía justa y confiaba en la Iglesia; enviado a aquel peñasco, por haberse desentendido de la hipocresía habitual.

Por lo que a mí respecta si al hacerme viejo, mi reverendo padre, me convierto en un eremita, cosa que dudo, vendré a rezar a vuestra montaña.

Pero el padre Didon no era el único monje al que acabaría viendo en aquel viaje: al día siguiente, al caer la noche, atravesé las calancas de Piana.

Primero, me detuve estupefacto ante unos asombrosos peñascos de granito rosa, de una altura de cuatrocientos metros, extraños, tortuosos, retorcidos, roídos por el tiempo, sangrantes bajo las últimas llamas del crepúsculo que les daban la forma de un pueblo de cuento fantástico, petrificado por algún poder sobrenatural.

Alternativamente percibí a dos monjes de pie, de un tamaño gigantesco, a un obispo sentado, con la cruz en la mano y la mitra en la cabeza, y luego unas figuras prodigiosas, un león agachado a un lado de la carretera, una mujer que amamantaba a su niño y una cabeza de diablo inmensa, cornuda, que gesticulaba, sin duda el guardián de aquella masa de cuerpos aprisionados en la piedra.

Después del «Niolo», cuya sobrecogedora y árida soledad posiblemente no despierte la admiración de todo el mundo, las calancas de Piana son una de las maravillas de Córcega e incluso, me parece, una de las maravillas del mundo. ¿Pero quién llega a conocerlas? Ningún coche conduce hasta ellas, no existe ningún servicio organizado en esta costa aún salvaje, cuya carretera es desde mi punto de vista más bonita que la célebre «Cornisa».

*El Monasterio de Corbara* apareció en el *Gaulois* del 5 de octubre de 1880.

## **Bandidos corsos**

El puerto que había atravesado formaba desde lejos una especie de embudo entre dos cimas de granito escarpadas y peladas. Los flancos de la montaña estaban cubiertos de monte bajo, cuyo aroma violento me aturdió, y el sol, aún invisible, alzándose por detrás de los montes, teñía de un tono rosado y polvoriento las cimas, donde sus rayos parecían salpicar, saltar sobre el espacio en amplios haces luminosos.

Como aquel día debíamos andar quince o dieciséis horas, mi guía nos había dispuesto en una especie de caravana de montañistas y avanzábamos en fila, con paso rápido, sin decir palabra, subiendo el estrecho sendero lleno de matojos.

Dos mulos nos seguían a la cola con las provisiones y el equipaje. Los corsos, con el fusil al hombro y aire ligero, paraban en todas las fuentes para beber unos tragos de agua, de acuerdo con su costumbre, y luego proseguían. Pero al acercarnos a la cima su paso se hacía cada vez más lento, empezaron a tener lugar conversaciones en voz baja, en su idioma incomprensible para mí. Sin embargo, en varias ocasiones me sorprendió la palabra «gendarme». Finalmente paramos y un gran chico moreno desapareció en la espesura. Al cabo de un cuarto de hora volvió; reanudamos la marcha sin prisa para volver a parar doscientos metros más lejos, y otro hombre se hundió entre el ramaje. Y como estaba muy intrigado pregunté a mi guía. Me respondió que esperábamos a un «amigo».

Como el «amigo» no aparecía, tan pronto como el hombre que había ido a su encuentro volvió, reanudamos la marcha. Luego, de golpe, un pequeño ser negro y achaparrado surgió entre nosotros, como el diablo de una lámpara, saliendo del monte bajo de un salto enorme. Como todos los corsos, llevaba su fusil al hombro y me miró con aire desconfiado. Era feo, sarmentoso como un tronco de olivo, naturalmente muy sucio, y sus ojos, de párpados sanguinolentos, brillaban un poco. Lo rodearon, lo festejaron, lo interrogaron, todos parecían amarlo como a un hermano y venerarlo como a un santo.

Luego, cuando terminaron las efusiones, volvimos a ponernos en marcha a grandes pasos, y uno de los montañeses andaba delante de nosotros, a unos cien metros, como un explorador.

Empecé a comprender, porque desde hacía un mes no paraba de oír historias de bandidos.

A medida que nos acercábamos al puerto, una especie de aprehensión pareció adueñarse de todos. Dos grandes buitres sobrevolaban en círculo nuestras cabezas. A lo lejos, detrás nuestro, se veía vagamente el mar, todavía oscurecido por la niebla y delante nuestro se extendía un inmenso valle, sin una sola casa, sin un solo campo cultivado, cubierto de monte bajo y de robles verdes. La alegría pareció volver a los rostros al empezar el descenso... Después, al cabo de una hora aproximadamente, el misterioso personaje que se había unido de un modo tan inesperado nos dijo adiós apresuradamente, dio la mano a todo el mundo, incluso a mí, y desapareció de nuevo

entre la maleza.

Cuando se había ido le pregunté a mí guía, que se limitó a responderme:

—No le gustan los gendarmes.

Entonces le pedí detalles sobre los bandidos corsos que en aquel momento había en las montañas. Me enteré de que el puerto que acabábamos de pasar servía a menudo de ratonera a los gendarmes para pescar a los «fuera de la ley» que querían llegar al territorio de Sartène, refugio habitual de los tunantes.

En este momento hay unos doscientos cuarenta que han burlado a los gendarmes, a los jueces y al prefecto... pero no son delincuentes, pues nunca robarían a los viajeros. Hacer algo así los expondría tal vez incluso a ser juzgados, condenados a muerte y ejecutados por sus semejantes, gente de palabra cuando es preciso. En efecto tienen un sentido del honor exagerado que casi siempre acaba empujando a estos pobres diablos a huir a la montaña. Cuando una mujer engaña a su marido, cuando se sospecha de una hija alguna falta, cuando se tiene una pelea por el juego con el mejor amigo, y por mil otras causas igual de ligeras sobre las que la gente civilizada corre un tupido velo sin esfuerzo, aquí se degüella a la mujer, a la hija, al amante, al amigo, a los padres, a los hermanos, a los parientes, a toda la estirpe; luego, cuando se ha hecho el trabajo, se marchan tranquilamente al monte, donde los paisanos —que aman en razón del número de hombres a los que se ha dado muerte— les llevan lo necesario para vivir y donde los gendarmes los persiguen inútilmente, y a menudo acaban masacrados, para gran alegría de los campesinos de las montañas, pues todo corso, que puede convertirse en bandido a la primera de cambio, odia instintivamente al gendarme.

Al lado de estos desdichados a los que su temperamento violento empuja a cometer un crimen y que viven al día, duermen a la intemperie, siempre perseguidos, hay en Córcega otros bribones dichosos, ricos, que viven en paz en sus tierras entre los campesinos, sus súbditos: son los hermanos Bellacoscia. La historia de su familia es extraña.

El padre Bellacoscia (Bello-muslo) tenía una mujer estéril y, siguiendo el ejemplo de los patriarcas, la repudió para tomar a una joven de una casa vecina que se llevó a las alturas donde pastaban sus rebaños. Con ella tuvo muchos hijos, entre otros a los dos hermanos Antoine y Jacques, de los que hablaré enseguida. Pero su mujer tenía una hermana que a menudo hacía visitas de vecina a la casa de los Bellacoscia. El esposo, cortés, sumamente cortés incluso, la acompañaba de regreso. Acabó teniendo un hijo con ella, lo admitió todo ante su mujer, conservó a la segunda y le hizo una casa separada para evitar las escenas familiares. Pero una tercera hermana empezó a frecuentar a su vez a las dos señoras de la casa y se produjo un nuevo accidente. El pobre padre sólo tenía un recurso: construir una tercera casa, lo cual hizo y todo el mundo vivió en paz. En total tuvo una treintena de descendientes que, por su parte, tuvieron a varios centenares. Una parte de esta tribu habita en la aldea de Bocognano y en los alrededores.

Dos de los hijos, Antoine y Jacques, tuvieron que echarse al monte por razones bastante «fútiles». El primero rechazó servir en el ejército y el segundo secuestró a una joven deseada por uno de sus hermanos.

Desde su desaparición han dominado la región como jefes indiscutibles.

La suma que han costado al gobierno en expediciones destinadas a su captura se ha valorado en unos trescientos mil francos. Durante años han sido perseguidos sin descanso, siempre en vano. Colonias enteras de carabineros... perdón, de gendarmes, partían, con sus oficiales a la cabeza, para hacer batidas en la región, ocupar las aldeas, rodear los montes donde creían poder cazarlos con seguridad, y durante todo este tiempo los hermanos Bellacoscia, sentados tranquilamente en un pico cercano, seguían con interés las operaciones de las tropas. Luego, cansados de aquel espectáculo, descendieron sin ningún riesgo a la llanura delante de la caravana que proveía de víveres a los gendarmes, se apropiaron de las mulas cargadas y, para tranquilizar la conciencia inquieta de los conductores de la caravana enviaron una orden de requisa en toda regla, firmada por Bellacoscia, a la dirección del intendente militar.

Han estado a punto de atraparlos veinte veces y veinte veces han escapado de todos los ataques gracias a su coraje, su sangre fría, su astucia y la complicidad de toda la comarca, que está llena de parientes suyos.

Un día, por ejemplo, traicionaron al más joven, Jacques. A una hora establecida, debía acudir a medir los árboles que había hecho cortar: los gendarmes lo esperaban emboscados a veinte pasos de allí.

Lo vieron en el valle, avanzando tranquilamente por el sendero, con las manos detrás de la espalda y de pronto, sin esperar a que se acercara, lanzaron una descarga terrible, pero tan lejos que el joven tomó el ruido por los chasquidos de un látigo. Buscó al carretero y descubrió un tahalí amarillo; entonces, saltando tras un tronco de castaño, examinó la situación. Todo estaba en silencio.

Inquieto, pensó que se trataba de una trampa cualquiera cuando vio, en un claro del bosque, el destacamento de gendarmería que volvía tranquilamente a la caserna, marcando el paso, con el arma en el hombro, tras haber disparado sus cartuchos.

Entonces fue a medir sus árboles.

Los dos hermanos son ricos, adquieren tierras a través de testaferros, explotan los bosques, incluso los del Estado, según dicen.

Todo el ganado que se extravía en sus dominios les pertenece y pobre de aquél al que se le ocurriera reclamarlo.

Prestan servicios a mucha gente aunque, naturalmente, tales servicios se pagan muy caros.

Su venganza es rápida y mayúscula.

Pero con los extranjeros son siempre de una cortesía perfecta.

Éstos acuden a visitarlos a menudo. Los Bellacoscia se prestan gustosamente a estos encuentros.

Antoine, el mayor, es bastante corpulento, moreno, de cabellos canosos; lleva una abundante barba que le da aire de bonachón, de tipo «simpático». El más joven, Jacques, es rubio, más menudo que su hermano; su mirada penetrante revela una inteligencia viva, y su habilidad es efectivamente notable. Es el más activo de los dos y también el más temido.

Hace algunos años una joven, parisina, quería conocerlo y partió con un pariente.

El encuentro tuvo lugar en un barranco profundo, en plena maleza, en pleno misterio, y la parisina, con esa facilidad estúpida para el entusiasmo que inspira una combinación tan peligrosa, se volvió loca de inmediato por el bandido. ¡Imagínense! Un joven que duerme a la intemperie, bajo las estrellas, que no se desviste jamás, que mata a los hombres por docenas, que vive fuera de la ley y se burla de las carabinas del gobierno. Almorzaron juntos y luego partieron a través de los inaccesibles peñascos. El pariente gemía, soplabá, temblaba. La jovencita, del brazo del bandido, saltaba los precipicios, estaba radiante, arrebatada. ¡Qué sueño! Tener para ella sola a un verdadero bandido, un día entero, desde el alba hasta el anochecer. Él le contaba historias de amor, historias corsas, en las que siempre acababa apareciendo el estilete; le hablaba de una institutriz que lo había amado; y la yesca que a menudo tienen las mujeres en el lugar del cerebro prendió con tanta facilidad que a la noche ya no quería dejar a su bandido, y pretendía llevarlo para cenar a la casa de pueblo donde les aguardaban sus camas preparadas.

Fueron necesarias muchas conversaciones para decidir la separación y según parece los dos se despidieron con gran tristeza.

El señor Hausmann conoció a Jacques Bellacoscia de un modo bastante singular. Iba en coche a Bocognano cuando una mujer que se presentó ante la portezuela, le anunció que el bandido deseaba imperiosamente hablar con él. El señor Hausmann dudaba si debía conceder una entrevista a un hombre tan comprometedor, cuando se le ocurrió una idea:

—No llevo armas —dijo— de modo que si me detienen no podré defenderme; pero tengo previsto, a tal hora, pasar por tal carretera.

A la hora establecida, un hombre saltó delante de los caballos; la portezuela se abrió, entró con gran respeto en el coche y charló durante un buen rato con el hombre que reedificó París, a quien le pidió que le concediera su perdón.

Un hecho entre mil muestra bien cuál es la venganza de estos merodeadores corsos.

Un hombre, un pastor, había vendido a uno de estos bandidos y escalaba la montaña con los gendarmes para librarles a su presa. De repente se oyó un disparo procedente del monte y el pastor, con la cabeza reventada, cayó en brazos de los gendarmes estupefactos, que batieron en vano los alrededores y tuvieron que limitarse a llevar a la ciudad el cadáver de su guía. Los bravucones Bellacoscia carecen del menor gusto literario, por simple que sea, y sus cartas de amenaza, siempre datadas desde el «Palacio Verde» en tinta roja, están escritas en el estilo

poético de los piel-roja y causan un efecto de lo más asombroso: «Allí donde la luz del cielo te cegará» escriben «nuestras balas te esperarán».

Viven en un barranco profundo, inaccesible, espantoso, en los alrededores de la aldea casi enteramente poblada por su familia. Como las buenas costumbres son en su caso hereditarias, hace algunos años Jacques se llevó a la mujer de su hermano Antoine y la escondió. Más tarde emparejó a su hijo, un niño, con una chiquilla también menor y a la que sacó del convento; luego, cuando tuvieron edad suficiente, los casó.

Muchos corsos los conocen y son amigos suyos, sea por temor o por un sentimiento instintivo de rebelión contra el gobierno.

Muchos extranjeros los han visto pero procuran por todos los medios no admitirlo porque la autoridad, que no consigue apresarlos, no tardaría en ponerle la mano encima al pobre hombre que fuera tan iluso como para confesar que mantuvo relación con unos bandidos a cuya cabeza se ha puesto precio.

*Bandidos corsos* apareció en el *Gaulois* del 12 de octubre de 1880.

# En la Bretaña

Julio de 1882

Ésta es la estación de los viajes, la estación luminosa durante la que amamos los horizontes nuevos, las vastas extensiones de mar azul donde descansa la mirada, donde el espíritu se calma, los pequeños valles arbolados y frescos que conmueven el corazón sin que sepamos por qué, durante la que nos sentamos, al caer la noche, en el talud de un camino de terciopelo verde y vemos a nuestros pies un poco de agua oscura y adormecida donde se refleja el sol mientras se pone al fondo del camino surcado por las ruedas de las carretas.

Me entusiasman las excursiones a un mundo que creemos descubrir, las sorpresas súbitas ante costumbres que ni siquiera podíamos sospechar, la constante tensión del interés, la alegría para los ojos, ese estímulo constante del pensamiento.

Pero hay una cosa, sólo una, que me arruina esas exploraciones encantadoras: la lectura de las guías de viajes. Escritas por viajeros a sueldo, a tanto el kilómetro, llenas de descripciones odiosas y siempre falsas, de informaciones invariablemente erróneas, de indicaciones de caminos puramente fantasiosas, son, salvo una guía alemana excelente, el consuelo de los vendedores que viajan en tren por placer y visitan la comarca con la Joanne<sup>[20]</sup>, y la desesperación de los verdaderos trotamundos que recorren los senderos, los barrancos o las playas con un saco a la espalda y un bastón en la mano.

Todos ellos mienten, no saben nada, no comprenden nada, lo desfiguran todo con su prosa enfática y estúpida, incluso los lugares más encantadores; sólo conocen las grandes carreteras y no nos ofrecen nada más que lo que ya encontramos en el llamado mapa del Estado Mayor, donde no figuran aún las represas del Sena construidas hace treinta años por lo menos.

Y sin embargo cómo nos gusta, al viajar, conocer un poco por adelantado la región donde nos aventuramos. Qué dicha nos proporciona encontrar un libro donde algún vagabundo sincero haya dejado caer algunas de sus impresiones. Se trata sólo de una presentación que simplemente nos prepara para conocer los lugares. A veces es más que eso. Cuando nos adentramos en Argelia hasta el oasis de Laghuat, hay que leer cada día, cada hora durante el viaje, el admirable libro de Fromentin: *Un verano en el Sáhara*. Este libro nos abre los ojos y el espíritu, parece iluminar aún más aquellas llanuras, aquellas montañas, aquellas soledades abrasadas, nos revela el alma del desierto.

En Francia existen por todas partes rincones casi desconocidos y encantadores. Lejos de la pretensión de hacer una guía nueva, quisiera de vez en cuando indicar tan sólo algunas excursiones cortas, viajes de diez o quince días que todos los excursionistas han hecho pero que ignoran todos los sedentarios.



No deben seguirse nunca las carreteras principales sino siempre los senderos; hay que acostarse en las granjas cuando no encontramos ningún albergue, comer pan y beber agua cuando resulta imposible encontrar víveres, y no temer ni la lluvia, ni las distancias, ni las largas horas de marcha a un ritmo regular, todo esto es lo que hace falta para recorrer y penetrar hasta el corazón un país, para descubrir, muy cerca de las ciudades por donde pasan los turistas, mil cosas que ni siquiera hubiéramos podido sospechar.

Entre todas las viejas provincias de Francia, la Bretaña es una de las más curiosas: en diez días podemos conocer lo suficiente de ella como para saber cuál es su temperamento, pues cada región, como cada hombre, tiene el suyo.

Vamos a recorrerla en unas pocas líneas. Basta con ir de Vannes a Douarnenez siguiendo la costa, la verdadera costa bretona, solitaria y baja, sembrada de escollos, donde el oleaje ruge incesantemente y parece responder a los soplidos del viento en la landa.

El Morbihan, una especie de mar interior que sube y baja con las mareas del gran océano, se extiende frente al puerto de Vannes. Es preciso atravesarlo para hacerse mar adentro.

Está lleno de islas, islas drúidicas, misteriosas, encantadas. Y en los lomos de las islas hay túmulos, menhires, dólmenes, todas esas piedras extrañas que antaño casi fueron dioses. Estos islotes, según los bretones, son tan numerosos como los días del año. El Morbihan es un mar simbólico sacudido por las supersticiones.

Y éste es el principal encanto de esta región; es la nodriza de las leyendas. Aunque en cualquier otra parte ya han muerto, aquí las viejas creencias permanecen arraigadas en el suelo de granito. Las viejas historias también son indestructibles en esta región; y el campesino nos habla de aventuras que ocurrieron hace quince siglos como si fueran de ayer, como si las hubieran vivido su padre o su abuelo.

Existen galerías subterráneas donde los muertos siguen intactos, como el día en que la inmovilidad los sorprendió, aunque resecos puesto que la sangre se ha agotado. De manera que los recuerdos viven eternamente en este rincón de Francia, los recuerdos e incluso las maneras de pensar de los ancestros.

Había dejado Vannes el mismo día de mi llegada para ir a visitar el castillo histórico, Sucinio y, desde allí, alcanzar Locmariaker, luego Carnac y, siguiendo la costa, Pont-l'Abbé, Penmmarch, la punta de Raz, Douarnenez.

Primero el camino bordeaba el Morbihan, luego atravesaba una landa ilimitada, moteada por fosos llenos de agua y sin una sola casa, sin un árbol, sin un ser, completamente poblada de aulagas que se estremecían y silbaban bajo un viento furioso que arrastraba por el cielo unas nubes disgregadas que parecían gemir.

Más adelante atravesé una aldeíta por donde rondaban descalzos tres campesinos sórdidos y una joven alta de veinte años con las pantorrillas negras de estiércol; y luego, de nuevo la landa desierta, baldía, pantanosa, perdida en el océano, cuya línea gris, iluminada a veces por resplandores de espuma, se alejaba por encima del

horizonte.

Y en medio de aquella extensión salvaje se erguía una ruina, un castillo cuadrado, flanqueado de torres, plantado en aquel lugar, completamente solo, entre aquellos dos desiertos: la landa y el mar...

La vieja casa solariega de Sucinio, que data del siglo XIII, es un lugar ilustre. En ella nació aquel gran comendador de Richemont que recuperó Francia arrebatándosela a los ingleses.

Más puertas. Entré en el amplio patio solitario, donde las torrecillas derrumbadas formaban montones de piedras, y subiendo las escaleras, escalando las murallas reventadas, colgándome de las hiedras, de los trozos de granito desprendidos, de todo lo que caía en mi mano, alcancé el punto más alto de una torre, desde donde puede contemplar la Bretaña.

Frente a mí, detrás de un pedazo de llanura desamparada, el océano oscuro y rugiente bajo un cielo negro, y luego por todas partes la landa. A lo lejos, a la derecha, el mar de Morbihan, con sus riberas mortificadas y, más lejos aún, apenas visible, una tierra blanca esclarecida, Vannes, iluminada por un rayo de sol, que se deslizaba de un modo incomprensible entre dos nubes. Y más lejos aún, un cabo desmesurado: ¡es Quiberon!

Y todo esto triste, melancólico, lamentable. El viento gemía al recorrer aquellos espacios monótonos; estaba perdido en una vieja región encantada, y en aquellos muros, en aquella aulaga a ras de suelo y sibilante, en aquellas fosas donde el agua se estancaba, sentía las leyendas envolverme.

Al día siguiente atravesé Saint-Gildas donde parece ser que vaga el espíritu de Abelardo. En Port-Navalo, el marinero que con quien tuve que cruzar el estrecho me habló de su padre, un monárquico, y de su hermano mayor, otro monárquico, y de su tío, el cura, también monárquico, los tres muertos... Y su mano señalaba hacia Quiberon.

En Lockmariaker, me adentré en la patria de los druidas. Un bretón me mostró la mesa de César, un monstruo de granito sostenido por unos colosos, y luego me habló de César como de un anciano al que hubiera visto.

Finalmente, siguiendo siempre la costa entre la landa y el océano, hacia el atardecer, contemplé subido a un túmulo los campos de piedra de Carnac.

Aquellas piedras parecían vivas, alineadas interminablemente, gigantes o pequeñísimas, cuadradas, alargadas, planas, con apariencia de grandes cuerpos delgados o barrigudos. Cuando las observamos durante largo rato, las vemos moverse, inclinarse, ¡vivir!

Uno se pierde allí en medio: a veces un muro interrumpe aquella masa de granito, lo franqueamos y la extraña multitud reaparece, erguida como las avenidas, espaciada como los soldados, espantosa como una aparición.

Y el corazón empieza a latir con intensidad, a pesar nuestro el espíritu se exalta, viaja a través de los siglos, se pierde en las supersticiones. Me había quedado

inmóvil, estupefacto y encantado, y un ruido súbito a mis espaldas me sacudió de tal manera que me giré de un brinco: un viejo vestido de negro, con un libro bajo el brazo, que me había saludado, dijo: «Veo, señor, que visita nuestro Carnac». Le conté mi entusiasmo y cómo me había asustado su presencia. Prosiguió: «Aquí, señor, hay en el aire tantas leyendas que todo el mundo tiene miedo y no sabe de qué. Mire, llevo cinco años hurgando debajo de estas piedras: casi todas tienen un secreto, y a veces llego a imaginar que incluso tienen un alma. En cuanto vuelvo a poner los pies en las calles me río de mi propia estupidez, pero cada vez que vuelvo a Carnac me convierto en un creyente, en un creyente inconsciente, sin religión precisa, y al mismo tiempo como si lo fuera de todas las religiones».

Y golpeando con el pie:

—Ésta es una tierra religiosa, conviene no bromear con las creencias pasadas, porque nada muere. Estamos en casa de los druidas, señor, ¡respetemos su fe!

El sol, que había desaparecido en el mar, había teñido por completo el cielo de rojo, y aquella luz sangraba también sobre las grandes piedras cercanas.

El viejo sonrió:

—¡Imagínese si tienen fuerza esas terribles creencias en este lugar que aquí mismo tuve una visión! ¡Qué digo una visión! ¡Una auténtica aparición! Encima de aquel dolmen, un tarde, a esta hora, vi con toda claridad al hada Koridwen hirviendo el agua milagrosa.

Lo interrumpí, porque ignoraba quién era el hada Koridwen... [corte]

«[...] (los duendes) viven ahí abajo, según cuentan, en los agujeros, y salen al atardecer para correr a través de las aulagas. Quédese aquí un rato, señor, en medio de estos monumentos encantados, mire fijamente algún dolmen echado en el suelo, y en seguida oirá estremecerse la tierra y verá moverse la piedra, y temblará de miedo al ver la cabeza de un korrigan que le mira mientras levanta el bloque de granito que tiene encima. Y ahora vayamos a cenar».

Había caído la noche, sin luna, completamente negra, llena de rumores del viento. Caminaba con las manos extendidas, tropezando con las grandes piedras, y aquel relato, la región, mis pensamientos, todo había adquirido un tono tan sobrenatural que no me hubiera sorprendido en absoluto notar de pronto a un korrigan pasar entre mis piernas.

Al día siguiente volví a ponerme en camino, atravesando las landas, las aldeas, las ciudades, Lorient, Quimperlé, tan hermosa en su pequeño valle, Quimper.

La carretera principal sale de Quimper, sube una cuesta, atraviesa valles, y una suerte de lago herboso y monótono, para penetrar finalmente en Pont-l'Abbe, la pequeña ciudad, la más bretona de toda la Bretaña de habla bretona que va de Morbihan a la punta de Raz.

A la entrada hay un viejo castillo, flanqueado de torres, que baña el pie de sus muros en un estanque triste, tristísimo, donde vuelan pájaros salvajes. Un río sale de allí, y los barcos de cabotaje pueden navegarlo hasta la ciudad. En las estrechas

calles, en las casas del pueblo, los hombres llevan sombrero de ala ancha, un chaleco con unos bordados magníficos y las cuatro chaquetas superpuestas. La primera, grande como la mano, que apenas cubre los omoplatos y la última que termina justo por encima de los pies.

Las chicas, altas, bellas, frescas, llevan el busto apresado en un chaleco de paño como una coraza, que les aprieta y no deja siquiera adivinar su poderoso pecho martirizado. Y van peinadas de un modo extraño. Sobre las sienes llevan dos piezas bordadas de color que enmarcan el rostro y aprietan los cabellos que caen en una capa para subir luego a ocultarse en un gorro singular, a menudo tejido con hilos de oro y plata.

Y la carretera sale una vez más de esta pequeña ciudad de la Edad Media olvidada. Avanza... [corte]

[...] (un) calvario tiene lugar por encima de un bajo relieve extraño que representa de un modo tosco y cómico el alumbramiento de la Virgen María. Un inglés que estaba de paso admiró esta escultura ingenua y la protegió con un techo para preservarla de las inclemencias de aquel clima salvaje.

Proseguimos por la playa, la interminable playa que se extiende a lo largo de toda la bahía de Audierne. Es preciso vadear o atravesar a nado dos pequeños ríos, fatigarse andando por la arena o por los restos de las algas y andar siempre entre dos soledades, la una en movimiento y la otra inmóvil, el mar y la landa.

He aquí Audierne, triste puertecito, sólo animado por la entrada y la salida de las barcas que van a pescar la sardina.

Antes de partir, por la mañana, en vez del vulgar café con leche tomamos unos pocos pescaditos frescos, salados, sabrosos, perfumados, auténticas violetas del mar. Y luego partimos de nuevo hacia la punta de Raz, el fin del mundo, el confín de Europa.

Subimos, seguimos subiendo, y de repente vemos dos mares, a la izquierda el océano, a la derecha el canal de la Mancha. Aquí se encuentran, pelean sin tregua, haciendo chocar sus corrientes y sus olas siempre furiosas, hundiendo los navíos y engulléndolos como si fueran peladillas.

¡Oh olas, cuántas historias lúgubres conocéis!  
Olas profundas temidas por los mares postrados.

Más árboles y luego nada más que matas de hierba en el gran cabo que se acerca. Al fondo dos faros, y por todas partes, a lo lejos, otros faros, clavados en los escollos. Hace diez años que se esfuerzan en vano por terminar uno de ellos. El mar, obstinado, destruye el trabajo igualmente obstinado de los hombres a medida que se va realizando.

Enfrente, la isla de Sein, la isla sagrada, mira hacia el horizonte, detrás de la rada de Brest, a su peligrosa compañera de confidencias, la isla Ouessant: «Quien ve

Ouessant, ve su sangre», dicen los marineros. La isla de Ouessant es la más inaccesible de todas y los marinos sólo atracan en ella temblando. El alto promontorio termina abruptamente, justo a tiempo para la batalla de los océanos. Pero un pequeño sendero lo rodea, deslizándose por las piedras inclinadas de granito, serpenteando por unas crestas de la misma anchura que una mano.

De pronto, se abre ante nosotros un abismo espantoso, cuyas paredes negras, como teñidas de tinta, nos devuelven el ruido furioso del combate marino que se libra a nuestros pies, al fondo de aquel vacío al que se ha llamado El infierno.

A pesar de que estaba cien metros por encima del mar, recibía escupitajos de espuma, y asomado al abismo contemplaba aquel furor del agua que parecía revolverse animada por una rabia desconocida.

Era ciertamente un infierno que ningún poeta había descrito. Y un terror me atenazó al pensar en los hombres que se habían precipitado en aquel lugar, revolcados, retorcidos, sumergidos en aquella tempestad entre cuatro paredes de piedra, arrojados contra las paredes de la montaña, atrapados por las olas, engullidos, escupidos, borboteando en desorden en las monstruosas olas.

Y retomé mi camino, atormentado por estas imágenes y golpeado por un fuerte viento que azotaba el cabo solitario.

Veinte minutos después llegué a un pueblecito. Un sacerdote viejo, que leía su breviario protegido tras una pared de piedra, me saludó. Le pregunté dónde podía pasar la noche: me ofreció su hospitalidad [corte]

[...] (la ola) se encarnizaba con el acantilado siniestro. Volví a ver aquel agujero lleno de espuma furiosa, lúgubre y escandalosa, la auténtica morada de la muerte, y algo del pavor místico que estremece a los devotos arrepentidos se apoderó de mi corazón.

Al alba volví a partir, confiando en llegar a Douarnenez antes de la noche.

Un hombre que hablaba francés y que había navegado durante catorce años con los navíos del Estado me abordó mientras yo buscaba el sendero aduanero, y descendimos juntos hacia la bahía de los Trépassés, uno de cuyos extremos es la punta de Raz.

Es un inmenso circo de arena, de una inolvidable melancolía, de una tristeza inquietante y que, al cabo de algún tiempo, acaba por infundirnos unas definitivas ganas de partir, de ir más lejos. Un valle yermo con un estanque lúgubre, sin grandes aulagas, un estanque que parece inerte, desemboca en este arenal espantoso.

Parece la antecámara del infierno. La arena amarilla, triste y lisa, se extiende hasta un enorme cabo de granito situado frente a la punta de Raz y donde rompen las olas furiosas.

De lejos percibimos a tres hombres... [corte]

[...] Es una pequeña ciudad de pescadores que sería la residencia veraniega más célebre de Francia si no estuviera tan aislada.

Lo que le da su gracia y encanto es el golfo. Se encuentra emplazada al fondo del

mismo y parece mirar la suave y amplia línea de las montañas, onduladas, redondeadas en curvas amables y cuyas crestas lejanas se sumergen en las brumas blancas y azules, ligeras y transparentes que el mar desprende.

Al día siguiente partí hacia Quimper; y por la noche me acosté en Brest para tomar al alba el tren hacia París.

*En la Bretaña* apareció en la *Nouvelle Revue* del 1 de enero de 1884. Maupassant utilizó algunas crónicas del *Gaulois*, razón de algunos cortes en este texto.

## Creusot

El cielo está azul, completamente azul, con un sol radiante. El tren acaba de pasar Montchanin. A lo lejos, frente a nosotros, se alza una nube negra, opaca, como surgida de la tierra, oscurece el azul claro del día, una nube pesada, inmóvil. Es el humo de Creusot. A medida que nos acercamos se distingue. Cien chimeneas gigantes vomitan en el aire serpientes de humo, otras, menos altas, jadeantes, sueltan bocanadas de vapor; todo eso se mezcla, se extiende, planea, cubre la ciudad, llena las calles, oculta el cielo, extingue el sol. Ahora todo está prácticamente a oscuras. Flota un polvo de carbón que irrita los ojos, mancha la piel y la ropa. Las casas y los adoquines están negros, como si se hubiera restregado hollín sobre ellos, los cristales están cubiertos de carbón. Un olor de chimenea, de alquitrán, de hulla, flota en el aire, contrae la garganta, oprime el pecho, y a veces un sabor agrio de hierro, de fragua, de metal al rojo vivo, de infierno en brasas, corta la respiración, nos hace levantar la mirada para buscar el aire puro, el aire libre, el aire sano del inmenso cielo; pero arriba sólo vemos rondar la nube espesa, oscura, y a su lado las partículas menudas y resplandecientes de carbón que revolotean.

Es Creusot.

Un ruido sordo y continuo hace temblar la tierra —un ruido compuesto de infinidad de ruidos— entrecortado constantemente por un golpe formidable, por un impacto que sacude la ciudad entera.

Entramos en la fábrica de los señores Schneider.

¡Qué lugar mágico! ¡Son los dominios del Hierro, donde reina Su Majestad el Fuego!

¡El fuego! Está en todas partes. Los inmensos edificios se alinean hasta donde la vista alcanza, altos como montañas y llenos hasta el techo de máquinas que giran, caen, se levantan, se cruzan, se agitan, zumban, silban, rechinan, gritan. Y todas trabajan con fuego. Aquí hogueras, allá llamaradas, más allá bloques de hierro ardiente, todos ellos van, vienen, salen de los hornos, entran en los engranajes, vuelven a salir y a entrar cien veces, cambian de forma, siempre al rojo vivo. Las máquinas voraces comen el fuego y el hierro encendido, lo machacan, lo cortan, lo sierran, lo aplastan, lo estiran, lo tuercen, y hacen con él locomotoras, navíos, cañones, una multitud de cosas distintas, finas como cinceladuras de artista, monstruosas como obras de gigantes, y complicadas, delicadas, brutales, poderosas.

Tratemos de ver y de comprender.

A mano derecha se entra en una vasta galería donde están en marcha cuatro máquinas enormes. Funcionan con lentitud, moviendo sus ruedas, sus pistones, sus extremidades. ¿Qué hacen? Simplemente echan aire a los altos hornos donde hierve el metal que se funde. Son los pulmones monstruosos de los convertidores colosales que vamos a ver. No hacen más que limitarse a respirar, permiten a los monstruos vivir y digerir.

Y aquí están los convertidores: son dos, en los dos extremos de otra galería, grandes como torres, barrigones, rugientes y escupen tal chorro de fuego que aun a cien metros nos ciegan, la piel nos arde y jadeamos como en una sauna.

Parece un volcán en erupción. El fuego que sale de la boca es blanco, cegador y resulta imposible darse una idea de la fuerza con que se proyecta y del ruido que hace.

Ahí dentro el acero hierve, el acero Bessemer con el que se hacen los raíles. Un hombre fuerte, guapo, joven, grave, tocado con un gran sombrero de fieltro, mira con atención el espantoso soplido. Está sentado delante de una rueda parecida al timón de un navío y a veces la hace girar como los pilotos. Rápidamente la cólera del convertidor aumenta, escupe un huracán de llamas: el jefe fundidor acaba de aumentar la monstruosa corriente de aire que la alimenta.

Y como un capitán, el hombre se lleva a los ojos a cada momento unos gemelos para examinar el color del fuego. Hace un gesto; una vagoneta se adelanta y vierte otros metales en el fuego rugiente. El fundidor comprueba una vez más los matices de las llamas furiosas, buscando indicaciones y, de pronto, girando otra rueda muy pequeña, hace volcar la formidable cuba. La máquina gira lentamente escupiendo hasta el techo de la galería un chorro de chispas aterrador; y vierte, delicadamente, como un elefante haciendo monerías, unas cuantas gotas de un líquido inflamable en un recipiente de hierro colado que se le acerca, y luego se endereza con un rugido.

Un hombre se lleva el trozo de fuego que sale de la máquina. Ahora ya no es más que un lingote encarnado que se deposita bajo un martillo movido por el vapor. El martillo golpea, aplasta, deja fino como una hoja el metal ardiente que enseguida se enfría en el agua. Entonces una pinza lo agarra, lo muele, y el contraamaestre examina el grano antes de dar la orden: «¡Cuelen!».

Inmediatamente el convertidor se inclina de nuevo y, como un sirviente que llenase las copas de los comensales, vierte el raudal de acero encendido que lleva en sus flancos en una serie de recipientes de fundición colocados en círculo a su alrededor.

Se desplaza de un modo que parece muy natural, simple, como si tuviera alma. Porque para mover estos ingenios fantásticos, para hacerles cumplir con su tarea, para hacerles ir, venir, caer, levantarse, girarse, dar vueltas, basta con tocar unas palancas grandes como bastones y apretar botones parecidos a los de los timbres eléctricos. Una fuerza, un genio extraño parece planear por encima, un genio que gobierna los gestos pesados y fáciles de esos aparatos sorprendentes.

Salimos con el rostro asado y los ojos ardiendo.

Y aquí tenemos dos torres de ladrillos, al aire libre, demasiado altas para tener techo. Desprenden un calor insoportable. Un hombre provisto de una palanca de hierro las golpea por la base, vierte una especie de mortero, cava más a fondo. Y enseguida aparece una luz, un punto claro. Tras dos golpes más surge un río, un torrente de fuego que se eleva, sigue los canales cavados en la tierra, va, viene, sigue



corriendo. Es la fundición, la fundición en bruto. Ante este río espantoso nos asfixiamos, huimos, entramos en los edificios altos donde se hacen las locomotoras y las grandes máquinas de barcos de guerra.

Ya no distinguimos nada, no sabemos nada, perdemos la cabeza. Es un laberinto de manivelas, de ruedas, de correas, de engranajes en movimiento. A cada paso nos encontramos frente a un monstruo que trabaja con hierro al rojo vivo o enfriado. Aquí están las sierras que dividen unas placas de la longitud de un cuerpo; allá unas puntas penetran en bloques de hierro colado y los agujerean como la aguja atraviesa un tejido; más lejos otro aparato corta láminas de acero igual que las tijeras podrían hacer con una hoja de papel. Todo esto funciona simultáneamente con movimientos diferentes, reunión fantástica de bestias feroces y gruñonas. Y en todo momento se ve el fuego bajo los martillos, el fuego en los hornos, el fuego por dondequiera, por doquier el fuego. Y siempre un golpe formidable y regular que domina el tumulto de ruedas, calderas, yunques, mecanismos de todo tipo, hace temblar el suelo. Es la gran maja de Creusot que trabaja.

Se encuentra al fondo de un edificio inmenso que contiene diez o doce más. Todas se abaten una y otra vez sobre un bloque incandescente que lanza una lluvia de chispas, y se aplana poco a poco, se enrolla, cobra una forma curva o recta o plana según la voluntad de los hombres.

La maja grande pesa cien mil kilos y cae, como caería una montaña, encima de un pedazo de acero al rojo vivo aún más inmenso que ella. Con cada golpe surge un huracán de fuego de todas partes y vemos disminuir el grosor de la masa con que trabaja el monstruo.

Sube y baja sin parar, con una facilidad graciosa, movida por un hombre que se apoya suavemente en una frágil palanca; y recuerda a esos animales espantosos domados antaño por los niños, según narran los cuentos.

Entramos luego en la galería de los laminadores. Éste es un espectáculo aún más extraño. Unas serpientes rojas corren por el suelo, unas finas como cordeles y otras gruesas como cables. Unos parecen gusanos de tierra larguísimos, los otros boas espantosas. De ellos surgen el alambre y los raíles de los trenes.

Los hombres, con los ojos cubiertos de una tela metálica y con las manos, los brazos y las piernas envueltas en cuero, arrojan en la boca de las máquinas el eterno pedazo de hierro ardiente. La máquina lo agarra, lo estira, lo alarga, lo estira aún más, lo arroja, lo toma de nuevo y lo hace cada vez más fino. El hierro se retuerce como un réptil herido, parece luchar, pero cede, se estira aún más, siempre más, siempre atrapado y siempre arrojado por la mandíbula de acero.

Aquí están los raíles. Incapaz de resistir, la masa enrojecida, opaca y cuadrada de Bessemer se extiende gracias al trabajo de las máquinas y, en unos pocos segundos, se convierte en un raíl. Una sierra gigante lo corta a la medida exacta y así salen cortados sin que nada interrumpa o ralentice este trabajo formidable.

Finalmente salimos, negros como herreros, agotados, sin ver nada. Y sobre

nuestras cabezas se extiende la amplia nube de carbón y de humo que se alza hasta el cielo.

¡Ah! Unas pocas flores, un prado, un arroyo y la hierba donde echarse sin pensamiento alguno y sin ningún otro ruido a nuestro alrededor que el del agua deslizándose o el canto del gallo, a lo lejos.

*Creusot* apareció en el *Gil-Blas* del martes 28 de agosto de 1883, con la firma:  
*Maufrigneuse.*



El 5 de Agosto de 1850 nace René Albert Guy de Maupassant en el castillo de Miromesnil en el distrito de Tourville-sur-Arques, según la versión oficial. Parece que hay alguna duda respecto del lugar dado que es posible que sus padres inventaran esta localización toda vez que ambos aspiraban a la gloria de una nobleza bastante dudosa, aunque biógrafos de la talla de Henri Troyat reafirman esta localización, pese a que el certificado de su defunción localiza su nacimiento en Sotteville, cerca de Yvetot. El gran defensor de la tesis contraria, quién afirma que Maupassant nació en Fécamp, es el biógrafo Georges Normandy, en su libro *Guy de Maupassant*

Su padre, Gustave Maupassant era descendiente de una familia lorenesa establecida en Normandía desde el siglo XVIII. El apellido Maupassant probablemente derivaba de *mauvais passant*. Su esposa Laure Genevieve Le Poittevin, nació en Rouen en 1821. Ésta, hija de armadores, pertenecía a la alta burguesía normanda y era un tanto neurótica con grandes delirios de grandeza, hasta el extremo que no accedió a casarse con Gustave mientras no le fuese reconocido el «de» que precede al apellido Maupassant. Laure y su hermano Alfred habían sido amigos de infancia de Gustave Flaubert, hecho decisivo en la posterior andadura de Guy en el terreno literario. Laure se casó con Gustave Maupassant en 1846.

La infancia de Guy se vio entristecida por las continuas disputas entre un padre disoluto y violento y una madre neurótica. Su padre era un cabeza hueca y un mariposón. Traicionaba a su mujer a mansalva. En 1856 nace Hervé (Tanto Guy como su hermano más joven, Hervé, heredaron una enfermedad de origen venéreo que les conduciría a ambos a la locura y a la muerte). La maternidad recompensó en

parte a la señora Maupassant de sus diferencias conyugales que culminaron en la separación en 1862. Laure siempre luchó, en detrimento de Hervé, por conseguir que Guy fueran un hombre de éxito.

En 1859 y 1860, realizó sus estudios en el Liceo Napoleón, en el colegio eclesiástico de Yvetot, de donde fue expulsado al serle encontrada una poesía irreverente, y finalmente en el Liceo de Rouen, donde el joven Maupassant mantuvo una relación epistolar con Louis Bouilhet, gran amigo de Flaubert. Estudios, vagabundeos y borracheras, lecturas y descubrimientos. La adolescencia del escritor estuvo conformada por estas fecundas contradicciones y por la presencia imperiosa de una madre que acababa de separarse del marido. Poco a poco, Flaubert representará en la imaginación del adolescente y más tarde, del escritor, el papel de padre. Fue precisamente este último quien le corrigió las primeras poesías y los primeros cuentos enseñándole el arte de escribir.

En el prólogo a su novela *Pedro y Juan*, Maupassant describe cómo Flaubert lo estimula y aconseja. Lenguas maledicentes llegaron a afirmar que Flaubert era el padre biológico de Maupassant, pero esto carece de total credibilidad toda vez que el parecido físico con su padre Gustave es evidente.

Maupassant fue llamado a las armas y hubo de participar en la guerra franco-prusiana, aunque no llegó a estar en el frente. Tras su regreso a la vida civil, en 1872, trabajó como empleado en el ministerio de Marina. La vida de oscuro funcionario y la atmósfera kafkiana del ministerio le inspirarán una de sus obras maestras: *L'Heritage*. Odiaba el trabajo rutinario del Ministerio y repartía su tiempo libre entre la creación literaria bajo la guía de Flaubert, amigo de su madre, y las excursiones a lo largo del Sena en compañía de jovencitas fáciles y remeros. En este ambiente fluvial llegó a tener un grupo de amigos con los que compartía su afición por el remo y las muchachas. Esta vida inspiraría su relato *Mosca. Recuerdos de un remero*.

En 1876 y merced al padrinazgo de Flaubert, Maupassant comienza a colaborar en diversos periódicos y revistas con el seudónimo de Guy de Valmont. Se hace construir una casa donde fueron representadas privadamente algunas de las obras de teatro que escribió en esta época, de carácter marcadamente erótico y libertino. La obra que representaban, se titulaba *A la feuille de rose* y en ella los actores eran todos hombres, disfrazándose de mujer cuando algún personaje lo requería.

Famoso por sus aventuras amorosas en las que nunca puso sentimiento, tan sólo instinto animal, estaba orgulloso de sus conquistas y de su potencia sexual, llegando a presumir de que podía realizar el acto sexual diez veces seguidas en un lapso corto de tiempo. Amigo de prostitutas y a la vez de damas de alta sociedad, Maupassant frecuentó ambos mundos indistintamente. Su apetito sexual lo conducía a las primeras, mientras que el afán de destacar socialmente y cierto deleite intelectual lo dirigía a las reuniones de las otras. Sus cuentos contienen la fiel descripción de ambos

mundos.

Su debut literario está ligado al relato *Bola de sebo* (*Boule de suif*, 1880), aparecido en el volumen *Las veladas de Médan* (*Les soirées de Médan*), especie de manifiesto del naturalismo, que reunía cuentos sobre el tema de la guerra de 1870 escritos por varios escritores que constituían el llamado grupo Médan, dirigido por Emile Zola y frecuentado por J.-K. Huysmans, Paul Alexis, León Hennique y Henry Céard. Maupassant hizo alarde en él de su talento de narrador gracias a una aguda capacidad de observación; fustigaba con violencia satírica a pequeños y grandes burgueses, desenmascarados en su bellaquería por la guerra; y presentaba con una dureza grotesca el penoso sacrificio de una prostituta inmolada al pudor de las damas y a la oración de dos monjas.

Lógicamente se había establecido que el relato de Zola tuviera prioridad sobre los demás. Maupassant fue el último en leer su relato. Apenas acabada la lectura, le aclamaron a coro y en un impulso de entusiasmo, típicamente francés, le proclamaron maestro.

Curiosamente casi nadie, a simple vista, había intuido el genio de Maupassant; Zola contó a Frank Harris que en la época de *Las veladas de Médan* nadie esperaba nada de él.

El éxito es inmediato. Maupassant entra en la vida literaria como un meteoro (y saldría como un rayo, según sus propias palabras).

Así lo describe su amigo Frank Harris, otro erudito y licencioso caballero, cuando lo conoció en 1881: «Maupassant no parecía un hombre genial. Apenas de estatura media, era robustísimo y guapo; la frente alta y cuadrada, el perfil griego, la mandíbula fuerte y sin dureza, los ojos gris-azulados profundamente hundidos, el bigote y el pelo casi negros. Tenía modales perfectos, pero al primer momento parecía reservado y poco propenso a hablar de sí mismo o de sus obras...».

En 1881 vio la luz su primer volumen de relatos, *La casa Tellier* (*La maison Tellier*), seguido por *Mademoiselle Fifi* (*Mademoiselle Fifi*, 1882) y luego por novelas de gran éxito: *Una vida* (*Une vie*, 1883), delicada trama narrativa centrada en un aspecto femenino de ascendencia flaubertiana, y *Bel Ami* (1885), que explota el tema del arribismo social a través del periodismo y las mujeres para condenar políticamente el mundo de las altas finanzas especulador y colonialista. El éxito obtenido con sus primeras obras le permitió no sólo vivir de la pluma, sino también poder realizar sus sueños: el lujo, la inagotable actividad amorosa, los largos y solitarios viajes por mar en su yate *Bel Ami* y el ingreso en la buena sociedad de Cannes y de París, donde se ganó una fama de seductor inveterado. Curiosamente estaba más orgulloso de sus empresas amorosas que de sus obras literarias: «¿Quién puede prever si mis historias sobrevivirán? ¿Quién puede saberlo? Hoy te consideran un gran hombre y la próxima generación te tira al mar. La gloria es cuestión de suerte, una jugada a los dados,

mientras el amor es una sensación nueva arrancada a la nada».

Era deportivo, practicaba el piragüismo y estaba orgulloso de su fuerza. Solía decir: «Dentro del buen animal encontramos al buen hombre». Su vigor físico era increíble y aseguraba que después de un día de piragüismo por el Sena, todavía podía remar la noche entera. Le atraían los ejercicios violentos aún cuando llevara la peor parte.

Con la publicación de *Mademoiselle Fifi*, Maupassant se convierte en el escritor de moda, lo que hoy llamaríamos un autor de *best-sellers*, y sus derechos de autor le proporcionan muy buenos ingresos, y, en el giro de unos años, una verdadera fortuna: tiene por esos años un piso en París —más un apartamento para encuentros clandestinos con mujeres—, una casa de campo en Etretat (*La Guillette*) y un par de residencias en la Costa Azul, amén de su yate *Bel Ami*. Son también años de frecuentes viajes —Italia, África, Inglaterra...

En 1883 nace su primer hijo, Lucien, fruto de sus relaciones con Joséphine Litzelmann, una aguadora de los muchos balnearios que el escritor visitó. Guy tendría otros dos hijos con la joven, pero nunca quiso reconocerlos, aunque sentía por ellos mucho cariño y siempre se preocupó de atender a sus necesidades materiales. Hay biógrafos que curiosamente no mencionan este extremo.

Hacia el final de su vida, la adulación de la aristocracia le confirió un ligero tinte de esnobismo y dice la leyenda que en el interior de su sombrero sus iniciales iban presididas por una corona de marqués y que ni siquiera tenía derecho a la preposición con la que hizo preceder siempre su apellido. Sus cartas tenían un membrete regio.

Su actividad literaria, por otra parte, no conoció desmayos. De 1887 es *Mont-Oriol*, de 1888 *Pierre et Jean*, análisis psicológico de una pareja de hermanos divididos repentinamente por una herencia y por el descubrimiento de su origen adúltero. En 1889 apareció *Fuerte como la muerte*. Mientras tanto se había ido sucediendo una ininterrumpida producción de relatos, en la que brilla mejor la perspicacia estilística de Maupassant (aparte de las recopilaciones citadas, merecen ser recordadas: *Miss Harriet*, 1884; *Las hermanas Rondoli*, 1884; *Claro de luna*, 1884; *Tonio*, 1885; *Cuentos del día y de la noche*, 1885; *Monsieur Parent*, 1886; *El Horla*, 1887; *La mano izquierda*, 1889; *Nuestro corazón*, 1890).

En el final de su carrera, una buena cantidad de cuentos está inspirada por la idea fija del suicidio, la obsesión de lo invisible, la angustia. Ya había cumplido con negar a la Providencia y considerar a Dios como «ignorante de todo lo que hace». También había cumplido con describir una ruta de pesimismo, diciendo que el Universo es un desencadenamiento de fuerzas ciegas y desconocidas, y que «el hombre es una bestia escasamente superior a las demás». El pesimista Maupassant acentuó para sus últimos años la hostilidad hacia los demás y terminó consumido en una soledad que solamente lo nutrió de fantasías como «*El miedo*». Este y otros cuentos escritos en los últimos años de su vida, los tomaron los psiquiatras como fieles testimonios de su

progresiva locura. Cuentos de terror y angustia como *El miedo*, demostraron no sólo a los psiquiatras que Maupassant era todo un maestro del cuento fantástico, haciendo recordar la grandeza de Edgar Allan Poe.

La noche del 1 de enero de 1892, intentó por tres veces abrirse la garganta con un cortaplumas de metal, tras otro intento previo de suicidio disparándose con su revólver. Sus amigos y el fiel Françoise Tassart, lo trasladaron a París; allí fue internado el 7 de enero en la clínica del doctor Blanche, donde moriría al cabo de dieciocho meses —el 6 de julio de 1893—, periodo que transcurrió en una inconsciencia casi total, aunque con periódicas crisis violentas que obligaban a los enfermeros a ponerle la camisa de fuerza, padeciendo de fuertes delirios, ora de grandeza, ora de persecución. Llegó incluso a gritar: «Soy hijo de Dios. Mi madre se acostó con Cristo»...

En su entierro, los escritores y compañeros de Maupassant, para distraerse del tedio angustioso, intercambian chistes y anécdotas fúnebres de subida obscenidad. Su funeral, en el que sus padres no estuvieron presentes, se celebró bajo un calor sofocante que no impidió que un emocionado Zola diera un breve discurso en su honor. Hoy puede visitarse su sobria tumba en el cementerio de Montparnasse Sud, en París.

# Notas



[1] Maupassant transcribe aquí el modo como suena el francés hablado por los argelinos. (N. de la t.) <<

[2] Alusión a la popular obra del pintor Philippe Jacques Linder (1835-1914), titulada *Le Quadrille a Bullier*, donde se representa a un grupo de hombres y mujeres del pueblo bailando animadamente. (N. de la t.) <<

[3] Especie de ermitas, situadas en lugares aislados, en las que habitan los eremitas musulmanes también llamados morabitos. (N. de la t.) <<

[4] Poblados nómadas que construyen los pastores árabes alineando sus tiendas en calles. (N. de la t.) <<

[5] Término de origen árabe para denominar el lecho natural de las aguas pluviales cuando llueve copiosamente, es decir, la riera o la rambla (N. de la t.) <<

[6] Cuerpo militar africano al servicio de Francia desde la conquista de Argel, integrado originalmente por los miembros de una de las tribus del Djurdjura. (N. de la t.) <<

[7] Palabra árabe originaria de Argelia que designa el contingente formado por cada tribu para las expediciones militares. (N. de la t.) <<

[8] En los estados berberiscos, título de los gobernadores y jefes militares de provincias o de ciudades. (N. de la t.) <<



[9] Oficial del ejército turco. (N. de la t.) <<

[10] Soldados de un cuerpo de caballería formado por los franceses en Argelia. (N de la t.) <<

[11] Entre los árabes, nombre que se da a los cristianos. (N. de la t.) <<

[12] Grupo étnico bereber procedente del Sáhara. (N. de la t.) <<

[13] Baño público. (N. de la t.) <<

[14] Vales que entregaba el ejército a los soldados y que les daban derecho a ocupar la casa de alguien en territorio invadido. (N. de la t.) <<

[15] Funcionario musulmán encargado de regular las querellas civiles o religiosas. (N. de la t.) <<

[16] Especie de túnica, parecida a la chilaba, que usan los musulmanes. (N. de la t.) <<



[17] Corriente musulmana que afirmaba el derecho de los creyentes a revelarse contra el imán culpable de una falta grave. (N. de la t.) <<

[18] Tribu de beduinos o de bereberes. (N. de la t.) <<

[19] Nombre de la heroína literaria que da título a la novela escrita por Prosper Merimée en 1841. (N. de la t.) <<

[20] La guía Joanne es el nombre de una popular guía de viajes de la época, editada por Hachette y escrita por Jeanne Joanne. (N. de la t.) <<